

LA
BATALLA DEL BARBATE

ESTUDIO HISTÓRICO CRÍTICO

POR

Don Miguel Mancheño

Y OLIVARES

Correspondiente de la R. Academia de la Historia

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR.

DON PEDRO JOSÉ MORENO RODRÍGUEZ.



ARCOS DE LA FRONTERA
Imp. de EL ARCOBRICENSE.

1899



~~4-17-2~~

~~3-2-5 4544~~

1658

La Batalla del Barbate.

LA
BATALLA DEL BARBATE

ESTUDIO HISTÓRICO CRÍTICO

POR

Don Miguel Mancheño

Y OLIVARES

Correspondiente de la R. Academia de la Historia

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR.

DON PEDRO JOSÉ MORENO RODRÍGUEZ.



ARCOS DE LA FRONTERA
Imp. de EL ARCOBRICENSE.
1899

Es propiedad.



PRÓLOGO.

Una amistad de toda la vida, sin vacilaciones, ni desmayos, me liga al autor de este libro. A requerimientos de esa amistad, que no á competencia, ni autoridad mías, débese que mi humilde nombre se alce aquí junto al suyo ilustre y por tantos conceptos respetable. El lector, defraudado con la espera que estas líneas le imponen, sabrá templar su enojo en vista del movil que las ha trazado: y aun me absolverá cuando sepa que es la primera vez que escribo prólogos y que no lo haré más: por una, pase.

El despejar nebulosidades de la historia es trabajo desmedido y, como el de Sisifo, sin término: lo averiguado hoy resulta mañana fabuloso. Durante siete siglos hemos creído que el Guadatepe presenciò la fiera pelea, arrastrando sus aguas al mar yelmos y cuerpos destrozados, según pro-

II.

fetizó el Tajo cuando folgaba el rey Rodrigo en su ribera. Compruébase ahora que el Tajo, como profeta, no lo fué en su patria. ¿Será ésta la aserción definitiva? Tal la encuentro de bien expuesta y fundada en esta obra, que espero lo sea.

Así como una mala traducción de la voz *petulanter* hizo del bueno de Witiza un viejo libidinoso y execrable, una mala interpretación del Arzobispo D. Rodrigo, al utilizar la parte geográfica de la obra del moro Rasis, convirtió el *Barbate* en *Guadalete*, y *Medina ó Vejer* en *Jerez de la Frontera*. El pasaje donde nació el error y el proceso de éste, paréceme exactamente averiguado por el señor Mancheño; así como el lugar preciso de la batalla, el emplazamiento obligado de ambos ejércitos, y el desfiladero por donde unos en pos de otros se lanzaron vencidos y vencedores. Pero ¡cuánto trabajo de análisis minucioso, de desbrozamiento y de selección meticulosa para llegar á establecer tales conclusiones!

Admiro á los historiadores críticos, los verdaderos historiadores: y los compadezco por la permanente batalla que libran dentro de sí. Perseguyen la certidumbre y han de certificar lo que no han presenciado; profesan la duda, su punto de partida, y se ven forzados á resolverla por la

III.

fé en el dicho de quien habló ó no habló, hace siglos. Fé incompleta que origina duda nueva, resuelta á su vez por nuevo acto de fé. Quizá ante algún embrollo inextricable cierran los ojos para ver más claro, tocando ya los linderos de la fé religiosa. Eterna y fatigosa lucha entre la fé y la duda, puesta de lado por el común de los humanos, y tomada sobre sí devotamente por los esclarecedores de la historia.

Tradiciones populares: historias literarias, mejor ó peor documentadas. No hay otras fuentes. Ruinas, inscripciones murales, piedras miliarias, lápidas, medallas, son documentos justificativos de una historia literaria hecha ó por hacer. ¡Qué cúmulo de conocimientos, cuánta perspicacia, qué dotes de adivino supone la selección necesaria para el más sencillo estudio de los de este linaje! Porque si las tradiciones populares falsean los hechos ciertos, no les va en zaga la historia erudita; sin que las más veces entre en ese falseamiento la dañada voluntad del hombre, sino aquella su innata propensión al error y al embolismo, simbolizada de antiguo en la torre de Babel.

Sin acudir á los siglos remotos, ni á crónicas rimadas, tropezamos en las tradiciones popula-

IV.

res de ayer con sorprendentes desviaciones de la verdad. En los días de la batalla de Alcolea, el rapsoda popular tomó por su cuenta el suceso y dió testimonio de él, utilizable por el historiador futuro, en dos versos de un cantar cuya terminación no recuerdo.

"En el puente de Alcolea

"La batalla ganó Prim..."

que no estuvo en Alcolea. Y en estos otros:

"En el puente de Alcolea

"Mataron á Nevaliches

"Hombre de malas ideas."

Aquí la fuerza del asonante hace el oficio del petulanter de marras, atribuyendo maldades á un respetable señor que murió muchos años después de la batalla, en olor de santidad. Ningún cantar menciona al Duque de la Torre.

Pues será de leer lo que, dentro de unos siglos, escriban los historiadores críticos más eecrupulosos cuando, blindados con venerandos fragmentos de la Gaceta, trabajosamente ordenados y mal traducidos á las lenguas que entonces se hab'en, traten de cómo fué la pérdida completa de nuestro imperio colonial. A nuestra vista pasan los sucesos: medios de información tenemos que no soñaron con sus fantásticas imaginaciones, ni

el compilador del *Ajbar-Machmúa*, ni el moro *Rasis*, ni cuantos escribieron sobre la pérdida del imperio godo; y todavía no sabemos cómo fué el fracaso, y estamos indagando qué *Rodrigo* ó qué *Oppus* responderá de él.

Sostendrán esos historiadores que la pérdida de *Filipinas* es una conseja: que si bien hubo una insurrección, fué domada y se salvó aquel imperio por el esfuerzo de un general cristiano, proclamado tal salvador por el propio monarca, desde un balcón de palacio, omni populo assentiente: que por ello obtuvo el supremo mando de los ejércitos y de la vida civil española. Citarán otro general, también cristiano, también salvador del propio imperio, también proclamado tal por monarca y pueblo en nacionales festejos, también premiado con supremos honores y ventajías. Deducirán rectamente, ó que en pocos días se salvaron dos veces las *Filipinas*, cosa inverosímil, ó que esos dos generales fueron uno solo, descompuesto en dos por traductores y copistas: pero quedará probado el hecho esencial: que se salvaron las *Filipinas*.

En vano el historiador crítico desechará lo inverosímil para asir la verdad histórica; porque lo inverosímil y fabuloso es, á veces, la misma rea-

VI.

lidad. Sabido es que desde los tiempos homéricos los Dioses han tomado parte directa en las contiendas de los hombres. Cuando Troya, no anduvieron más revueltos los dominios terrenales de Priamo que los celestes del padre Júpiter. Tal en nuestra reconquista; las flechas que en Covadonga se vuelven contra los moros: la carga de Santiago en Clavijo y otros milagros á estos semejantes que llenan los relatos cristianos, tienen simétrica correspondencia en otros tantos que en su favor relatan los historiadores árabes, grandes trapaceros.

Millares de sarracenos son degollados en campal batalla y en horas escasas, por docenas de cristianos y viceversa. El historiador formal desecha tales patrañas; que, cristianos ó musulmanes, no se dejan degollar los hombres como corderos. Pero una muchedumbre de partes oficiales demostrará que hace poco nos hemos batido uno contra ciento, causando en cada encuentro cientos y miles de bajas sin casi sufrir ninguna: y es, por desdicha, patente el caso luctuoso de hundirsenos dos escuadras con miles de hombres, sin una baja del enemigo. El historiador futuro se verá forzado á consignar como cierto este milagro en que tuvimos el santo de

espaldas.

Habr  de perdonarme el lector este incongruente revoltijo de sucesos remotos y hechos contemporáneos   que me lleva el correr de la pluma: que, sin quererlo yo, se me caen al blanco papel negr simos presentimientos del corazón: y el saber cómo fué antaño la pérdida de España se me antoja problema de palpitante actualidad.

Yo había admitido el relato corriente; compadecido   la Cava, envidiado   Rodrigo, disculpado   Julián y abominado de Oppas: pero no me explicaba cómo siete mil hombres vencieron   cien mil, y, de un empuje, sojuzgaron la península. Lo maravilloso se imponía: aquello fué un estallido de la cólera divina. De niño, cuando balbuceaba historia, he ganado contra otros la cima de ese cerrillo   mano izquierda pasado el Guadalete por el puente de Cartuja, de que habla Pons, aunque ignorando yo que se hubiese llamado Real de Don Rodrigo: pero seguro de que en el fondo de aquel río dormían un sueño de once siglos armas y arneses y carros de guerra y hasta el propio D. Rodrigo, testigos mudos de la gran batalla. He cabalgado de mozo por los campos de la Cava, de la Matanza, del Campamento y de los Muertos: y he visto bajo la su-

VIII.

gestión de esos nombres, allá en el horizonte encendido por el sol de julio, el galopar atropellado, entre nubes de polvo, en sucesivas oleadas, de los caballeros árabes, ginetes en sus veloces corceles. ¡Románticas visiones, hoy desvanecidas! Ni Cava, ni Guadalete, ni árabes, ni caballos, que no tenían los invasores. Todo ello se redujo á un pronunciamiento.

La familia destronada de Wiliza sostiene el principio hereditario: Rodrigo el principio electivo. Vencida aquella, son secuestrados sus bienes, y lanzada al África vecina. Allí conspira con sus numerosos partidarios de España. Estos, como siempre, cuentan con el país y casi todo el ejército. La presencia de un Jefe de prestigio con pocas fuerzas bastará para que los militares secunden el grito y el pueblo se alce en masa.

El griego Julián, súbdito nominal de Bizancio, después de haber gobernado y aguerrido durante largos años la población cristiana de la Mauritania, es reducido por Muza al recinto de Ceuta: poseedor de algunas naves, comercia y quizás piratea un poco en memoria de los Argonautas. Su ductilidad griega, sus artes de diplomático, danaum insidias, cáptanle la buena amistad de Muza: y á los buenos oficios de Julián acuden

los emigrados para obtener la cooperación de aquel en la fácil empresa. Designa Muza á Tarif para el mando de la expedición; el cual con algunos cientos de Gómeres de Julián desembarca en Tarifa.

Como de ordinario, nadie secundó el movimiento: á la presencia de una desmedrada partida de witizanos se redujo todo. Saquearon lo que pudieron y se tornaron á Ceuta. En el mismo punto, con objeto análogo, y, salvo el saqueo, con el mismo, aunque más sangriento resultado, se ha repetido el caso por el coronel Valdés en 1824; por Torrijos en Enero; por Manzanares en Febrero, y por la brigada Real de Marina en Marzo de 1831. Los Jefes de esta brigada escaparon á Tanger, donde se hicieron musulmanes. Al mismo género de intentonas pertenece la del general Ortega en San Carlos de la Rápita.

Continúa la conspiración. Apellidan independencia vascos, navarros y demás pueblos de la vertiente Sur del Pirineo. Acude allá Rodrigo y debilita la Andalucía. Esta vez la expedición es más seria: son siete mil hombres: pero no son árabes musulmanes que vienen á imponer el Islám y someter á España, sino patricios godos, plebeyos hispano-romanos, emigrados por la cau-

X.

sa de Witiza, gomeres cristianos compañeros de Julián. A duras penas facilitó Muza los jefes: y aun de ellos, el principal, Tarik, era un bereber judío, converso de la vispera; Munuza un bereber, cristiano pocos días antes: Mogueit, descendiente ilustre de patricios bizantinos: y probablemente el resto oficiales godos emigrados que renegaron de Rodrigo como los de la brigada Real de Marina renegaron del Rey Fernando. Tarik y sus tenientes, Julián y sus gomeres vinieron como condottieri contratados por la familia Witiza. La empresa era de godos contra godos, cristianos contra cristianos. El proyecto, un pronunciamiento que degeneró en guerra civil de siete años.

Contaban, como siempre, los expedicionarios, con el alzamiento del país y la ayuda de las guarniciones. En espera de este movimiento vieron que caía sobre ellos Rodrigo con un ejército ya minado. Varios días de escaramuzas y, al emprender el ataque decisivo, la conspiración da sus frutos. Buena parte del ejército de Rodrigo no huye, sino que se pasa á los rebeldes y pelea furiosamente contra el resto. Fraternizó, según el tecnicismo de los pronunciamientos:

El lugar del encuentro fué sin duda el señalado en este libro. Encerrado Tarik entre el mar,

el Barbate, la laguna de la Janda y las sier-
ras de Retín y Silla del Papa, allí esperó á
que se escindiera el ejército de Rodrigo. Montó
á su gente en los caballos de los vencidos y dió
tras ellos por la boca de la Foz, camino de Eñi-
ja. Precisamente la marcha del carlista Gómez
en 1836.

La revolución había vencido: las guarniciones
siguieron el ejemplo de los que fraternizaron en la
Janda: el país se había pronunciado. Bien pudo Ta-
rik arriesgarse tierra adentro por terreno casi ento-
talidad amigo. La contrata de Tarik y Julián ter-
minaba una vez ganada la batalla y restaurada la
familia Witiza: pero temia ésta al país no pro-
nunciado y á los restos del ejército contrario. Pa-
ra coronarse en Toledo solicitaron el auxilio de
los dos condottieros. Quizá algún judío toledano
de los recién expulsados que vendría en la comi-
tativa de Tarik, pondría á la vista de este aquellas
encantadas torres, preñadas de innúmeros teso-
ros, aquella mesa de Salomón cuajada de no
vista pedrería, y las demás grandezas atribui-
das á la imperial ciudad. Pudo más en Tarik
la ley de la raza que las órdenes de Muza y pror-
rogó su contrata desafiando la cólera del pru-
dente emir.

XII.

La restauración no venció en todas partes ni mucho menos. Prodióse el natural desquiciamiento. Magnates godos, aventureros hispano-romanos, peleaban unos contra otros y esbozaban minúsculos estados independientes.

Cuando Muza, años después, se decidió á fundar sobre aquella disgregación la soberanía nominal de los califas, no fué la acción árabe aquella irrupción feroz á sangre y fuego que muchos imaginan. El ejército de Tarik y el que al año siguiente trajo Muza eran para los próceres cristianos y para el pueblo hispano-romano sus propios ejércitos, por ellos reclutados y pagados: ejércitos libertadores, según el tecnicismo revolucionario. Unos hijos de San Luís. Sus oficiales, caballeros árabes, tanto ó más cultos que los nobles godos, debieron ser en todas partes los favoritos. Abdelaziz el gallardo hijo de Muza, apenas llegado, se casa no menos que con la viuda de Rodrigo: y muchos de sus oficiales se unen legítimamente con altas damas de la nobleza goda. La familia de Witiza es reintegrada en sus bienes: Julián, Mogueit y otros jefes obtienen pingües patrimonios: los obispos se afanan sin reposo en reducir godos montaraces.

La masa de la población, nobles, plebeyos, co-

lonos, libertos, siervos, continuó como antes con sus códigos, jueces, condes; con sus mismos privilegios los nobles, sus mandos en el ejército, sus cargos palatinos y su participación en el consejo de los Emires. La alcabala se creó para pagar un cuerpo escogido de tropas cristianas al servicio personal de aquellos. Monasterios, Iglesias, Obispos, su jurisdicción y gerarquía, todo fué respetado. Años después compró Abdelrraman á los cristianos por muchos millones la mitad de la catedral de Córdoba. Una limitación se impuso á esta libertad religiosa: la del culto público; es decir, el artículo 11 de la Constitución vigente.

Muchos nobles godos y muchos del pueblo se hicieron musulmanes: lo cual se explicu porque el islamismo, en sus comienzos, era tenido por una de tantas sectas cristianas como vomitaba el Oriente, cuyas diferencias no alcanzaba el comun de los fieles, siendo sólo conocidas y utilizadas por sutiles teólogos y taimados políticos. Ilustres musulmanes se envanecían de su ascendencia goda: y al rendirse Granada eran contados los que no procedían de tronco cristiano.

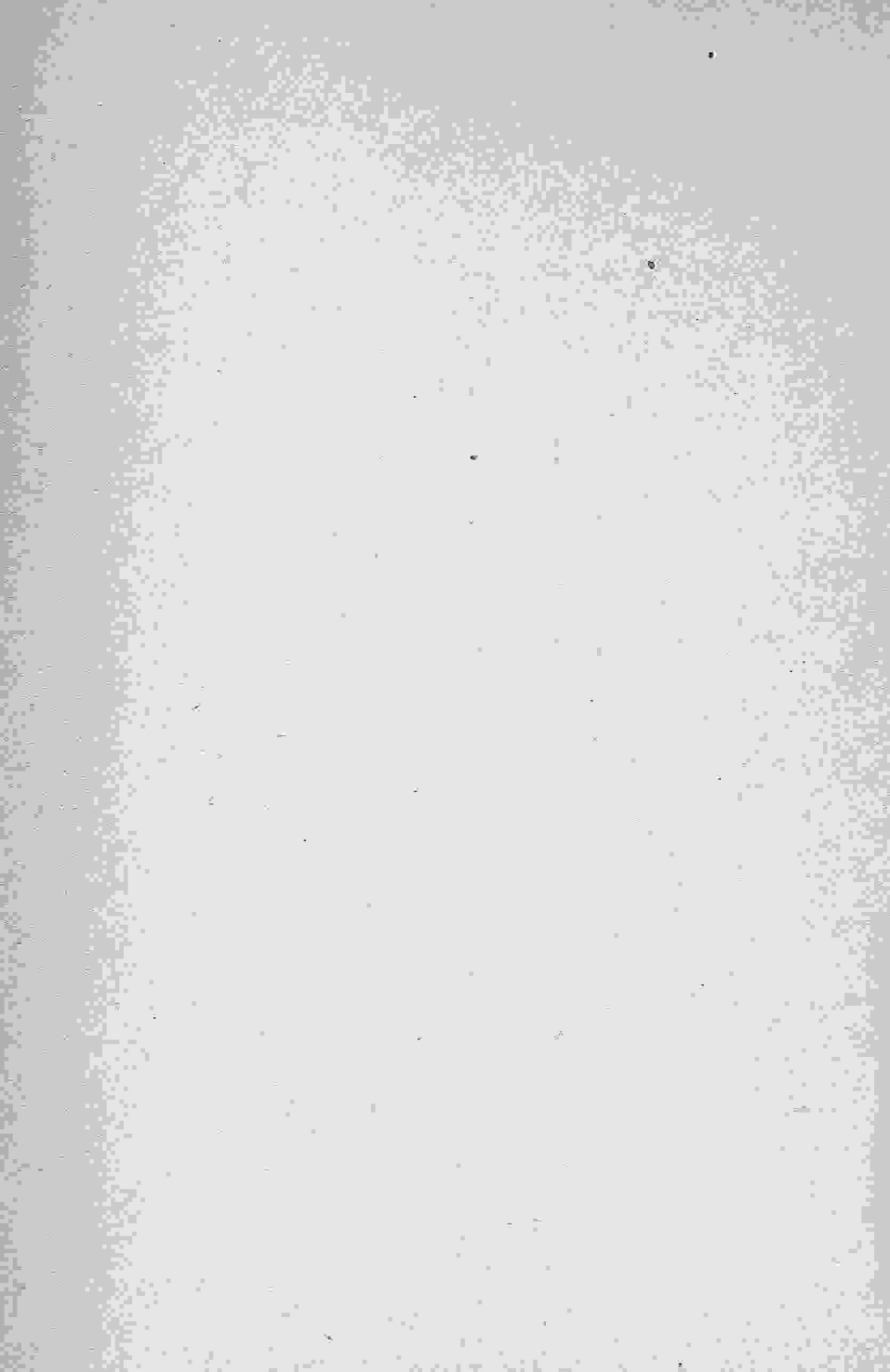
La tributación fué la misma para musulma-

XIV.

nes y cristianos: los que de estos no se convertían pagaban el *tá dyl*, capitación con las mismas categorías y exenciones que nuestro impuesto de cédulas personales: lo cual explica también muchas conversiones. Cuando se proclamó la soberanía de los califas, la inmensa mayoría del pueblo entendería por modo muy confuso que allá, muy lejos, en Damasco, residían unos señores que se degollaban y se sucedían unos á otros, al modo que los atildados Emperadores bizantinos y que los rudos monarcas toledanos. En suma: que más mudanzas ocasiona un cambio de Ministerio, y mayores desafueros comete el más comedido de nuestros caciques. Haga el cielo que la disgregación, que muchos sienten próxima, no traiga por los mismos pasos al Tarik rubio que espera en el monte, haciéndonos echar de menos los procedimientos del atezado Tarik, del prudente Muza y del galante Abdelaziz.

P. J. MORENO RODRÍGUEZ.

11 Abril 1899.



the 1990s, the number of people in the UK who are employed in the public sector has increased by 1.5 million, from 2.5 million in 1980 to 4 million in 1995. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy.

The public sector has also become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy.

The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy.

The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy.

The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy.

The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy.

The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy. The public sector has become a major employer in the UK, and its growth has been a major factor in the overall growth of the economy.

Nebulosidades de la Historia.





Largos años há que, estudiando la historia de esta ciudad de Arcos, llamada de la Frontera por haberlo sido del reino de Castilla durante doscientos treinta y siete años contra el de los Moros de Granada, y el papel que desempeñara en aquel período de incesante lucha, que no terminó en realidad con la conquista de la hermosa capital de la monarquía granadina, sino que se prolongó á los reinados de los primeros sucesores de Fernando é Isabel, haciendo necesaria la movilización de las milicias y caballería de Arcos, en las diversas alteraciones de los inquietos Moriscos, que intentaban sacudir el nuevo yugo, nos había sorprendido la común ignorancia del lugar en que se verificó el tremendo choque en que quedó totalmente

destruido el Imperio de los Godos en España, sin que pudiéramos explicarnos qué sucesión de circunstancias ha borrado de la haz de la tierra la tradición que nos conservara la memoria de uno de los sucesos más trascendentales que registra la historia.

Señálanse con perfecta exactitud la mayor parte de los campos de las grandes batallas, antiguas y modernas. Cannas, Châlons, las Navas de Tolosa, Zama, Poitiers, Pavia, no celan el paraje en que fueron libradas, y si aun es dudosa la situación de Munda, débese á ignorarse el nombre romano que llevaron muchas de las arruinadas ciudades de cuyos vestigios está cubierta la Bética.

Los primeros libros que el niño toma en sus manos para adiestrarse en la lectura, le hacen el compendioso relato de la invasión arábica, diciéndole que, desembarcado Tárik en España, merced á la traición del Conde D. Julián, que, con Judas y D. Oppas, constituyen el sugeto de los primeros odios de la niñez, encontróse con el Rey D. Rodrigo cerca de Jerez, á orillas del río Guadalete, y le derrotó y venció, habiendo desaparecido

el rey al finalizar el combate, por lo que se ignora si pereció en él al filo de las armas, ó ahogado en el Guadalete, ó si, por último, logró escapar con la vida ocultándose en lugar tan escondido ó tan remoto, que no volvió á saberse más de él.

La historia, el romance, la novela, el drama, la poesía, á porfía todas lanzaron sobre el Guadalete la triste leyenda que sobre él pesa como una maldición, y nosotros mismos, que tantas veces hemos recorrido sus risueñas orillas, hemos creído ver tintas en sangre cristiana sus transparentes aguas.

Asentada como verdad incontestable que el Guadalete presencié aquella homérica lid de ocho días, surgió en nosotros el natural deseo de fijar el punto preciso en que se verificó, de los ciento cuarenta kilómetros de su curso: y eliminados desde luego los ciento primeros á contar desde su origen, porque, muy distantes de Jerez, faltaba en ellos la precisa circunstancia de su proximidad á aquella ciudad, nos dedicamos al examen é investigación de los cuarenta kilómetros restantes, ó sea desde las cercanías de Bornos hasta el Puerto de Santa María, por

donde nuestro río vierte sus aguas en la hoy casi desierta bahía gaditana, cuyo fondo vá gradualmente subiendo con los fangos que aquél arrastra, hasta que llegue á quedar aquél puerto, emporio en otro tiempo del comercio, cerrado á la navegación.

Inútiles fueron cuantas diligencias practicamos, y estériles quedaron nuestros trabajos. De tiempo en tiempo algún nombre, resto acaso de antiguas memorias, venía á renovar nuestras esperanzas. Pero la diversidad de los sitios á que se aplican esos nombres, la distancia á que unos de otros se encuentran, que impide relacionarlos entre sí, la misma vaguedad de esos nombres no escritos, sino conservados por tradición oral de gente campesina que probablemente los pronuncia mal, haciendo muy dudosa su ortografía, y otras mil causas imposibilitan toda averiguación.

¿Qué importa, por ejemplo, que á dos leguas al S. O. de Arcos y cuatro de Jerez exista un predio en la confluencia de los ríos Majaceite y Guadalete, que se llama la *Haza de la Cava*? Aun suponiendo que recibiera este nombre de la infeliz muger afrenta-

da por Rodrigo, ¿qué motivo puede existir para de este hecho sacar la deducción de que aquél fué el campo de batalla? ¿Tan popular fué aquella joven entre los Arabes ó entre los cristianos, que unos ú otros perpetuasen su memoria dando su nombre al sitio en que se consumó la pérdida de España? Filosofía sobrado profunda sería esto último para aquellos tiempos, y, sobre todo, para los primeros invasores, que es sabido eran casi salvajes bereberes y no los civilizados árabes de Damasco.

El Real de D. Rodrigo, dice Ponz, (viaje de España, Tomo XVII pág. 289), que es llamado un cerrillo inmediato á mano izquierda pasando el Guadalete por el puente de la Cartuja de Jerez. Mas si este nombre tenía al finalizar el siglo XVIII, ya no lo conserva, sin que de tal nombre dé razón ni conserve recuerdo la generación presente. ¿Cómo en el brevísimo período de un siglo se ha perdido la tradición que se conservara intacta á través de los doce siglos anteriores? ¿O es que los que dieron á Ponz tal noticia le engañaron, interesados por un equivocado amor á su patria en recabar para Jerez tan

célebre acontecimiento?

Hazas de *La Matanza* hay dos, sólomente en el término de Arcos: otra en el de Jerez; en Arcos también la del *Campamento* y la de los *Muertos*. Todos esos apelativos han sido dados en recuerdo de combates pasados, y en cada uno de esos sitios créese la imaginación del vulgo haberse librado la batalla que ocasionó la ruina de la monarquía goda. Mas esos sitios están muy distantes los unos de los otros, algunos á luengo trecho del río, y en realidad esos nombres recuerdan sólomente combates de la época de la reconquista, que la ignorancia campesina ha confundido con la batalla cuyos romances escuchó á sus padres, en que Rodrigo perdió el reino y la vida.

Nombres de arroyos, fuentes y lugares que escritores de imaginación volcánica han querido acomodar á los jefes del ejército invasor, no son aplicables al caso. *Fontetar*, *Mujar*, *Alberite*, *Alperchite* *Jaudón* *Marcharaví* y otros muchos, denotan desde luego su origen arábigo: mas notienen relación alguna con el campo de batalla, y se explican por más de quinientos años de dominación musulmana.

¡Inútil afán! Ni los nombres de los lugares ni la tradición falseada por engañosos romances y mentidas consejas, ni aun el examen personal del curso del río conducen más que á la confusión y al caos. ¡Hay desde Bornos al Puerto de Santa María tantas extensas vegas surcadas por el Guadalete, capaces de contener ejércitos muy numerosos, en que estos pueden evolucionar y desenvolverse con holgura en todos sentidos, aun hoy mismo en que la perfección de las armas de fuego exige espacios y distancias mucho más considerables que cuando las luchas eran cuerpo á cuerpo, al arma blanca!

Necesario fué entonces emprender rumbo nuevos tomándõ como pilotos á los historiadores: mas estos introdujeron mayor confusión en nuestro ánimo: los unos, los más antiguos, los contemporáneos del fatal suceso, hablan de él y señalan la derrota: no el lugar en que se verificó: ni un indicio siquiera, ni el más leve destello de luz que ilumine el camino. Fué tan grande el desastre, tan completa la dominación extranjera, que desapareció en esta comarca todo rastro de civilización goda, y los pocos cristianos

que en los claustros escribieron los sucesos de su tiempo, no encontraron quienes les diesen detalles precisos de suceso tan trascendental; y aun ellos mismos, hijos de otras comarcas de España, desconocían por completo la topografía de esta región, y mal de su grado hubieron de contentarse con la concisa relación del hecho, sin consignar particularidades.

Desaparecidos después de la invasión los restos de la civilización romana y goda, durante ciento setenta años no hubo ningún cristiano que se dedicase á escribir la historia patria, y Sebastián de Salamanca que fué el primero que lo intentó, ni aun conocía, como observa Dozy, el cronicón de Isidoro de Beja, puesto que confiesa que todo cuanto escribe desde el punto en que San Isidoro dejó su historia lo sabe por tradición.

Hasta el Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jiménez de Rada, no aparece en los historiadores cristianos la designación del lugar de la batalla, y después de él comienzan á señalarlo igualmente los que le siguieron, mas con grande variedad, no siendo uniformes sus opiniones, que tal vez discrepan en de-

talles de importancia.

Ya en tiempos modernos el conocimiento de los historiadores arábigos que, si bien son todos posteriores á la conquista, no habiendo escrito nada los que fueron testigos y actores en los sucesos que se desarrollaron en aquella época, conservaron de unos en otros la tradición oral, ha abierto nuevas vías á la investigación; mas divididos también los mismos escritores arábigos, vacila la crítica entre tanta variedad de pareceres.

Sin embargo, de esos mismos historiadores han de desecharse muchos, que según los doctos, no merecen alguna confianza, tales como Ebn-Cotaiba, los Wakidis, Ebn-Habid y otros que en vez de historias escribieron fantásticas novelas en que sólo domina lo sobrenatural, atribuyéndose por Dozy esas ficciones á que como en los primeros tiempos de la invasión no habían llegado los musulmanes al grado de cultura que alcanzaron después durante el Califato de Córdoba, sus estudiantes que marchaban á Egipto á recibir las lecciones de aquellos sabios, preguntaban á éstos por la Historia de España, á lo que, por no confesar su ignoran-

cia, contestaban los maestros inventando fantásticas historias, ó antiguas tradiciones egipcias.

Las mismas circunstancias de la localidad en que escribimos acrecientan la serie de dificultades de nuestra investigación; porque el escase movimiento intelectual de los pueblos de corto vecindario, priva á sus habitantes del poderoso auxilio de buenas bibliotecas, que sólo se encuentran en las grandes capitales, quedando reducido el aficionado á estudios históricos á sus propias fuerzas, siempre menguadas, sin que ni aun á costa de gastos excesivos pueda disfrutar de libros, acaso agotados y quizá manuscritos únicos, sólo asequibles á los afortunados habitantes de los grandes centros de cultura. De esta suerte ó hemos de renunciar á proseguir nuestras investigaciones, ó habremos de omitir forzosamente el examen de muchos historiadores que tal vez nos hubieran sacado de dudas, estando expuestos á emitir como propio un juicio ú opinión que mucho antes haya expuesto otro mejor informado.

Más recientes trabajos de crítica histórica que han llegado á nuestras manos, no han

logrado tampoco convencernos por completo, porque si bien en ciertos hechos capitales coincide nuestro juicio con el de aquellos eminentes críticos, tal vez nuestra humilde opinión disiente en algunos detalles, que no deben despreciarse porque sin ellos no se explica satisfactoriamente la manera como se efectuó la invasión.

Dato importantísimo es también, aparte del topográfico, el estudio de los movimientos estratégicos de las huestes de Tarik, y de las de Rodrigo antes de su encuentro, así como los que verificaron después de la pelea y la derrota.

Del examen, pues, de lo escrito por los historiadores musulmanes y cristianos, del estudio topográfico de la comarca andaluza y del de los movimientos estratégicos de ambos ejércitos, debe salir evidente la verdad, clara como la luz del mediodía.

Los Historiadores.





I

ISIDORO . PACENSE.

El primero de los escritores de que debemos ocuparnos es Isidoro de Beja, llamado también el Pacense por haber sido Obispo de Beja, antiguamente llamada *Pax Julia*, autor que escribía hacia el año de 750, siendo por lo tanto contemporáneo de los sucesos que relata. El sello de veracidad impreso en sus escritos, la alta dignidad eclesiástica que desempeñó, y haber sido discípulo del gran San Isidoro, cuya obra histórica continuó, hace que por todos sea considerada su crónica como depósito fiel de la verdad.

Fuera de toda duda quedaría la cuestión acerca del lugar en que se libró la sangrienta batalla que, dando la victoria á las huestes musulmanas, acabó en España con el

imperio visigodo, si tan fidedigno historiador lo fijase. Pero Isidoro nada dice. Redúcese su breve relato á manifestar que Rodrigo entró en batalla con los sarracenos, y puesto en fuga el ejército godo que mandado por ambiciosos émulos peleaba con mala fé, murió el rey perdiéndose el reino y la patria. No se busquen más detalles en Isidoro, elocuentísimo por otra parte al pintar la terrible desolación de España. Ó no consideró importante para la historia la determinación precisa del lugar en que se verificó hecho de tanta transcendencia, ó infieles copistas suprimieron los párrafos en que de él se ocupaba, ó hase perdido por último algun fragmento del valioso cronicón, fuente primera de la historia de la dominación arábica. No puede, pues, el ilustre Obispo de Beja aclarar la cuestión que nos ocupa.

(Véase el apéndice I.)

EL CONTINUADOR DEL BICLARENSE.

Del mismo siglo y de la misma época que el anterior es el cronicón del anónimo con-

tinuador del Biclarense, y lo mismo que aquél, de sus brevísimas frases no se desprende resplandor alguno que ilumine las tinieblas en que queda envuelto tan misterioso suceso. Concrétase sólo á referir que en la lucha entablada por los godos contra los invasores árabes, quedaron aquellos vencidos, muriendo su rey.

(Véase el apéndice II.)

PABLO DIÁCONO.

Sigue en orden á los anteriores el historiador Pablo Diácono, fallecido en los últimos años del siglo VIII. Apesar de que pudo sin duda alcanzar á conocer á algunos de los combatientes, no es tampoco más explícito que los escritores que le precedieron, y sóloamente señala el paso de los Árabes desde Ceuta para dominar en toda España.

(Véase el apéndice III.)

SEBASTIAN DE SALAMANCA.

Ni tampoco ha de sacarnos de dudas el

Cronicón de fines del Siglo IX, atribuido á Sebastian de Salamanca, ya haya sido escrito por este sabio Obispo, ya como opinan otros, sea obra de su contemporáneo y protector el rey D. Alfonso III de Asturias. De todas suertes, el dudoso autor, dudoso en cuanto á su personalidad, pero verídico y fidedigno en cuanto á la exactitud de los hechos, sólomente dice que, sabida por Rodrigo la invasión, acometió á los musulmanes con sus tropas, que fueron completamente destruidas.

(Véase el apéndice IV.)

EL ALBELDENSE.

Por la misma época, también á fines del Siglo IX, Vijila, monje del famoso monasterio de San Martín de Albelda, escribía el cronicón que ha recibido el nombre de aquel monasterio, refugio, como los restantes que hubo en España, de los escasos cristianos que, dedicados á las ciencias y á las letras, no combatieron con las cruentas armas de la guerra á los invasores. Empero el venerable monje no determina el lugar de la batalla,

limitándose á decir que en ella pereció el reino de los Godos, y á confesar la común ignorancia acerca de la muerte del desventurado Rodrigo.

(Véase el apéndice V.)

LA CRÓNICA LLAMADA VULSA.

Menos expresiva aún que todas las anteriores es la crónica llamada Vulsa, escrita según se cree á mediados del siglo X, estando reducida á un mero catálogo de la sucesión de los Reyes godos, con indicación de la fecha de la subida y descenso del trono de cada uno de ellos.

(Véase el apéndice VI.)

EL MOISSACIENSE.

Aunque se ignora la exacta fecha en que fué escrito el cronicón conocido con este nombre, atribúyese con gran fundamento á la misma época que el anterior, ó sea á los últimos años del siglo IX. Mas, como los ya examinados, redúcese el texto á decir que Rodrigo, con numeroso ejército de Godos, se

opuso á los Sarracenos que le derrotaron, acabando así el imperio de los Godos en España.

(Véase el apéndice VII.)

EL ANÓNIMO LUSITANO.

Menos aún que ninguno de los escritores precedentes, dice el historiador conocido por el Anónimo Lusitano, que se cree escribía á mediados del siglo XI. Limitase á decir que los Arabes conquistaron la España en la era de 749 (711,) reinando D. Rodrigo, y aquí terminan todas sus noticias acerca de tan importante suceso.

(Véase el apéndice VIII.)

EL MONJE DE SILOS.

Llegamos ya á una de las más estimables fuentes históricas, muy abundantes y copiosas en el periodo de nuestra reconquista, prueba evidente de que España marchaba entonces al igual, si no es que precedía á las demás naciones en cultura literaria. El sabio monje que desde su retirado

monasterio escribió la completa crónica de su contemporáneo el conquistador de Madrid Alfonso VI, hoy desgraciadamente perdida, la hizo preceder de una breve historia de los antecesores de aquel rey, que por dicha consérvese aún. Siguió en ella las huellas de Sebastián de Salamanca y Sampiro: y como nada halló en estos escritores que aclarase el punto que nos ocupa, no trae nuevos datos á la historia de la pérdida de España, contentándose con citar la muerte de Rodrigo en la batalla, sin expresar el lugar en que lucharon ambos ejércitos. Sensible es por cierto que tan concienzudo y veráz escritor, que florecía á fines del siglo XI, no hallase en los autores que siguió nada que pudiera guiarnos en la oscuridad, y que él habría sabido conservarnos.

(Véase el apéndice IX.)

LUCAS DE TUY.

Poco fruto puede sacarse del cronicón escrito á principios del siglo XIII por Lucas de Tuy, quien, no sólomente nada agrega á lo manifestado por los historiadores preceden-

tes, sino que demuestra conocer menos que ellos los sucesos de la invasión, puesto que habla de la muerte de Rodrigo, pero no en la batalla con Tarik como todos aseguran, sino en otra batalla dada después contra Muza, de la que nada dicen las historias.

(Véase el apéndice X.)

EL MORO RÁZIS.

Siguiendo el orden cronológico que llevamos, toca ahora examinar los escritos de Ahmed ben Mohamad ben Músa, Ar-Rázi, conocido generalmente por el Moro Rasis, que en su *Descripción de España é Historia de sus Reyes*, dá alguna noticia, si quier sea errónea, del asunto que nos ocupa.

El doctísimo D. Pascual de Gayangos, que demostró la autenticidad de la obra, la atribuye al año 325 de la Ejira, bajo el reinado de Abdo-r-rahmán III, ó sea hacia los años 937 de Cristo.

Ante todo conviene recordar que, perdido el original primitivo, consérvese sólo una perversa traducción vertida al portugués en la segunda mitad del siglo XIII, por man-

dado del rey Don Dionís, por Gil Pérez, clérigo de Don Peynos Porcel, bajo el dictado de lo que leían el maestro Mahomad y otros moros iliteratos. Multiplicados los errores de semejante versión al pasar por las plumas de descuidados ó inhábiles copistas, ha sido indispensable toda la erudición y competencia del señor Gayangos y otros sábios para expurgarla de ellos, sin que ninguno pueda lisonjearse de haberlo conseguido por completo. De estos errores, algunos, evidentes, otros originados por frases de difícil interpretación, ha nacido acaso la equivocada determinación del sitio en que se libró la batalla mal llamada del Guadalete, según esperamos demostrar.

Léanse ante todo el texto de la Crónica referente á la batalla y el de la *Descripción de España* del mismo autor, que comprende la de la comarca ó provincia gaditana.

(Véase el apéndice XI.)

En la primera, no se hallará una sola frase que haga sospechar siquiera cuál fué el campo de la pelea; ni el más ligero indicio del lugar en que Rodrigo, cubierto de doradas armas y riquísimas preseas, combatió

con los musulmanes.

No está pues en la Crónica el origen del error; éste nace de la descripción de España.

Dejando para más adelante el ocuparnos de dónde y cómo se verificó la lucha, hacemos constar sólomente que Rasis, al hablar de Jerez, ciudad ya poderosa en aquellos remotos tiempos, la dá el nombre de Xerez Sadunya; y este último sobrenombre que la era común con la no distante Medina Sidonia, ha guiado por mal camino á los historiadores, que han aplicado á Jerez, y á su río Guadalete, lo que era exclusivamente propio de los campos de la antigua Asido, hoy Medina Sidonia, y de los ríos que fecundan su comarca.

Comienza el Moro Rasis en el capítulo 37 por deslindar los límites que separan el término de Carmona del de Movier, de donde se sigue que este último punto estaba, ó dentro de la provincia de Sevilla, ó aledaño á ella en la parte del Norte de la provincia de Cádiz, aparte de que ya Rodrigo Caro, (*Antigüedad y principado de Sevilla*), supone que este Movier sea Moguer, despoblado entre

Coronil y Morón, y el descubrimiento de una preciosa inscripción. realizado el año último por nuestro querido y erudito amigo el señor D. Ignacio de Torres, vecino de Morón, ha identificado el despoblado de Moguer ó Moguerejo, con el pueblo que habitaron los *Callenses Aeneánicos* de que habla Plinio (*libro II capítulo III*), asignados por el ilustre P. Fita al convento jurídico Hispalense. (*Boletín de la Academia de la Historia*, tomo XXXI página 389.)

Pero el capítulo ó párrafo siguiente, ó sea el 38 de Rásis, está dedicado á señalar la situación de la comarca de Xerez Sadunya respecto á la de Movier, y como *parten su término*, ó lindan y se tocan, tenemos pues que dar por asentado que el territorio ó término de Xerez Sadunya se extendía al N. E. hasta las proximidades de Morón y el Coronil, en que se encuentran las ruínas de Movier, Moguer ó Moguerejo, antigua habitación de los *Callenses Aeneánicos*.

Centinúa Rásis hablando de las grandes excelencias y bondades de Jerez, distinguida entre todas las ciudades de España por encerrar en sí todas las riquezas de la tie-

rra y del mar, y menciona el hecho, (del que se ocupa también el Anónimo de Paris, ó Ajbar machunia), de que en la Ejira 125, se hinchó ó creció un río que hay en su término, llamado *Barbate*. Pero el río *Barbate* se halla al S. O. de la provincia de Cádiz, á nueve ó diez leguas de Jerez, regando con sus aguas los extensos llanos de las Navas que hay entre Vejer y Medina Sidonia, y, por lo tanto, siendo la distancia en línea recta desde Moguer á Vejer mayor de veinte leguas, el término de Xerez Sadunya comprendía más de veinte leguas de N. E. á S. O.

Mas no concluye ahí Rásis, el cual agrega que en el citado término de Xerez Sadunya hay muchos vestigios de antiguas poblaciones, señaladamente *la cibdad de Sadunia* *dô ella fué primeramente poblada*, con lo que tenemos aquí otra Sadunia que no es Jerez. Habla luego de *Calis* (Cádiz) y de las vetustas ruinas existentes en ella, y de las obras realizadas por Hércules, pero habla de Cádiz como comprendido en el término de Xerez Sadunia; por que si de Cádiz hablase como de comarca ó término dife-

rentes, deduciríamos que en el término de Cádiz existe ó existía un monte llamado Montabur, y en las proximidades de Cádiz ni hay ni ha habido monte alguno, ni siquiera modesta colina, siendo todo el territorio de Cádiz, San Fernando, Puerto Real etc, plano y unido como el incommensurable mar que lo baña. Y si se nos opone que Rasis agrega que el citado Montabur *yace* sobre Saduña y sobre Persetarre, objetaríamos que la Saduña de que aquí habla el autor moro no puede ser Jerez, en cuyas cercanías tampoco existe monte alguno, ni el Montabur, desconocido hasta el presente, ni ninguno otro. Pero este monte tiene, según Rasis, fuentes que echan muchas aguas: y *dende nasce un río que llaman Let* (¿Guadalete?) ¿Qué río es este que nace en un monte que no existe próximo á Jerez, en cuyas cercanías, ni aun muy lejos, no toma origen ningún raudal de agua más que algunos sedientos arroyuelos? El Guadalete no puede ser, porque nace muy lejos, brotando sus fuentes en dos diferentes lugares, en Setenil y Algodonales la una, y al pie de los muros de Zahara la otra, ambas á veinte leguas de Jerez.

Aun no termina nuestro geógrafo, que en el capítulo siguiente (39) deslinda el término de Xerez Sandunya con el de Algecirat-Aladra, del que dice que yace al Levante de Xerez; que Algecirat-Aladra es una villa pequeña y muy fuerte, que se vé desde Cepta; que en su término hay una gran laguna en la que entra el río Barbate, el que se salió de madre como refiere al hablar de Jerez: y un monte muy alto &. y pasa á continuación á señalar los términos que separan á Raya de Algeciras, por lo que ha de tenerse presente que Rayes ó Rayya, ciudad de donde acaso era originario Arrazi, pertenece ya á la provincia de Málaga.

Del breve exámen que de la descripción de la parte más meridional de España hemos hecho, resulta que la actual provincia de Cádiz, formada por dos únicas divisiones la de Xerez Sadunia y Algecirat-Aladra, estaba limitada al Norte por Moguer, que ya hemos visto corresponde hoy á la provincia de Sevilla, y al Este por Rayya, que sabemos pertenece á Málaga. Y aun suponiendo que el distrito ó término de Algeci-

ras comprendiese toda la Serranía de Ronda, y no podemos suponerlo, porque las fuentes del Guadalete que en ellas nacen corresponden, según Ar-Razi, al término de Saduña, siempre quedaría para Xerez Saduña todo el espacio comprendido entre el río Barbate y la laguna, linderos de Algeciras, hasta el término de Moguer ó Moguerajo, cerca de Morón, de más de veinte leguas de longitud, en toda la cual ha podido darse la batalla entre Rodrigo y Tárik, sin que quede determinadamente designado el lugar en que se verificó. A menos que la confusa descripción de los lugares, la mezcla de Xerez Sadunia, la Sadunia antigua, Calis, los montes inmediatos á ellas, los ríos que en ellas nacen y otras mil circunstancias que de tan obvias no merecen enumerarse, no traigan al ánimo el convencimiento de que la descripción geográfica de España por Ar-Razi está plagada de errores, al menos en la parte que á nuestra provincia se refiere, sin que sobre tan deleznable base pueda formarse conjetura alguna que tenga visos de probabilidad. Y siendo así que la crónica del mismo autor

nada dice acerca del campo de batalla de moros y cristianos en la suprema lid de 714, debe rechazarse por aventurada y sin fundamento toda opinión en las obras de Ar-Razi sustentada.

EL ARZOBISPO D. RODRIGO.

Hasta aquí hemos caminado á ciegas, sin norte alguno que ilumine la vía. Por primera vez un historiador cristiano, el Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jiménez de Rada, señala y precisa designándolo por su nombre el lugar donde se libró la batalla.

Dice el Arzobispo que vino Rodrigo con un ejército para resistir á los moros, llegando al río Guadalete, que está cerca de *Asidona*, la cual se llama Jerez. Y más adelante, al hablar de la venida de Muza, que como es sabido fué posterior á la derrota y muerte de Rodrigo, escribe una frase que ha sido indebidamente aplicada á Jerez en tiempos en que á esta ciudad interesaba ser la heredera de Asido, siendo apropiada sólo á Medina Sidonia.

(Véase el apéndice XII.)

Examinémos detenidamente el texto. En el primero no hay duda alguna: Don Rodrigo asegura categóricamente, que la actual ciudad de Jerez se llamó Asidonia, corriéndolo por sus cercanías el río Guadalete.

El sábio arzobispo, guerrero, político é historiador que, lo mismo escribía su *Chronica rerum gestarum in Hispania*, que confortaba el ánimo de Alfonso VIII, decaído en las Navas de Tolosa, ó asentaba, sobre firmes bases la supremacía de la metropolitana de Toledo sobre las de Braga, Santiago y Tarragona, aunque dotado de mucha mayor ilustración que la generalidad de los hombres de su época, no pudo sustraerse del todo á la influencia de esta, y hubo de aceptar alguna vez patrañas y opiniones absurdas de que halló sembradas las obras de los escritores anteriores á él, de quienes tomó materiales para la suya.

A más de quinientos años de distancia de la invasión arábica, careciendo de suficientes datos geográficos de la parte de España que aun ocupaban los musulmanes en su tiempo, pues no ha de suponerse que en medio de la constante guerra con los

infieles viniese el Arzobispo de Toledo á estudiar el país ocupado por aquellos, hubo de guiarse, sin duda, por datos incompletos y erróneos de los mismos enemigos, toda vez que los historiadores cristianos no le aportaban ninguno. El moro Rasis á nuestro juicio fué el que influyó en el ánimo del Arzobispo para estampar en su crónica una especie tan aventurada, tan errónea como la designación de Xerez y el río Guadalete para campo de la batalla tan fatal para los godos.

A Don Rodrigo como á todos los historiadores cristianos é infieles constaba con certeza evidente, que invadido el extremo meridional de España por Tárik, allí había acudido el ejército godo, sufriendo la derrota que costó al rey el reino y la vida. Mas D. Rodrigo, acaso el hombre más ilustrado de su tiempo, conocía la descripción de España por Ar Razi, tres siglos antes escrita; aceptó como autoridad indiscutible aquel libro, y viendo en él que ese extremo Sur de España comprendía sólo dos distritos ó términos, el de Xerez Sadunia y el de Algecirat Aladra, extensísimo el primero,

de reducida área el segundo, limitado éste por las últimas poderosas estribaciones de las sierras de la Bética, y comprendiendo que no era dable que Tarik se hubiese internado por sus abruptas asperezas, señaló desde luego como campo de batalla el otro distrito, el de Xerez Sadunia que, con diversas condiciones topográficas, ofrecía variadas y extensas llanuras propias para el desenvolvimiento de numerosas tropas, y presentaba en las diferentes antiguas vías romanas caminos fáciles para las tropas, mientras que su proximidad al mar, que á no luenga distancia quedaba á la izquierda y espalda, mantenía fáciles las comunicaciones con África, asilo seguro en caso de vencimiento, esperanza del socorro deseado.

De ahí tomó, pues, el Arzobispo la designación de Asidona, y siendo el Guadalete el caudal más considerable de todo el distrito que Ar-Razi llamó Xerez Sadunia, el Guadalete fué precisamente el río en cuyas ondas halló tal vez la muerte el misero Rodrigo.

Pero admitiendo que la batalla se dió en los campos de Xerez Sadunia, que ya hemos

visto que según Rasis comprenden desde Moguer junto á Morón, hasta el río Barbate y la laguna mencionada por el Ajbar-machnia, ¿de dónde deduce el Arzobispo que Asidona, el Sadunia de Rasis, sea Jerez? El segundo texto del mismo autor se opone á lo consignado en el primero, pues en él se dice terminantemente que Muza, en su expedición posterior á la de Tárik, expugnó y tomó á Asidona (que está entre el mar y Jerez) y lo escribe de esta manera, por un inciso entre paréntesis, para que lo que se dice de Asidona no pueda aplicarse á Jerez, aparte de que todos los historiadores están conformes en la conquista de Medina Sidonia por Muza. Luego para el Arzobispo D. Rodrigo existían dos Asidonas, una, la que estaba próxima al Guadalete, y otra, la que denomina Civitas Salva, aunque la Crónica general la llama Civitas Sidia, y fué expugnada por Muza. ¿Mas tuvo razón el Arzobispo para llamar Asidona á Jerez de la Frontera? Véase lo que á este propósito dice un escritor tan sábio é ilustre como poco conocido, el P. M. F. Fernando de Cevallos, honra de la religión Gerónima y de la villa

de Espera, su patria. (Sidonia Bética, página 42.)

«En esta descripción (la de Ar-Razi,) del sitio y calidades de *Xerez Saduña*, sólo se hallan á favor de Xerez de la Frontera estas dos voces que junta Rasis, y ya queda dicho por el P. Florez contra el P. Harduino, y por mí contra Harduino y Florez, que la inmediación de dos voces en las inscripciones geográficas de ciudades, no prueba la junta é inmediación de las mismas ciudades.

Pero fuera de la unión de las dos voces de *Xerez Sadunya* que se vé en Rasis, todo el resto de su descripción geográfica aparta de creer que aquí hable sólo de Xerez de la Frontera, y parece que pinta varios lugares. Pero las principales circunstancias del sitio, del término, de los ríos que nacen en el término, de las fuentes, de los prados, de las majadas, de los montes y de las villas que expresa, convienen mejor á Medina Sidonia, y de ningún modo á Xerez de la Frontera; con que si este escritor Moro, merece crédito en lo geográfico como confiesa el P. Florez, lo tiene Xerez contra sí.

El río Barbate ó *Belon*, no nace, ni pasa sino muy lejos de los términos de Xerez, y nace en los términos de Medina Sidonia. Véase esto en el mapa. No se recurra á pensar si los términos de Xerez de la Frontera eran en tiempo de Rasis más extendidos hacia el Oriente y Mediodía de modo que pudiesen llegar hasta donde nace Barbate. Porque es cierto que jamás han sido los términos de Xerez más extendidos hacia las dichas playas que hoy, desde que, por virtud de una concordia que celebró con la ciudad de Medina, le cedió ésta muchos términos que eran propios suyos y se avanzaban hacia Guadalete. Pero observémos otras señales.

Además de lo dicho, sitúa Rasis á Saduña á el pie de una montaña que llama Monte Zur. Pues diganme los que se sirven de este geógrafo, ¿dónde han visto sobre Xerez semejante montaña, ni con este nombre ni con otro? ¿Será la sierra de Gibalbín? Pero ésta no se halla sobre Xerez, sino apartada cinco leguas. ¿Será la sierra llamada de Xerez? Tampoco esta cae sobre la ciudad, sino á cuatro leguas. Mas no hay

que fatigarse en fingir montañas sobre Xerez. El mismo P. Florez lo dice claramente entre las ventajas que le concede sobre Medina; Xerez está, dice, sobre una mesa de alguna elevación sobre el terreno de su circunferencia, sin uno que pueda servirle de padrastro para ofenderla con arma arrojadiza.» Pues demos otro paso.

De esta montaña, que según el P. Florez no hay en Xerez, añade Rasis que nace el río *Les*, que sirve para mover muy buenos molinos. ¿Pues qué río es éste, que nace sobre Xerez, cuando junto á ella no pasa sino el *Criso* ó *Guadalete*, que viene desde las sierras de Setenil, ó de los antiguos Celtas? Buscar el nacimiento de otro río cerca de Xerez, será otra empresa tan vana como la de hallar allí el Monte Zuz.

Ni digan que hablará Rasis de Guadalete, porque éste no nace de alguna montaña de Xerez como pide el libro citado, sino á la distancia de quince leguas, poco más ó menos, entre Valle hermoso y Alcalá del Valle, en la sierra de Setenil, conque ó no puede Guadalete ser el río *Les* de Rasis, ó no habla de Jerez.»

La triunfante argumentación del P. Cevallos, aunque encaminada contra el moro Rasis, resulta en realidad contra el Arzobispo D. Rodrigo, que afirma que Jerez es la antigua *Asido* ó *Asidona*.

Pero aun continúa el sagáz Prior del Monasterio de San Isidro del Campo, cerca de Sevilla:

«Me parece que ningún otro pueblo ni despoblado conviene tanto como el sitio de esta ciudad (Medina Sidonia), á las descripciones de los geógrafos antiguos, como de los que escribieron en los siglos medios. Por el término de Medina Sidonia corre el río Barbate, y no por el de Xerez, que es una de las señales de Saduña que dá Rasis. Medina Sidonia está ya en las sierras de donde nace el Guadalete, aunque hoy no se llame monte Bur ó Zur; y así concurren en Medina los respectos á los dos ríos que expresa Rasis, y no se pueden acomodar á ningún otro sitio ni pueblo. También se verifican cerca de ella las minas de alambre que dice Rasis que había en la región de Saduña. Además de estas señales concurre en Medina otra que los antiguos

geógrafos dieron de la colonia *Asido*, y es la vecindad de Segontia. Este antiguo pueblo, demarcado por Plinio y por el Ravenate, cerca de Asido, no estuvo jamás cerca de la que hoy es Xerez, sino junto á la que hoy es Medina Sidonia. Aun permanecen allí junto las ruinas de Segontia, en un sitio que en tiempos de Rodrigo Caro y aun en el presente conservan el nombre de Gigonza.

El P. Florez refiere el informe que le remitió el P. Estrada (Superior del Colegio de la Compañía en Arcos), del dicho sitio. Según esta relación, aun permanece allí un castillo cuasi cuadrado, de 123 pies por las frentes del Norte y Mediodía, y de 114 por las frentes de Oriente y Occidente. (Consérvase aún á la hora que escribimos; llámase el castillo de Gigonza, y pertenece al Sr. Marqués del Castillo, de Jerez). Además de las ruinas de este castillo restan otras muchas que juntas con el nombre de Gigonza que retiene el sitio, hacen buena prueba de que es la Segoncia de los antiguos. De este antecedente se saca una eficaz prueba á favor de Medina y contraria á Xerez, que

convence no poder esta segunda haber obtenido el lugar de la antigua Asidona. Porque ¿dónde hay cerca de Xerez algún vestigio de la ciudad de Segoncía ó Seguncia, como era necesario, según Ptoloméo y el Ravenate, para que concediéramos á Xerez el lugar que tuvo la antigua Asidona? No hay tales vestigios, pero están manifiestos cerca de Medina, y sobre las ruinas se conserva también el nombre antiguo Gisgonza ó Segonza.»

Continúa el P. Cevallos su impugnación, y cita su sospecha de que el lugar llamado de Sonta, que según Rasis estaba en la majada de Saduña, estuviese en el monte de Sotar que aparece indicado como punto de caza en el libro de la montería de D. Alfonso XI: pero es el caso que este libro pone el monte de Sotar en tierras ó término de Vejer y Medina. y si Sonta es Sotar, la Sadunia de Rasis es Medina y no puede ser Jerez. Aun de ese mismo libro de la montería puede sacarse otro argumento; porque al enumerar los montes de la Bética, menciona los de Sevilla, Niebla, Gibraleón, Alcalá de los Gazules, Medina, Vejer, hasta los de Arcos,

y no los de Xerez, porque cerca de ella no hay monte alguno y, por tanto, el monte Zur de Rasis no puede ser de Sadunia (Jerez), sino de Sadunia (Medina Sidonia) ó de su accidentado distrito.

Aduce otro poderoso testimonio el P. Ceballos: el del geógrafo vulgarmente conocido por el Nubiense, que escribía á mediados del siglo XII. Este, en la parte 1 del clima IV describe las provincias de Andalucía, nombre que dá á toda España, y llegando á la Bética nota la isla de Tarifa, la Isla Verde ó Algeciras, y la Isla de Cádiz. Discurre después por las poblaciones mediterráneas, y expresa el Castillo de Arcos, el de Baca, el de Jerez, y otros diversos pueblos más pequeños parecidos á ciudades: y agrega que el clima del país donde se encuentran esos pueblos, que llama *Bahaira*, confina con el de Sidonia, *Regiones hic contentæ sunt insula Tarif, insula viridis, insula Cadez, Castellum Arcos, Vaca, Sarissa (Jerez) Tossana et civitas ebnisalan, oppidaque permulta, urbibus nequaquam inferiora. Climati Bahairæ conterminum est a Septentrione, clima Saduñæ* (Nubiens. parte 1. Clim. IV.) Y en otro lugar, »Ab ur-

be Carmona ad Sarisan de Provincia Sadunae stationes tres. Similiter y Sivilia urbe ad Sarissam duce grandes stationes. A Sarissa ad insulam Gades XII M. P.» (Nubiens, ubi supra). De donde se comprueba que Jerez era cuando la describió el Nubiense un Castillo como Arcos y otros de la tierra que el Nubiense llama Bahaira, y es la parte comprendida entre el Norte de Medina Sidonia y el Sur de la provincia sevillana; que dicha región confinaba con Saduña ó Sidonia, y por lo tanto, Xerez no era Asido, conviniendo además á Jerez y no á otro lugar las distancias que el segundo texto señala respecto á Carmona, á Sevilla y á Cádiz.

Cojidos siempre de la mano del P. Cevallos, continuaremos nuestra inpucción.

Florián de Ocampo, libro II cap XXVII, habla de Jerez llamándola Cesariana, confundiéndola con la Asido Cesariana de Plinio; pero hoy está fuera de duda que la romana población que llevó ese nombre es Medina Sidonia, y así lo comprueba la inscripción hallada en esta última ciudad bajo los cimientos de una casa, en la calle

Sucia el 17 de Junio de 1789, que dice así:

Q·FABIO·CN·F·GA·

SENICAE·III VIR MUNICIPES

CESARINI

Q(uinto) Fabio Cn(ei) F(ili) Ga(leria) senicae IV vir Municipes cesarini.

A Quinto Fabio Séneca, hijo de Cnéo, de la tribu Galeria IV vir, los Municipes Cesarinos.

Porque como juiciosamente dice el mismo P. Cevallos, las piedras y sus inscripciones son la mejor prueba que puede desearse para la identificación de un pueblo, según el juicio de todos los sabios en las memorias antiguas; las medallas prueban menos; las piedras sepultadas son los testigos que hablan más á satisfacción.

Demostrado, pues, palmariamente el error del moro Rasis en llamar á Xerez Sadunya ó Sidonia, vengámos ya al Arzobispo de Toledo.

El mismo sapientísimo P. Cevallos, continúa: «El Arzobispo Don Rodrigo, que escribió tres siglos después de la data supuesta á Rasis, me parece que lo ha seguido, en cuan-

to á la idea híbrida de mezclar á Jerez con Sadunya, adelantando de suyo un solo paso para acomodar á *Asidona* la voz Saduña. En el libro III cap. XX, hablando del desgraciado Rey Don Rodrigo y de sus godos, dice «que vino para resistir á los Moros y llegó al río Guadalete, que está cerca de *Asidona*, la cual se llama ahora Xerez.»

Esta conformidad con Rasis, muestra que lo tomó por guía, no teniendo él de suyo conocimiento de estos países. Por tanto, creería que la voz Sadunya era equivalente á la de *Asidona*, sin advertir que Saduña podía contraerse también á *Sidueña*, que estuvo en el término de Xerez. Antes de Rasis no se hallará que ningún escritor uniese los nombres de estas dos poblaciones haciendo una de dos, y así no tuvo otra guía el Arzobispo para introducir esta especie en su historia.

Una prueba de que no tenía de ésto una idea clara, sino la confusa que había tomado del escritor Moro, es lo poco constante que estaba en ella. Muestra bien esta inconstancia en el cap. último de dicho libro, donde contrae á Medina el mismo sobre-

nombre de *Asidona*. Refiere allí la expedición de Muza, hijo de Azeir, y dice: «Que gozoso aquél capitán con el consejo que le dieron sus conmlitones, se adelantó con su ejército hácia una plaza fuerte que en latín se decía *Civitas Salva* y de los Arabes era por eso llamada *Medinat Sidona*, (la cual se halla situada, añade, entre el mar y aquella ciudad que ahora se llama Xerez) y en latín tiene el nombre de *Asidona*. A ésta sitió y tomó por asalto.» «Et ipse (Muza) gaudens eorum consilio approbato, venit ad locum munitum, qui latine *civitas salva* ab Arabibus *Medinat Sidona* ex inde fuit dicta; (*haec* est inter mare et eam quæ nunc Xerez) latine autem dicitur *Asidona*, et eam pugnæ violentia occupavit.» (Roder. Archiep. lib. III hist. cap. XX.)

Estas últimas palabras *latine dicitur Asidona*, quieren algunos que se entienda de Xerez, y no tienen para ello más fundamento que su buen deseo, y la confusión que resulta del solecismo que comete D. Rodrigo. Pero si se atiende con cuidado toda su oración, se verá que entre la mala ordenación de sus voces, no quiere explicar sino lo siguiente:

Habiendo Muza aprobado el consejo de sus capitanes, vino gozoso hacia un lugar fuerte y guarnecido, que en latín se llama Civitas Salva, y los Arabes le dán el nombre de Medinat Sidona, en latín no se llama sino Asidona, (esta es situada entre el mar y la que ahora se dice Xerez, y aplicando contra ella su ejército la rindió por fuerza.

Si el sobrenombre de Asidona se le contrajera aquí á Xerez, dejándolo antes aplicado el mismo D. Rodrigo á Medina, resultará que aplicaba el Arzobispo el mismo sobrenombre á ambas ciudades en una misma oración: pero todo el que leyere con reflexión, y no aplicare á Xerez (que se expresa sólo entre paréntesis) lo que vá á decir de Medina, verá que sólo vá á referir los varios nombres que ésta tenía y su situación y rendición. En cuanto á lo primero, dice que aquel lugar fuerte ha tenido tres nombres; el primero de *Civitas Salva*, el segundo el de *Medinat Sidona* en que los Arabes conmutaron el primero, y el tercero el que tuvo en latín que era sólo el de *Asidona*. Y ésto es verdad, porque en los Concilios no se llama ni Medina ni *Civitas Salva*, sino sólo Asidona ó Asidonense. En

cuanto á la situación la describe bien Don Rodrigo, poniéndola entre el mar del Estrecho y Xerez, que es el camino que seguía Muza. Y en todo esto cuasi no hace el Arzobispo sino copiar al Moro Rasis, como puede verse cotejando este pasaje de D. Rodrigo con el último que antes queda referido del dicho Moro.

Es algo extraño el nombre de Civitas Salva que aquí dá el Arzobispo á Asidona. Porque no se halla tal nombre en ningún geógrafo antiguo. Ya lo notó el P. M. Florez, y lo corrige bien, leyendo en vez de *Civitas Salva*, *Civitas Sidia*.

Para cuya enmienda le dá el fundamento suficiente la *Crónica General*, que refiriendo la misma jornada de Muza dice así: «E Muza vino á un lugar que había nombre en latín la *Cibdad Sidia* é de allí adelante ovo nombre en Árábigo *Medina Sidonia*. (Crónica. gral. part. III cap. I.)

La Crónica general sigue comunmente la historia del Arzobispo D. Rodrigo, con que es de creer que en esta historia no se leería *Civitas Salva*, cuando la siguió Don Alonso el Sábio. Después se introduciría el

nombre de *Salva* por los copiantes, en vez del de *Sidia*.

De aquí resulta que el Arzobispo Don Rodrigo no favorece mucho á Xerez dándole el nombre de Sidona, sino más bien á Medina, á quién lo aplica tres veces en este pasage.

Se confirma mejor el sentido que damos al Arzobispo por las circunstancias que atribuye á la ciudad que describe. Todas convienen exactamente á Medina. Lo primero el lugar de su situación, que es entre el mar del Estrecho y Xerez. *Haec est inter mare et eam quae nunc Xerez*. Lo segundo, la fortaleza que atribuye al lugar, así por la naturaleza del sitio, como por el presidio que lo guarnecía. *Venit ad locum munitum*. Este atributo de plaza fuerte ó *fortísima* le dan á Medina Sidonia, no sólo el Arzobispo Don Rodrigo, sino el Moro Rasis, y antes que él en el sexto siglo el Abad de Biclara. Refiriendo éste la rendición de esta misma ciudad por el Rey Leovigildo en el año 571, tercero de su reinado, dice: «El rey Leovigildo, asaltó de noche la fortísima ciudad de Asidonia, y entró en ella por traición de un cierto Fra-

midáneo, y pasando á cuchillo la guarnición, sometió el lugar bajo las leyes de los Godos.» *«Leovigildus Rex Asidonam fortissimam civitatem proditione cujusdam Framidanei, nocte ocupat, et militibum interfectis memoratam urbem ad Gotorum revocat jura.»* (Abad de Biclara. Cronicón, anno 571.) Mariana, en su Historia latina, no entiende ésto sino de Asidonia, y en su texto español escribe Medina Sidonia. Ni hay algún historiador que haya entendido esta acción militar de Leovigildo por de Xerez.»

Aun de estas mismas palabras del cronicón Biclarense, resulta otro fortísimo argumento contra el Arzobispo D. Rodrigo y contra Ar-Razi, á quien tomó por guía. En la Crónica de Ar-Razi se lee lo siguiente, en la parte relativa á los reyes godos: «Después esleyeron por rey los godos á Laudileb ó Laubilote (Leovigildo) que era hermano de Lorian, e este Laubilote alzaron por rey en la ciudad de Narbona, et después que él fué Rey, vinose para Toledo á morar, et comenzáronsele de alzar las villas contra él, porque non fuera alzado Rey allí donde ellos avían de costumbre, et aquellos que se alza-

ban tenían con las otras que non eran del señorío del reyno. Et quando él ésto vido, tomó con éstos guerra mortal, et conqueriólos en tal manera, que nunca se echó sobre cibdat, por fuerte que fuese, que á poco tiempo non la tomasse; et mucho á su honrra él conquirió lo más de España, quel tomó desde la villa de Toletto fasta la cibdat de Málaga et fasta la mar, mas antes y perdieron muchos las cabezas, et él tomó á Xerez Saduña et todas estas villas fasta dentro en la mar, et tomó muchas buenas villas et muy fuertes castillos etc.» (Memorias de la A. de la H. Tom. VIII pág. 48.)

Ahora bien, según Ar-Razi, Leovigildo se apoderó de Xerez Saduña: y según el texto que antes copiamos de Juan de Biclara, la ciudad que tomó por asalto Leovigildo fué Medina Sidonia, y no Xerez, y así lo interpretaron Mariana y todos los demás historiadores. ¿Cuál de las dos crónicas merece mejor crédito? ¿Ar-Razi que escribe casi á cinco siglos de distancia la historia de un pueblo que no es el suyo, que tiene historia, religión y costumbres diferentes, con quien el estado de permanente guerra impide la

constante comunicación, lo mismo la literaria que la oral, ó el sabio Obispo de Gerona, discípulo de San Isidoro, contemporáneo de Leovigildo y Recaredo, que aparece siempre perfectamente informado de los sucesos que, como la expugnación de Sidonia, ocurrieron en su tiempo? No hay duda posible. Ar-Razi en su crónica confunde á Asidonia con Jerez, lo mismo que la confundió también en su Descripción de España, y esa confusión, disculpable acaso en el escritor mahometano, que acaso no tuvo medios de identificar cada una de las dos ciudades con su antecesora romana, dió origen á la equivocación del Arzobispo de Toledo, que más ilustrado y conocedor de la historia y la geografía latina, debió discernir y separar ambos pueblos dando á cada uno lo suyo, sin asignar á Jerez y al Guadalete lo que á las cercanías de Medina Sidonia y al Barbate correspondía.

Tornando á la argumentación del P. Cevallos, nos bastaría para robustecerla aun más, si fuese necesario, referirnos al texto de las mercedes y privilegios rodados concedidos á Jerez, Arcos y Medina Sidonia, ciu-

dades conquistadas casi simultáneamente por el Rey Sábio. En cada uno de aquellos venerandos documentos que respetuosamente se custodian en los respectivos archivos municipales se dice: «*Por grant sabor que habemos de poblar bien la nuestra villa de (Arcos, Xerez ó Medina,) que es en la tierra de Sidonia,*» y continúa el rey su carta puebla, determinando y señalando el fuero por que han de regirse en lo sucesivo los hijodalgos y los pecheros del repartimiento, y concediéndoles los fueros, franquicias y exenciones á que les daba derecho peligroso puesto de defensores de la frontera, que habían de ocupar en lo sucesivo. Con lo que aparece evidente, que D. Alfonso X como el Arzobispo D. Rodrigo no tenían otros conocimientos geográficos de la Bética que los que aparecen en la descripción del Moro Ar-Razi, y, por lo tanto, consideraban como territorio de Sadunya á todos los términos de Jerez, Arcos y Medina Sidonia, dentro de los cuales debió lidiarse en la batalla famosa é infausta en que perdió Rodrigo el cetro de la monarquía fundada por Ataulfo, siendo arbitraria é infundada la designación de

Xerez y el Guadalete hecha por el por todos los demás respetos respetabilísimo Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jimenez de Rada.

Mas no se culpe del error de ésto solamente al moro Ar-Razi. Otros escritores más modernos (Aben Adari y Aben Aljatib) escribieron incorrectamente Guadaleca al nombrar el río Barbate al Sur de Medina Sidonia, y engañado el Arzobispo por Ar-Razi en suponer que Jerez era Sidonia y por los otros que el Guadaleca era el Guadalete, fijó terminantemente durante muchos siglos el campo de la batalla algunas leguas más al N. del verdadero sitio en que se verificó.

LA CRÓNICA DE D. ALFONSO.

Casi podemos escusarnos de entrar en el examen de esta crónica, ya haya sido escrita por el mismo Rey Sábio, ya fuese compuesta de su orden, porque como en su relato del acontecimiento que nos ocupa, le sirvieron de guía el Arzobispo D. Rodrigo y el moro Rasis, todo lo que respecto á los li

bros de estos hemos dicho es aplicable al del rey D. Alfonso.

(Véase el apéndice XIII.)

ABN-ABDALLA ALSALEM

De este escritor arábigo, que fué secretario de los últimos Reyes de Granada conservanse dos libros. El uno es la Historia de los Califas de Oriente y Reyes de España, y el otro la del Reino y Reyes de Granada. Escribía, pues, en el siglo XV.

(Véanse los apéndices XIV y XV.)

Como se vé, ambos textos, lo mismo el de Alsalem que el que tomó de Ben Alcutia, hablan del río Guadalete, y el uno señala como campo de batalla las inmediaciones de Jerez. Mas la distancia que á este autor separa del tiempo en que se verificó aquel acontecimiento, y la concisión de su relato, tan semejante al del Arzobispo Don Rodrigo como diferente del que leemos en el Ajbar machuní y en Abol-l-Háquim y demás escritores árabes anteriores, nos hace suponer que Alsalem tomó su narración de la Crónica General de Don Alonso el Sábio,

ó de alguna de las Historias cristianas de su tiempo, que debían ser conocidas de los escritores de la ilustrada corte granadina. Debemos, pues, rechazar la versión de Al-salem, como poco fundamentada y tomada de fuentes inseguras é niciertas.

EL P. JUAN DE MARIANA.

La Historia General de España del sabio Jesuita que tuvo en cuenta todo lo que antes de él se había escrito, así en latín como en romance, piérdese en las nebulosidades de las antecedentes crónicas, y aunque detalla con minuciosidad las causas del conflicto, la traición de los ofendidos parientes de Witiza, el número de los desiguales combatientes, y los arréos y galas con que á la peléa marchó el infortunado Rey godo, y las imprescindibles arengas dirigidas por los caudillos de uno y otro bando á sus soldados excitando su coraje, no se señala determinadamente el sitio en que se libró el combate, limitándose á decir que Rodrigo, llegando cerca de Jerez, asentó sus reales y fortificó su campo en un llano por la

parte que pasa el río Guadalete. Y más adelante añade, que después de la derrota fueron hallados la corona y galas del rey y su caballo á la ribera del mísero Guadalete, sobre cuyas tranquilas y poco caudalosas aguas parece que todos de consuno han querido lanzar el fúnebre estigma de haber presenciado la pérdida de España.

(Véase el apéndice XVI)

Universalmente conocida y estimada la Historia General del P. Mariana, quizá ha contribuido más que ninguna otra crónica á la difusión del error. Mas no ha de culparse de él al doctísimo Jesuita, que si bien supo rechazar muchas de las patrañas y consejas de que halló sembradas las historias, y contribuyó acaso más que ninguno otro á depurar la verdad de los hechos, desentrañando la falsedad de falsos cronicones y absurdas tradiciones locales, tuvo razón sobrada en aceptar sin protesta como exactos los hechos que halló referidos en todos los historiadores cristianos que le precedieron, sobre todo si, como es de suponer, tuvo poco conocimiento de los primitivos escritores árabes, y si se trataba como en el

caso presente de la simple designación de lugar, y no de algún acontecimiento sobrenatural y fabuloso que su recto juicio habría desmentido, ó al menos puesto en duda. Y lo que del P. Mariana decimos, puede igualmente aplicarse á Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales y tantos otros historiadores de cuyas fuentes bebió, y de quienes no nos hemos ocupado, porque siendo la Historia de aquél como resúmen y recopilación de las de éstos, sería una redundancia cuanto respecto á ellos dijéramos.

AGUSTÍN DE HOROZCO.

Como de los regajos de pobre é intermitente curso se forman los arroyos, y de éstos los ríos, que á su vez afluyendo á otros más caudalosos, van á confundir sus aguas en el mar, donde mezcladas todas, constituyen incomensurable masa de homogéneas moléculas, manantial de fuerzas inagotables, mundo de miriadas de organismos, camino franco al comercio y á la industria, y lazo de unión más que barrera entre las distantes naciones, así las monografías particu-

lares, enlazando entre sí los diferentes hechos y acontecimientos de los varios pueblos de una región, llevan su caudal á la Historia del país, vasto océano adonde se generalizan los particulares hechos. De este modo, en su modesta esfera, los beneméritos autores de monografías prestan inmenso servicio á la ciencias históricas, alegando su contingente de materiales á la colosal obra de nuestra historia nacional.

Entre ellos ocupa lugar preferente Agustín de Horozco, natural de Escalona, criado de Felipe II, escribano en Cádiz y discípulo del célebre D. Diego Hurtado de Mendoza, que á fines del siglo XVI escribió una Historia de Cádiz que su excesiva modestia no le permitió publicar.

Por diferentes manos pasó el manuscrito, hasta que llegado á las expertas del eruditísimo bibliófilo D. Bartolomé José Gallardo, lo donó al Sr. D. Joaquín Rubio, reputado notario de aquella ciudad y anticuario insigne, quien lo cedió á aquel Ayuntamiento para su publicación, que tuvo lugar en 1845.

Dicha historia es, por lo general, bastante

fiel y verídica desde el período de la reconquista á los Árabes: mas no goza del mismo crédito cuando se refiere á épocas anteriores, y en cuanto á la invasión musulmana, á vueltas de ciertos detalles en que parece acertada, conócese en otros que ni había visitado los sitios á que se refiere, ni ha hecho más que trasladar al papel alguna tradición que oyó de labios poco veraces, no obstante que, para autorizarlos, dice que «de todo he sacado lo que me pareció más cierto, y que concuerda con lo que yo ví en algunos memoriales de antiguas historias que tenía la santa Iglesia desta ciudad, autorizados de Notarios apostólicos, trasuntados en Córdova, en Cartagena, y en otras partes, con asistencia de Don Esteban Rason, deán de esta Santa Iglesia, que los procuró sacar años há, para ciertos efectos del derecho desta Iglesia.»

(Véase el apéndice XVII.)

Refiere Horozco que hubo no una, sino dos ó acaso tres batallas en el rio Guadalete. En la primera mandaba el ejército cristiano, fuerte de treinta mil infantes y tres mil caballos, el Obispo D. Oppas, á quien contra la

creencia generalmente seguida hace Horozco modelo de lealtad hacia Rodrigo. Su denuesto hizo retraer á Tarif, á quien mató tres mil peones y quinientos caballos. Mas convenida una tregua de tres días para dar descanso á las tropas, que conservaban sus posiciones, rompióla traidoramente el Moro, que arrojándose de noche sobre el descuidado ejército godo le venció fácilmente, con muerte de la mayor parte de los que lo formaban, quedando preso el Obispo. No habiendo, pues, ambos ejércitos abandonado sus respectivos campos, esta segunda batalla pasó también á las orillas del Guadalete.

Continuando Horozco su relato, dice que, faltar Tarif de mantenimientos después de su victoria, y no atreviéndose á internarse en la tierra, recojióse cerca del Guadalete en parte acomodada para resistir la embestida de Rodrigo, que con ciento treinta mil infantes y veinte y tres mil de á caballo, gente toda bisoña y mal armada, se a vecinaba, y mientras tanto recibió refuerzos de África, que hicieron ascender las tropas de Tarif á ciento ochenta mil peones

y cuarenta mil ginetes: que no quiso el buen escribano de Cádiz admitir nunca que un puñado de musulmanes pudieran causar á los godos tan tremenda derrota.

En fin, llegado Rodrigo, frente á frente ambos ejércitos y ordenadas las haces, junto al mismo río trabóse la batalla tercera y última, teniendo el rey á retaguardia de su campo el río, en aquella vega que está yendo de la Cartuja de Xerez de la Frontera á Medina Sidonia, á la parte del camino que cae al Norte.

Y después de derrotado Rodrigo no se halló su cuerpo, no siendo fácil que pereciese ahogado al vadear el río, que en las riberas cercanas á la Cartuja lleva bien escaso caudal en todo tiempo.

Esto en sustancia viene á decir Horozco. Sentando ante todo que la verdad histórica ha de fundarse en testimonios fehacientes, y que aquel autor, aunque dice que sólo escribió lo que juzgó más cierto después de concordarlo con lo que vió ó leyó en memoriales de antiguas historias, autorizadas por notarios apostólicos trasuntados en Córdoba, en Cartajena y otras partes, como quie-

ra que no cita esas fuentes, no podemos darles valor alguno. Habremos, pues, de prescindir del origen de esos datos, y examinarlos según sus grados de probabilidad.

Que hubiera dos ó más choques parciales entre musulmanes y cristianos antes de la batalla definitiva, bien puede admitirse, y aun otros escritores de los dos bandos lo afirman, siendo á todas luces evidente que los recién desembarcados árabes tuvieran diversos choques con las tropas godas encargadas de la defensa de los pueblos de la costa, en tanto no llegaba Rodrigo con su ejército. Que el jefe de esas guarniciones fuese don Oppas y que se conservase fiel á su rey, sólomente Horozco lo asegura. La mayoría de los autores nombran á su jefe el Conde Teodomiro, y parece indudable ser el mismo que más tarde, mediante un tratado con los Árabes, logró formar un principado independiente en Orihuela. Respecto á Don Oppas, todos los que le nombran están conformes en su traición. Mas prescindiendo de esos detalles ajenos á la cuestión que nos ocupa, vemos que Agustín de Horozco señala con el dedo el campo de batalla en la

Vega que está yendo de la Cartuja de Jerez de la Frontera á Medina Sidonia, á la parte del camino que cae al Norte.

Estudiando si en el mapa de la provincia de Cádiz el curso del Guadalete, se vé que, atravesando el término de Arcos de Norte á Sur, trazando diversos tornos y circunvoluciones en su camino, recibe al Majaceite á ocho kilómetros de Arcos, en el sitio llamado la Junta de los Ríos, desde allí, durante no largo trecho, divide los términos de Arcos y Jerez, y continúa hacia el mar atravesando el último término, siguiendo varias inflexiones, de las que la predominante es de Este á Oeste, hasta que á media legua de Jerez, en dirección Sur, es atravesado por el hermoso puente de Cartuja, así llamado del famoso monasterio de Cartujos que allí fundó el piadoso caballero jerezano D. Alvaro Obertos de Valetto, suntuoso edificio de insigne mérito artístico, hoy monumento nacional, á cuya cuidadosa conservación atienden con el mayor esmero los gobiernos, estableciendo en él el depósito de caballos sementales!!!

Hacia el Norte, á unos cuatro escasos kiló-

metros, queda Jerez, de suerte que, según Horozco, si Rodrigo apoyó su retaguardia en el río, debió, al venir de Córdoba, pasar por Jerez y vadear el Guadalete, sobre cuya márgen izquierda quedó. En efecto, á su frente y ambos costados estiéndese inmensa llanura: á la izquierda, siguiendo la orilla, prolóngase hasta la Sierra del Valle; á la derecha continúa algunas leguas sin ondulación alguna hasta las playas de Puerto Real; por el frente sigue el extenso llano hasta las Sierras de Alcalá, en cuyas estribaciones están los vestigios de la romana Segontia, y hasta las elevadas lomas en que se asienta Medina. Bien hubieran podido maniobrar y revolverse holgadamente en tan magnífico campo de batalla, de muchas leguas cuadradas de superficie, dos ejércitos, aun cuando fuesen tan numerosos como Horozco los supone.

Aun por caprichosa coincidencia, hacia el Sur se extiende una mediana laguna (la de Medina), y ya veremos después, al estudiar los historiadores árabigos (el *Ajbar Machmúa*), que las huestes de Tárik se apoyaban en el *lago*. El lugar estaba bien escojido.

Mas ¿cuál fué el desfiladero que después de la derrota de Rodrigo atravesaron las tropas de Tarik persiguiendo hacia el Norte á los vencidos, como refiere el mismo Ajbar Machmúa? Ninguno: las Sierras de Algeciras, Medina, Alcalá, quedaban todas atrás y en poder de los Moros; y nada podría ya detener el victorioso paso del vencedor. Horozco escuchó una vieja tradición. Dijéronle, sin duda, que en aquellos llanos se había librado sangriento combate entre cristianos y moros, y, en efecto, en 1368 riñóse en el mismo sitio cruda batalla entre la gente de Jerez y los musulmanes de Ronda, Jimena y Gibraltar, que intentaron tomar por sorpresa la ciudad, hecho conocido en la historia con el nombre de batalla del Sotillo, cuyo recuerdo conmemoraron los Jerezanos levantando una ermita dedicada á Nuestra Señora de la Defensa, en el mismo lugar en que Alvaro Obertos levantó más tarde el famoso monasterio que consagró al Santísimo Cristo de la Defensa. Esta es sin duda la batalla á que se referían los datos suministrados á Agustín de Horozco, acaso por haberse extravia-

do la tradición por una falsa vía, sin que por otra parte deje de notarse que aquel historiador no examinó personalmente el lugar de la batalla, supuesto que, para negar que el Rey pudiera ahogarse en el Guadalete, dice que por aquellos sitios se vadéa en todo tiempo. Esto no es exacto. Desde que en la Junta de los Rícs, á cuatro leguas del lugar en que Horozco supone la batalla, se unen Guadalete y Majaceite, ya su corriente es abundante y caudalosa, y así lo certifican el mismo puente de la Cartuja, y las diversas barcas que de tiempo inmemorial mantiene Jerez en ciertos pasos obligados. Y no se diga que el lecho del río pudo entonces tener mayor elevación que ahora. Mientras los ríos recorren las sinuosidades de las sierras de que toman origen sus aguas siempre impetuosas y despeñadas, arrancan de las márgenes las piedras y arrastran las arenas de su lecho que excavan y profundizan; mas luego que han salido del terreno montañoso y accidentado, serenan gradualmente su ímpetu, y después de algunas leguas de sosegado curso, corren mansamente, depositando sobre su lecho las tier-

rras y arenas que en suspensión arrastraban. Si ha variado, pues, el lecho del Guadalete, habrá sido para dar menor profundidad á sus aguas al correr por los llanos de Aína, que así se llaman, y si hoy no ofrece lugar vadeable en aquellos sitios, aun más profundo sería hace cerca de mil doscientos años.

Razones poderosas que no alegamos ahora por no repetirnos, toda vez que habrémos de hacer uso de ellas más adelante, al ocuparnos de los movimientos estratégicos de Tarik, niegan por otra parte todo valor á la opinión de Horozco, fundada sólo en el dudoso valor de los documentos antiguos que afirma leyó. No puede, pues, tomarse en cuenta la versión del escribano de Cádiz, cuya obra es, no obstante, muy apreciable en cuanto á lo que á esta ciudad se refiere.

D. DIEGO SAAVEDRA FAJARDO.

No es por cierto el elegante escritor, el sagáz diplomático, el profundo pensador autor de las Empresas políticas quien ha de

despejar la incógnita que perseguimos. Su principal obra histórica, la *Corona gótica*, aunque modelo de concisión y de aticismo, resientese de las circunstancias en que fué escrita. Representante de España en la prolongada Dieta de Munster á mediados del siglo XVII, divirtió Saavedra sus ócios en aquella tarea, sin disponer de obras de consulta en que evacuar citas y comprobar fechas y lugares, y sin aplicar las luces de su claro juicio á la sana crítica de los hechos, rechazando los dudosos ó poco probables.

En su relato, el más literario de todos, repite Saavedra Fajardo lo que halló escrito en los historiadores que le precedieron: es decir, que Godos y Africanos se encontraron cerca de Jerez sobre las riberas del Guadalete. (*Véase el apéndice XVIII.*) Y estimando verdad indiscutible lo que tantos dijeron, pero refiriéndose siempre los unos á los otros, y todos al arzobispo Don Rodrigo, termina su relato declarando ser verosímil la muerte del rey ahogado en las aguas del Guadalete. No aportando, pues, Don Diego Saavedra más datos acerca del combate que los que halló en los historiadores españoles,

ninguna fuerza añade á la opinión de estos.

FR. GERÓNIMO DE LA CONCEPCIÓN.

Este docto religioso carmelita, natural de Cádiz y autor de una Historia de aquella ciudad y su obispado, á que dió el pretencioso título de *Emporio del Orbe, Cádiz ilustrado*, aunque admitió como verdades incontrovertibles, ya cuentos y consejos fabulosos, ya las mentiras de los falsos cronicones, ya, en fin, cuanto condujera á enaltecer su pátria dándole gloriosos timbres de antigüedad, nobleza y poderío, hasta llegar á hacer á Jesucristo descendiente, en cuanto hombre, de abuelas gaditanas, no obstante tanta ceguedad y apasionamiento, no merece el total desprecio con que durante mucho tiempo se le ha considerado; porque á vueltas de sus indudables errores, patentes á la más benigna crítica, no le faltan otras apreciables dotes de historiador, y su libro contiene multitud de noticias curiosas é importantes, bien que para utilizarlas sea indispensable discernir lo verdadero de lo falso, como se extirpa la mala yerba de un

sembrado.

Este, pues, que escribía á mediados del siglo XVII, después de seguir á Agustín de Horozco en cuanto al número de soldados con que ambos ejércitos contaban, señala también como aquél las riberas del Guadalete y los campos de Jerez como lugar de la batalla, y aun detalla más el sitio que dice fué á vista de Medina Sidonia y tres leguas distantede Cádiz.

(Véase el apéndice XIX.)

Cómo se vé, el buen carmelita difiere algún tanto de su guía Horozco, y en vez de las proximidades de la actual Cartuja de Jerez, señala ya un sitio orillas del río, á vista de Medina y á tres leguas de Cádiz: mas estas circunstancias no se reúnen sino en los campos donde hoy está Puerto Real, á orillas del brazo izquierdo del Guadalete, llamado hoy río de San Pedro, distante de Cádiz próximamente las tres leguas que dice el P. Concepción. Tenemos, pues, otra nueva versión que difiere de las anteriores, y que, como singular y no sustentada por ningún otro escritor, ni confirmada por prueba ni documento alguno que le sirva

de fundamento, ni tener en su favor ninguna razón estratégica que la explique racionalmente, debe ser desechada sin necesidad de más maduro exámen. Es probable que la infundada opinión del buen carmelita naciese de su ciego amor á su ciudad natal, que le hacía considerarla como una especie de *primum movile* á cuyo alrededor nacían y se desarrollaban todos los hechos del universo. ¿Ni cómo había de permitir él que suceso tan trascendental hubiera dejado de verificarse si no en Cádiz, á la vista de aquella ciudad?

EL ABATE MASDEU.

El eruditísimo Jesuita D. Juan Francisco Masdeu nos dejó, en su Historia Crítica de España y de la Cultura Española, perenne monumento de su vasta ilustración, crítica sagaz y peregrino ingenio. Aun hoy que las ciencias históricas alcanzan poderoso desarrollo, y han dado pasos gigantescos en el camino de la investigación, hay que recurrir á él en multitud de casos para utilizar sus irresistibles argumentos, encaminados

siempre al descubrimiento de la verdad, por más que á veces cegara el apasionamiento su profunda inteligencia. Pero Masdeu nada de nuevo dice: halló en los escritores que le precedieron, como verdad incontrovertible ya asentada, que junto al río Guadalete, cerca de Jerez de la Frontera, se avistaron ambos ejércitos, y satisfecho sin duda por la unanimidad de pareceres, no discutió el hecho.

Seguramente aquel experto y sagáz crítico, que llevó á la exageración su desconfianza respecto á todas las tradiciones, hasta las más universalmente admitidas, no acertó á escuchar ninguna opinión contraria á la que designaba como lugar de la batalla el Guadalete. Y cuenta que consultó todos los historiadores hasta su tiempo conocidos, lo mismo los primitivos cronicones desde Isidoro de Beja, que los arábigos que dió á conocer Casiri, y que los estudió á conciencia precisamente en este punto, porque rectificó los errores cometidos por los que, al computar mal los años lunares mahometanos, equivocaron la fecha en que se verificó la infausta batalla. Léanse los numero-

sos apéndices é ilustraciones que á este asunto dedica, y se verá el empeño especialísimo que puso en esclarecer tan importante punto de la cronología; pero se verá igualmente que su concienzudo trabajo en nada se relaciona con la cuestión objeto del presente estudio, siendo sensible que no la dilucidase, en cuyo caso es seguro que el sabio Jesuita habría dicho sobre ella la última palabra.

(Véase el apéndice XX.)

SOCIEDAD LITERARIA.

Por los años de 1845, una Sociedad literaria publicó en Barcelona, enriquecida con preciosos grabados en acero, un compendio bastante extenso de la Historia de España, obra si bien breve, muy apreciable por la exactitud y veracidad del relato. Y en ella hácese el de la batalla llamada del Guadalete con sujeción á los principios generalmente admitidos, poniendo el lugar del combate cerca de Jerez, en las márgenes del Guadalete.

(Véase el apéndice XXI.)

No ha de exigirse ciertamente á un breve compendio lo que largos y concienzudos trabajos de critica histórica como los de Masdeu, no intentaron. Considerémos, pues, aquel trabajo como un voto más en favor de los aficionados al campo de batalla del Guadalete, pero voto inconsciente que emitieron sus autores sin examinar por sí mismos la cuestión, y ateniéndose al de la mayoría que de igual empírica manera ha dado el suyo.

LUÍS CARLOS ROMEY.

Ingénuamente confesamos que uno de los historiadores en quienes mayor esperanza tuvimos de que lograrían poner en claro la dubatida cuestión que nos ocupa, fué el ilustre escritor francés autor de la «Historia de España desde el tiempo primitivo hasta el presente» obra que desavenencias con su editor no le permitieron concluir, ni tampoco el afán con que en los últimos tiempos de su vida se dedicó á las tareas periodísticas.

El esquisito celo con que reunió ma-

teriales y documentos durante su larga permanencia en España, su vasta cultura é ilustrada critica hacen concebir la idéa de que así como en otros puntos históricos de dudosa resolución logró averiguar la verdad despejando las nubes que la velaban, lo habria conseguido también respecto al verdadero campo de batalla del Guadalete. Mas, por extraña fatalidad, Romey, sugestionado de una parte por el Moro Rasis, y de otra por los historiadores cristianos, halla un término medio que á su parecer lo concilia todo, y pone el lugar de la infausta peléa en las orillas del Guadalete, no lejos de Medina Sidonia, en el mismo sitio que ocupa hoy Jerez.

(Véase el apéndice XXII.)

Pero como el Guadalete dista cinco leguas de Medina Sidonia, que Romey conviene ser la antigua Asindo ó *Asido*, la proximidad á esta ciudad es ya lo bastante remota para que no pueda servirnos su nombre como indicación de lugar, siendo explicable la frase de Romey, porque desconocedor del país, pone á Sidonia, con el Moro Rasis, muy próxima á Jerez, si bien se contradice acto

continuo, porque si Jerez ocupa el solar de la batalla, es claro que Jerez aun no existia cuando aquella se libró, y, por lo tanto, no puede ser Jerez la Asido de Rásis, resultando de semejante explicación una opinión nueva, la de que Jerez sea población puramente arábica, en la que los romanos no pusieron el pie, fundada después de la batalla por los mahometanos en el solar ó campo del combate. Mas como en Jerez se conservan aun considerables é inequívocos vestigios de construcciones romanas, (*véase el apéndice XXIII,*) no pudo ser Jerez el campo de batalla que Romey supone, estando por lo tanto la opinión de este autor destituida de todo fundamento racional.

EL CONDE DE CLONARD.

El Teniente general D. Serafín María de Sotto, Conde de Clonard, escribió á mediados de este siglo su magnífica Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas, obra monumental en que describe y pinta también los combates en que desde la antigüedad más remota ha tomado par-

te el ejército español, y, como de rigor, relata la batalla en que quedó destruida la monarquía goda.

Mas encaminado el plan y objeto de la obra más bien á un fin técnico que al meramente histórico, el Conde de Clonard aceptó la común opinión por los demás historiadores sustentada, y colocó el campo de batalla á las márgenes del Guadalete, en las tierras de Algeciras y de Sidonia.

(Véase el apéndice XIV.)

Empero un ligero examen bastará para dar á conocer la inexactitud del relato del Conde de Clonard.

Dice éste que los Sarracenos habían extendido su dominio hasta las tierras de Algeciras y de Sidonia, y que buscándolos Rodrigo, se encontraron los dos ejércitos á orillas del Guadalete.

Admitiendo lo primero, ó sea que ya los Arabes dominaban las tierras de Algeciras y Sidonia, á la noticia de la proximidad de Rodrigo es natural que se reconcentrasen hacia su campo, ó sea hacia el Sur, para esperarle. En vez de ésto, se encontraron en el Guadalete ó sea mucho más al Norte:

luego ó no es exacto que el encuentro fuera en el Guadalete, ó no es exacto que á la llegada de Rodrigo estuvieran posesionados los árabes sólo de las tierras de Algeciras y Sidonia, puesto que en tal caso dominaban mucha mayor extensión de territorio al Norte, en que se comprendían las tierras de Arcos y Jerez. Ó lo uno ó lo otro; de ningún modo ambas cosas que no se compadecen á un mismo tiempo.

No se ocupa tampoco el escritor en juzgar técnicamente aquel combate, como hace en muchos otros casos. Si lo hubiese intentado, su claro talento y sus indudables conocimientos superiores en todas las materias tocantes á la profesión militar, que era la suya, le habrían hecho comprender en seguida que un guerrero tan experimentado como Tárik, no se habría arriesgado á aguardar á Rodrigo en el lugar que supone.

Resulta, pues, de todo, que no es tampoco el conde Clonard el que ha de iluminar las tinieblas que encubren el lugar verdadero del combate.

ENCICLOPEDIA MODERNA DE MELLADO.

Por los años de 1851 publicose en Madrid, editada por D. Francisco de Paula Mellado, la Enciclopedia moderna, calcada sobre la que en 1848 publicó en París la casa Didot. En ella colaboraron nuestros primeros escritores, y el artículo referente á la batalla del Guadalete, señala como lugar en que se verificó ésta, las inmediaciones de Jerez.

(Véase el apéndice XXV.)

El colaborador no cita las fuentes históricas de que extrajo la noticia, y al exponerla sin comentario alguno, dá á conocer que siguió la opinión generalmente admitida en su tiempo. No puede, pues, computarse su voto entre los partidarios de la batalla en el Guadalete, porque no lo razona.

DON MODESTO LAFUENTE.

El ilustre escritor que con el pseudónimo de Fray Gerundio hizo las delicias de nuestros padres con la acerada crítica de sus famosas capilladas, tan temidas de los políticos de oficio que cobran, como aplaudidas de

la sufrida clase que paga, al elevar en su Historia general de España un verdadero monumento á la ciencia y á la literatura nacional, estudió minuciosamente cuanto antes que él habían escrito los historiadores que le precedieron, y su sana y juiciosa crítica supo despojar la historia de España de innumerables hechos dudosos ó notoriamente falsos, de que la habían plagado la pueril credulidad de los unos, y la codiciosa arteria de los otros, forjadores de mentirosos cronicos, á mantener vanidosas competencias entre los pueblos encaminados. Mas al tratar del campo de la última batalla de Rodrigo, parece como que descansa su ordinaria perspicacia, y sin fijarse en ninguna de las razones que inducen á creer otra cosa, señala desde luego los campos de Jerez á orillas del Guadalete. (*Véase el apéndice XXVI.*)

El ilustre escritor que en la parte de su historia referente á la invasión arábica siguió á Conde y á Casiri, á quienes repetidas veces cita, en una nota al cap. VIII del libro III de la Parte I de su magistral Historia, dice, hablando de la multitud de variantes que se observa en los autores sobre cada

incidente y circunstancias de la conquista de España por los Sarracenos: «Conviniendo todos (los historiadores,) en el hecho principal, difieren lastimosamente en cada uno de sus antecedentes, circunstancias y pormenores. Nosotros hemos cotejado detenidamente las historias arábigas con las cristianas, y basado nuestra relación en lo que nos ha parecido más autorizado y también más verosímil: teniendo presentes entre las crónicas é historias cristianas las del continuador del Viclareense, de Isidoro de Beja, de Sebastián de Salamanca, del monje de Silos, de Rodrigo de Toledo, la general de Alfonso el Sábio, las de Morales, Mariana, Ferreras, Flores, Mondejar, Pellicer, Masdeu, con los anotadores é ilustradores de unos y otros; y entre las arábigas, los autores de Conde, Casiri, Gayangos y Lembke, creyéndonos dispensados de citar las discordancias que se notan en Ebn Hhayan, Ebn Kaldun, Abulfeda, Abu Abdalla, Abul Hasan, Ebn Khalkau, Ebn Al Khatib, etc. que prolijamente mencionan los historiadores extranjeros.» Esta confesión del eminente historiador, nos dispensa de impugnar su o-

pinión: si Don Modesto Lafuente no estimó de importancia hacer alto en los discordantes pareceres de los historiadores arábigos y cristianos, fué sin duda por juzgar baladí el asunto que tratamos, y no habiendo aplicado á él, por lo tanto, las luces de su privilegiada inteligencia, no es su propio criterio el que expone, sino que se limita á seguir el de los demás, faltándole el peso de su autoridad indiscutible.

Aparte, pues, del profundo respeto que nosotros, humildes obreros de la ciencia, profesamos al insigne maestro, su voto, no es de calidad en este asunto.

DON ADOLFO DE CASTRO.

El eximio literato, honra de Cádiz, su patria, cuyo reciente fallecimiento lamentamos en estos días, en su *Historia de Cádiz* se ocupa con algún detenimiento de la designación del campo de batalla. Léanse las páginas que dedica á tan transcendental acontecimiento.

(Véase el apéndice XXVII.)

Examinemos el relato del castizo autor

del Buscapié, que por hijo de esta provincia, por haber estudiado los terrenos y por ser quien es, merece particular atención.

Tarik, salió de sus atrincheramientos al saber la venida de Rodrigo, y ambos ejércitos se encontraron en las márgenes del Guadalete.

Tarik, según todos los historiadores arábigos, había desembarcado al llegar á España en un escarpado monte, en el que se atrincheró levantando un fuerte, que de su nombre se llamó Gebel-Tarik (Gibraltar.) Nada más propio de una guerra de invasión, que fortificarse el invasor en un punto estratégico á las inmediaciones de la playa en que hubiere desembarcado, y desde el cual no sólo pueda resistir la acometida del enemigo, cuyo intento ha de ser lanzarle al mar que le trajo, sino continuar siendo dueño de sus comunicaciones con el exterior para aguardar refuerzos y alimentos, ó poder reembarcarse en caso de derrota.

Es pues indudable que el veterano Tarik no faltó á tan elemental deber, y así deberíamos suponerlo aunque no lo confirmasen los escritores arábigos y aun los cristianos.

Que sus tropas merodeasen por los cam-

pos meridionales de la península, no hay que dudarlo tampoco. La venida de los Árabes, fué en son de conquista, y para realizarla no había de permanecer el ejército encerrado en sus atrincheramientos, y en las expediciones que en el territorio realizasé tuvo lugar sin duda el combate en que fueron derrotados los godos mandados por Teodomiro, gobernador ó Conde de la provincia.

Que al tener noticia de la venida de Rodrigo, se reconcentrasen todas las fuerzas mahometanas á su cuartel general tampoco tiene duda, no debiendo olvidarse que, aun después de recibidos los refuerzos que pidió á Muza, Tarik contaba sólo con 12.000 hombres, mientras que Rodrigo mandaba un ejército de ochenta á cien mil combatientes, según el cálculo más bajo. Pero que de su campo atrincherado saliese el ejército agareno á encontrarse con el de los Godos que quintuplicaba su número, hasta veinte leguas de distancia, lo consideramos empresa temeraria propia sólo de un loco, y no de un general aguerrido y que había probado su valor en cien victorias. Tarik no

pudo llegar hasta el Guadalete, como probaremos después.

Continúa D. Adolfo de Castro, conviniendo en que ningún escritor puntualiza claramente el lugar de la batalla, y examinando las diversas opiniones de unos y otros, resuelve la cuestión fundado en el conocimiento que tenía del terreno, señalando los llanos de Caulina, extensísima planicie situada entre Arcos y Jerez, pero á sola una legua de distancia de esta última ciudad, como campo del combate.

Mas no todos los fundamentos que sirven de base á la opinión del historiador gaditano son igualmente sólidos. Que el camino recorrido por Rodrigo desde Toledo con el ejército Godo fuese el de las antiguas vías militares romanas, y por las extensas llanuras que separan á Sevilla de Jerez, no puede negarse. Harto sabido es que las grandes masas armadas se mueven con más ó menos celeridad en relación á la suma de obstáculos que hallan en su camino, y siendo muy considerable el ejército godo, no habría de transportarlo Rodrigo por las escabrosidades de las sierras de Morón y Montellano;

haciéndole pasar después por la aun más abrupta Serranía de Ronda. Mas, ¿por qué había de detenerse en Jerez? ¿Es que Tarik pudo cometer la temeraria torpeza de abandonar su campo atrincherado para ir á buscar á veinte leguas de distancia á un enemigo muy superior en fuerzas, en medio de un país hostil, abandonando su base de operaciones, y dejando interceptadas sus comunicaciones, maniobra que hubiera sido indisculpable en un cabo de escuadra, y no es creíble del ilustre guerrero gobernador de el Mogreb?

Los nombres de arroyos que cita Castro en apoyo de su opinión, nada prueban. En primer lugar el nombre de uno de ellos, no es *Fontetar* sino *Frontetar*, y el que llama de Musas es de *Mújar* antiguamente escrito *Múxar*. Así pues, hacer derivar esos nombres de Fons Tarik y de Muza es buscar etimologías caprichosamente, aparte de que si en el uno bebió Tarik y descansó tal vez Muza en las orillas del otro, no bastan esos acaecimientos de esencia tan baladí para imponer á los lugares un nombre que recuerde eternamente aquellos personajes. ¿En cuán-

tas fuentes bebería Tarik y en cuántos diversos campamentos descansaría Muza bajo los pliegues de su tienda de campaña, durante la larga y accidentada vida de ambos insignes caudillos? Impone nombre á un lugar la repetida designación que de él se hace por una voz inventada por la casualidad ó el capricho, ó representativa de una persona, cosa ó cualidad, después que el uso ha sido sancionado por el tiempo. Nada más fácil de comprender que la manera como el nombre del monte Calpe se convirtió en Gabel Tarik. Desembarcado el general árabe en la playa y fortificado en el monte, allí permaneció algún tiempo, por lo menos más de tres meses probablemente: ¿qué mucho que los árabes de la fronteriza Ceuta comenzasen á llamar el Castillo ó fuerte de Tarik, *Gebel Tarik* que divisaban al otro lado del estrecho, al monte en que sabían se había fortificado aquel caudillo, y que los cinco mil ginetes sarracenos que envió Muza como socorro, poco antes de la batalla, comunicasen ese nombre á los primeros compañeros de Tarik, llegando después ese nombre, universalizado ya, hasta

nuestros días? Pero por que en un instante dado bebiese Tarik del raudal de una fuente no pudo tomar ésta su nombre: si los soldados se lo hubiesen impuesto, al mudar su campo aquellos, lo hubiera perdido, porque allí nada quedaba que perpetuase el insignificante hecho: sólo la fuente, que antes y después permaneció siempre la misma, mientras que en Gibraltar, ausentes los musulmanes, quedó siempre el fuerte que Tarik levantó para memoria eterna.

No hay, pues, que tomar en consideración los nombres que caprichosamente hace derivar Castro de Tarik y Muza, fuera de que ambos arroyos de Frontetar y Mújar se hallan en término de Arcos, muy inmediatos á esta última ciudad, el primero entre Arcos y Bornos, y el segundo entre Arcos y Espera, ambos á siete leguas de Jerez, y, por tanto, muy lejos de los campos de Caulina en que Castro coloca la batalla.

En las mismas páginas manifiesta también este escritor su creencia, igualmente voluntaria, de que esos famosos llanos de Caulina habían ya presenciado otra lucha

no menos importante y sangrienta, en la que César venció á los hijos de Pompeyo, puesto que Castro supone que los considerables vestigios de población romana que cubren la elevada planicie de la Sierra de Gibalbín, en el sitio llamado la Mesa de Asta, son las ruinas de la antigua Munda, último baluarte de los Pompeyanos. Recuérdesse á este propósito lo que dice Hircio respecto á la situación de la ciudad, y posiciones de ambos campos de Cesar y Pompeyo. «Mediaba entre los dos campamentos,—dice Hircio—una llanura de cerca de cinco millas, (los llanos de Caulina tienen mucha mayor extensión); de suerte que las tropas de Pompeyo estaban al amparo de dos defensas; es á saber, la situación elevada de la ciudad y la naturaleza del terreno. Desde aquí empezaba á extenderse la llanura; cortada por un riachuelo que hacía muy difícil el ataque de su campo, porque corría hacia la derecha, dejando el terreno pantanoso y lleno de concavidades..... Avanzaron los nuestros en ademán de atacar, pensando que harían lo mismo los enemigos: pero éstos no se atrevieron á sepa-

rarse más de una milla de la fortificación de la plaza, resueltos á pelear al amparo de sus murallas. Los nuestros fueron avanzando más, y entretanto la ventaja del sitio convidaba á los enemigos á pretender con tan buena proporción la victoria: mas, con todo, no se movian un paso de su presupuesto de no alejarse de su puesto ventajoso y de la ciudad.

Marchó nuestra gente con paso lento hasta muy cerca del río, sin quererse ellos mover para aprovecharse de esta ventaja.»

¿Dónde está en los llanos de Caulina ese riachuelo que dividía los dos campos enemigos, y que pasaba tan cerca de la ciudad, que formado el ejército pompeyano á una milla de distancia de ésta pudo ofender, si lo hubiere querido, al de César, cuando con paso lento llegó hasta cerca del río?

Pues si no existe ni ha existido jamás ese río, accidente principal del campo de batalla de Munda, á una milla de distancia de la Mesa de Asta, ni en todo el extenso llano de Caulina, es evidente que ni en la Mesa de Asta estuvo Munda, ni en aquel llano se dió la batalla de este nombre, como

la mial llamada del Guadalete.

Pudiera decirse contra ésto, que al otro lado de la sierra de Gibalbin, entre ésta y Lebrija, continúa extendiéndose el llano de Caulina por luengo espacio, atravesado no por un riachuelo, sino por humilde arroyo que lleva el significativo nombre de Romanina, y va á verter sus aguas en las marismas del Guadalquivir. Mas en este caso, si los accidentes del terreno de la opuesta vertiente de la sierra de Gibalbin que corresponde á la cuenca del Guadalquivir, convienen con la topografía del campo de batalla de Munda, como supone Castro con la autoridad de Lucio Marinéo Sículo, este no puede ser al mismo tiempo el campo de la batalla de Rodrigo que Castro supone dada en la cuenca y próxima al Guadalete.

Pero dejando á un lado disquisiciones ajenas á nuestro propósito y tornando á él, bien hace Castro en no estimar en valor alguno el nombre de un pasaje que hay sobre el Guadalete entre Arcos y Puerto Real, llamado la barca de Florinda, el cual nombre atribuyen á la afrentada hija del Conde Don Julián. Bien hace, decimos, porque el

verdadero nombre de ese pasaje es la *Barca de la Florida*, por estar situado en una dehesa así llamada, voz que suelen pronunciar mal los campesinos.

(*Nota*)—Después de escrito lo anterior, hemos logrado averiguar de dónde tomó el señor Castro los nombres de los arroyos de Fontetar y Muza que tan extrañamente deriva de los dos célebres caudillos árabes.

En un Atlas geográfico histórico y estadístico de España publicado por D. José Antonio Elías en Barcelona en 1848, cuyos mapas aparecen grabados por los hábiles artistas Alaberu y Mabon en 1847, en el relativo á las dos provincias de Cádiz y Málaga, que están unidas en una sola hoja, al N. de Arcos, entre esta ciudad y la villa de Espera, se hallan dibujados los dos arroyos de Fontetar y Musas, (sic) como afluentes del otro arroyo más considerable llamado el Salado. La falta de indicaciones en el mapa hizo, sin duda, creer á D. Adolfo que la comarca regada por esos dos arroyos formaba parte de los extensos llanos de Caulina, que aquel ilustre escritor señala como campo de la batalla, é ignorando que entre los llanos y

los arroyos se halla toda una sierra que se llama Sierra de Gamaza, extendió hasta aquél remoto lugar el del combate, seducido además por las analogías que en los nombres de los arroyos creyó encontrar. No fué; pues, D. Adolfo de Castro el que leyó Musas por Muxar, sino el autor del mapa de la provincia, de donde Castro tomó sus datos.

D. MANUEL CANCELA.

El malogrado periodista jerezano D. Manuel Cancela escribió no ha muchos años una breve historia de Jerez de la Frontera, su pueblo natal, en la que, sobre todo en lo que se refiere á tiempos antiguos, recopila y reúne lo que los historiadores de la misma ciudad, Gutierrez, Rallón, Portillo y tantos otros escribieron. Es, pues, bastante, para conocer la opinión de aquellos historiadores locales, tener noticia de la de Cancela que es un reflejo de la de los demás.

(Véase el apéndice XXVIII.)

Aparte del craso error de decir que Muza mandaba el ejército agareno, cuando no hay

duda de que el general fué Tarik, aunque bajo las órdenes de Muza que aun permanecía en Africa, y no vino á España hasta mucho después de la victoria de Tarik y cuando ya este había sometido la mayor parte de España, Cancela, si bien tenía noticia de que algunos historiadores modernos suponían la batalla decisiva en lugar diferente del que había seguido la común opinión, declara sin fundamento alguno esa nueva creencia, y se decide por la antigua ó sea por el río Guadalete y los campos de Jerez, siguiendo á la mayoría, sin tener en cuenta que cuestiones de esta especie no las resuelve el número de votos, sino la calidad de estos y las razones en que se funden. No explicando, pues, este escritor la quele asistiera para opinar de ese modo, justo es asimismo no dar á su voto otro valor que el de una opinión personal, respetable siempre pero no razonada.

DON JOSÉ ANTONIO CONDE.

Censurado como pocos el ilustre arabista durante mucho tiempo, va poco á poco reco-

brando el crédito antes perdido, si bien todos convienen en que su Historia de la dominación de los Arabes en España es la menos recomendable de sus obras, hallándose viciados, acaso sin culpa del autor, algunos de los textos que tradujo y le sirvieron para escribirla.

En efecto, una historia formada de retazos diferentes, entresacados de muy diversos autores, ni puede obedecer á plan alguno, ni adaptarse á un criterio determinado, rigiendo en ella tantos, cuantos escritores contribuyeron á formarla. Y si no terminó de coordinarla el mismo Conde, sino otros que vinieron después de él, á la primera confusión de orden y criterios hay que aumentar la causada por los que terminaron la obra. De esta suerte se explican muchas faltas, lagunas y errores de que la mencionada historia está plagada.

(Véase el apéndice XXIX.)

Acepta, pues, Conde la bajada de Rodrigo hasta los campos de Sidonia; mas como después hace que se embistan ambos ejércitos en las márgenes del Gundaleta, (que habían quedado cinco leguas al Norte), ó Rodrigo retro-

cedió desde Sidonia á tomar posiciones sobre este río y aguardar allí la acometida de los árabes, en cuyo caso, contra el sentir de todos los historiadores, éstos fueron los que acometieron y los godos los que esperaron, ó Conde al hablar de Sidonia se refiere á la Cora ó distrito de Sadunya descrito por el moro Rasis, que, como ya hemos visto, comprendía una longitud de más de veinte leguas, ó más probablemente se refería á la ciudad de Medina Sidonia, sin tener en cuenta que estando el ejército en aquella ciudad no podía al mismo tiempo batirse en el Guadalete, que queda á demasiada distancia.

Estas contradicciones quitan toda fuerza á las manifestaciones de Conde, aparte de la poca fé que en la actualidad merece su historia.

Y para que se vea que no inventamos nada acerca del escaso crédito de este autor, léase el juicio que de él han formado orientalistas tan competentes como Renan y Dozy. Dice el primero:

«La Historia de Conde está plagada de errores y contrasentidos. De un mismo in-

dividuo hace dos ó tres; muere un hombre dos veces y alguna de ellas antes de haber nacido; convierte los infinitivos en nombres de pueblos: personajes imaginarios realizan hechos imaginarios también. Al utilizar, por ejemplo, el diccionario biográfico de Ibn-al-Abbar, no observa Conde que la torpeza del encuadernador ha trastornado el orden de las páginas, y embrolla y confunde las vidas de los grandes hombres de los siglos IV y V de la Egira, saliendo atrevidamente de semejante confusión por medio de risibles desatinos.»

(Dozy. Recherches. Advertencias de la 2.^a edición.)

Y Dozy:

«Apareció después Conde, este apenas conocía el árabe, y supliendo una imaginación extremadamente fértil su falta de los conocimientos más elementales, con inaudita impudencia forjó centenares de datos é inventó millares de hechos, afectando siempre la pretensión de traducir con fidelidad los textos arábigos.»

(Dozy, ibidem. Avant propos.)

CÉSAR CANTÚ.

No es la más apropiada una Historia Universal, por completa y detallada que sea, para relatar circunstancias particularísimas, ni el análisis del autor ha de ser tan nimio y escrupuloso que descienda á minuciosidades, que en suma no afectan á la verdad histórica considerada bajo un punto de vista ámplio y general. Para el ilustre historiador italiano, bástale hablar de la invasión arábiga en España, mencionando la derrota de Rodrigo en las orillas del Guadalete.

(Véase el apéndice XXX.)

Habría sido, no obstante, de desear más maduro exámen. Conviene el mismo Cantú en que Tarik sólo tenía doce mil soldados, con los cuales, después de hacer experimentar varias derrotas al Conde Teodomiro, (y estos combates, aunque favorables á Tarik, habrían también disminuido sus tropas), esparcidos por el país, ocupaban los alrededores de Sidonia y amenazaban á Sevilla. Pero Sevilla dista veinte leguas de Sidonia y más de treinta del monte en que desembar-

có Tarik, (Gibraltar). ¿No parecen muy poca gente los mermados doce mil hombres de Tarik para diseminarlos en tan grande extensión de territorio enemigo, en que aun se movían las vencidas tropas de Teodomiro, y adonde acudía á toda prisa Rodrigo con sus cien mil soldados? Ciertamente que Cantú no tuvo en cuenta ni lo poco numeroso del ejército de Tarik, ni la extensión del territorio que supone ocupado por éste. Entre Sidonia y Sevilla estaba el Guadalete, mal ó bien designado por los historiadores como lugar de la batalla, y lo aceptó sin vacilar, y sin reflexionar que, dadas las condiciones en que supone á las tropas de Tarik, ni pudo verificarse en las márgenes del Guadalete, desde donde su ejército no amenazaba á Sevilla, hallándose entre ambos el muy superior en número de Rodrigo, ni hubieran obtenido los árabes la victoria, deshechos y aplastados, todos peones, en las extensas llanuras que el Guadalete baña, por la poderosa en número y vigor, caballería goda.

No hay, pues, que tomar en cuenta la manifestación del sábio Cantú, ante quien hu-

mildes obreros de la ciencia nos descubrimos respetuosamente.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO

HISPANO-AMERICANO.

Censuran muchos la fácil y somera erudición que se adquiere manejando á diario las Enciclopedias, porque, en efecto, sus diferentes artículos sólo pueden ser brevisimos tratados en que se apuntan y extraen ligeramente definiciones é ideas científicas, que sólo se desarrollan en tratados especiales; puede decirse en realidad que el que estudie en Dictionarios enciclopédicos llegará á tener alguna idea de *omni re scibile*, mas no adquirirá conocimientos profundos en ninguna materia. Mas aunque en principio sea ésto una verdad inconcusa, no ha de negarse tampoco la utilidad de semejantes libros, sobre todo para el que, lejos de los centros docentes, ni puede escuchar la palabra del sábio, ni adquirir todos los tratados magistrales, para lo que no bastaría una fortuna, ni consultar diariamente museos y bibliotecas.

Para la cuestión de que se trata, sirve de mucho el Diccionario enciclopédico á que nos referimos, porque, sin resolver en definitiva, señala los principales pareceres en que se han dividido los sábios, fijando el estado actual del litigio.

(Véase el apéndice XXXI.)

Vése, pues, que aunque terminantemente no lo expresa, el Diccionario parece inclinarse á la opinión de D. Adolfo de Castro, que se decide por el Guadalete, considerando el lago de que habla el Ajbar machunía como la laguna de Medina, cerca de aquel río, y no como la de la Janda cerca de Vejer; más como ya hemos impugnado las opiniones del historiador gaditano, no repetimos en este lugar nuestros argumentos, que esforzaremos más tarde, limitándonos ahora á decir, que no puede ser la laguna de Medina, harto pequeña y poco profunda, el lago á que no se le encuentra fondo según los escritores arábigos.



II

Hasta aquí puede decirse que hemos procedido por el método de eliminación, haciendo resaltar las contradicciones de los historiadores unos con otros y aun algunos de ellos consigo mismos, y desechando por infundadas y voluntarias sus opiniones, nacidas en unos de mero capricho, de seguir ciegamente las de los antiguos poco ó nada informados, sin someterlas al crisol de la crítica, en otros.

Ocupémonos al presente de los que, musulmanes ó cristianos, han señalado desde luego un campo de batalla diferente de las orillas del Guadalete, los unos, porque casi contemporáneos del combate y hallándose entre las filas del ejército victorioso, y conocedores de la localidad teatro de la lucha

tuvieron más medios de investigar la verdad: los otros porque, penetrados de su alta misión, en vez de seguir humildemente el camino por sus antecesores emprendido, estudiaron con detenimiento los códices arábigos, confrontaron textos, levantaron planos, consultaron mapas, y después de aplicar las claras luces de su crítica á todas las hipótesis posibles, terminaron por decidirse por aquella que juzgaron más racional y verosímil, confirmada al mismo tiempo por los testimonios históricos más dignos de crédito.

Nuestra ignorancia del idioma arábigo, nos veda entrar en terreno desconocido. Así cuando nos refrámos á historiadores musulmanes, habrémos de citar sus textos, no en su propia lengua, sino en las traducciones que de ellos han hecho orientalistas tan competentes y sabios como Dozy, Goyangos, Lafuente, Alcántara y algunos otros. Esto sentado, pasémos al examen de estos escritores.

EL AJBAR MACHMÚA.

El Códice así llamado, conocido también

por el *Anónimo de París*, es uno de los más antiguos y quizá el más importante documento histórico de los que se han descubierto hasta hoy, para el esclarecimiento de los hechos que son objeto de nuestro estudio. Desconocido durante muchos siglos, habló de él D. Pascual de Gayangos en su *Discurso sobre la autenticidad de la Crónica del Moro Rásis*, examinóle con sagaz criterio M. Dozy, y por último lo tradujo y publicó en España nuestro malogrado cuanto sabio orientalista D. Camilo Lafuente Alcántara en 1867. Su ignorado autor, que parece haber vivido en el siglo X, coleccionó las tradiciones más antiguas acerca de la Conquista de España por los Musulmanes, naciendo de ésto, como juiciosamente observa el Sr. Lafuente, «cierta desigualdad en el texto, donde se encuentran pormenores curiosísimos y abundantes relatos de algunos acontecimientos, mientras que de otros no menos interesantes apenas dá noticia alguna.» No es, por desgracia, la narración de la batalla en que murió ó desapareció Rodrigo, no obstante las graves consecuencias que se siguieron; objeto de extensas

páginas ni minuciosos detalles: pero así y todo, algunos de los que menciona son importantísimos y hacen tomar diverso rumbo á las conjeturas de la crítica. Basta á nuestro propósito leer en la arábica crónica, que sabedor Tarik de que sobre él venía Rodrigo con numerosas fuerzas, reclamó auxilios de Muza, que le envió 5.000 hombres más, con los que el ejército invasor llegó á contar 12.000, debiendo advertir, como dato importantísimo, que Tarik participaba á Muza haberse hecho dueño de Algeciras y del *lago*. Esta es la primera mención que de semejante lago aparece en las crónicas. Continuando la narración de los hechos, dice que Rodrigo y Tarik, que había permanecido en Algeciras, encontráronse en un lugar llamado el *Lago*, y que vencidos los Godos y muerto ó desaparecido su rey, Tarik marchó enseguida á la *angostura de Algeciras* y después á la ciudad de Écija.

Este es, pues, el primer historiador que señala y determina el lugar en que se verificó la batalla, fijando con precisión tres puntos principalísimos. Aquel de donde salió Tarik, Algeciras; el campo de batalla,

el lago: el sitio donde se encaminó Tarik después de su victoria, el desfiladero de Algeciras. Véase el apéndice XXXII y tengamos esas conclusiones presentes para hacer uso de ellas más adelante.

Respecto al concepto que esta obra merece á los historiadores modernos, véase lo que dice Docy (Recherches) «Todos los historiadores musulmanes antiguos están llenos de fábulas extravagantes. Hasta Ibu-Adhari, Al-Makkari, Ibu-Alcutia las ponen, y la mezcla de lo verdadero y de lo falso hace muy difícil la tarea del crítico. Para lograr una certidumbre, si no absoluta, al menos relativa, sería preciso poseer un relato árabe puro de toda ficción. Este relato existe, y es el Ajbar machmúa.»

EBN-ÁBDO-L-HÁQUEM.

De este autor árabe existe una relación de la conquista de España, publicada con la traducción inglesa y notas por Jhon Harris Jones en 1858, y en España por D. Emilio Lafuente Alcántara como apéndice 6.º á su traducción del Ajbar machmúa.

en 1867. Ignórase la fecha en que escribía; mas como en su relato se refiere á lo que le había dicho un llamado Abdo-r-Rahmen, este narra lo que le había contado Abdo-l-Mélic ben Mohammad, quien á su vez lo había oído de boca de Ebn Lohaya, á quien lo había contado Abol-Agwad que lo escuchó de Amr ben Aus, capitán del ejército de Muza, suponiendo que cada uno de los sucesivos narradores hubiera hecho su relato treinta años después de haberlo escuchado de su antecesor ó sea con el intervalo de una generación, siempre resultaría que el historiador Abdo-l-Háquem vivía hacia la segunda mitad del siglo IX y tuvo la ventaja de utilizar para su relato los seguros recuerdos de los mismos Arabes invasores actores en el drama de la conquista.

La narración de este escritor merece pues entera confianza en ciertos puntos en que está confirmada por la de otros.

Dice Abdo-l-Haquem, que Rodrigo vino en busca de *Tárik que estaba en el monte (Véase el Apéndice XXXIII)*, y cuando estuvo cerca salió Tarik á su encuentro, trabándose inmediatamente la mortífera y porfiada ba-

talla, en que Dios mató á Rodrigo, quedando los musulmanes victoriosos.

Antes, con referencia al relato de Óts-men, dice que habiendo los musulmanes llegado triunfantes hasta Córdoba, Rodrigo vino desde Toledo sobre ellos, y habiéndose encontrado en el lugar llamado *Sidonia*, junto á un río que hoy se llama de Umm Haquim, comenzó la lucha.

Desde luego se nota la diversidad de ambas versiones. La última, ó sea la de Ots-men, adolece de falta de claridad. Si los musulmanes habían llegado hasta Córdoba y Rodrigo salió á buscarlo desde Toledo, es de suponer que ese lugar de Sidonia y ese río Umm Hquim junto á los cuales se dió la batalla, ó estaban entre Toledo y Córdoba, ó al menos cerca de esta última ciudad, de la que no dice que hubiesen retrocedido los Arabes. Mas como ni existen ciudad ni río de esos nombres en aquella región, ni tampoco historiador alguno señala como lugar de la batalla una comarca tan interior, menester es confesar que está viciado el texto, ó su autor confundió la derrota de Rodrigo con la conquista de Cór-

doba por Moguits-Ar-Romí, uno de los generales que á las órdenes de Tarik mandaba las tropas musulmanas, que fué el encargado por su jefe de la expugnación de aquella populosa ciudad. Queda sólo la sospecha de que por error de copistas se hayan suprimido del texto las frases en que Óstman hablara de la retirada del ejército árabe hacia el Sur, al saber que sobre él venía el de los godos. Mas como de esa retirada tampoco hay noticia, ni puede suponerse jamás que un insigne guerrero como Tárik que de triunfo en triunfo había recorrido desde Damasco á Ceuta avasallando á su paso todas las naciones que encontró, hubiese cometido la inconcebible falta de abandonar con un puñado de hombres su fortificado campo de Ghebel-Tarik y se hubiera internado en España, sin comunicaciones con su pátria ni poderes perar socorros de ella, dejando detrás de sí extensos y poblados territorios llenos de enemigos, antes de haber dado un golpe decisivo que le permitiese aventurarse ya á la invasión, es manifiesto error el de la versión referida, quedando de ella solamente la voz Sidonia y

el nombre del río Umm Háquim para señalar el regular de la pelea.

Respecto á la primera versión, en medio de su laconismo, es más expresiva y completa. Rodrigo vino en busca de Tárik, que estaba en el monte, y cuando estuvo cerca, salió Tarik á su encuentro. Eso mismo viene á decir el Ajbar machmúa cuando refiere que Rodrigo y Tarik, que había permanecido en Algeciras, se encontraron en un lugar llamado el Lago. Es decir que Tarik, fortificado en el elevado y riscoso monte al que su larga permanencia en él, dió el nombre de Gebel-Tarik, fuerte de Tarik, bajó de él á formar sus tropas en la inmediata llanura para oponerlas á las godas, sin apartarse de la fortísima posición que había escojido, al amparo de la cual se habría replegado en caso dederrota, guardando así sus comunicaciones con Africa, único lugar de donde le era dable esperar auxilios. Esto es lo que se desprende del texto de Abdo-l-Haquém que completa y confirma el relato del Ajbar machmúa. El campo de batalla fué pues, como no podía menos de ser, si es que concedémos á Tarik las dotes de capitán exper-

to y aguerrido que tan acreditadas tenía, un lugar muy inmediato al monte en que se asienta Gibraltar, el monte fortificado de Tarik.

Un nombre tres veces repetido por este autor ha llamado la atención de los Sr. Oliver y Hurtado. Umm-Haquim se llamaba, según Abdo-l-Haquem, una esclava muy estimada de Tarik. Umm-Haquim, del nombre de esa esclava, se llamó la Isla de Algeciras, hoy Isla Verde: y Umm-Haquim se llamaba también el río en cuyas márgenes se libró la batalla á que nos referimos en este libro. De esta circunstancia deducen aquellos señores, que no debiendo el río que aquel nombre llevaba, en el tiempo en que Abdo-l-Haquem escribía, apartarse mucho de Algeciras, acaso pudiera identificarse, ya con el arroyo Celemín que desde el Sur entra en la laguna de la Janda, ya con el mismo Barbate que parte términos entre la comarca de Sidonia y la de Algeciras. Mas no continuando el tal nombre Umm-Haquim en ningún otro escritor, parece aventurado declararse sobre el particular.

AL-MAKKARI AHMAD BEN MUHAMMAD.

Este insigne historiador musulman, que floreció en el siglo XVII habiendo hecho particulares estudios acerca de la dominación arábiga en España, nos dejó entre otros libros una Historia de las Dinastías musulmanas, que traducida al inglés por nuestro eximio orientalista D. Pascual de Gayangos, es tenuta por la más completa y perfecta de las escritas por historiadores arábigos.

En lo que respecta á la cuestión que nos ocupa, Al-Makkari dá una versión imposible (*Véase el apéndice XXXIV*).

Si pues, según Al-Makkari *el encuentro fué á orillas del Guadalete, distrito de Sidonia*, agregando después que *se encontraron los dos ejércitos en el lago*, cada una de esas dos frases indica diferente lugar para el campo de batalla. Si fué lo primero, no pudo ser lo segundo, porque distando el Guadalete cuando menos doce ó quince leguas del lago, que no puede ser otro que la laguna de Janda cerca de Vejer, no pudo verificarse la pelea en ambos sitios á la vez, resultando, por lo tan-

to, una evidente contradicción.

No obstante, como el historiador arábigo bebió en buenas fuentes, y leyó, estudió y compiló las obras y tradiciones de los contemporáneos del suceso, no es presumible que á sabiendas incurriese en contradicción tan palmaria. Más lógico es suponer que haya habido error en la interpretación de alguna palabra ó en algun copista que equivocasé un nombre. Más adelante, al ocuparnos de un nuevo autor que en este momento llega á nuestras manos, (La batalla de Veger ó de la Janda, por D. Manuel y D. José Oliver y Hurtado), haremos ver en qué consiste ese error.

DON EDUARDO SAAVEDRA.

El dignísimo Académico de la Historia y sabio orientalista D. Eduardo Saavedra, publicó en 1892 un precioso «Estudio sobre la invasión de los Arabes en España», en el que, con gran copia de datos y elegante pluma, narra aquel desastroso acontecimiento, desde las causas que lo produjeron hasta su conclusión y el principio de la reconquista.

Con plan mucho más extenso que la presente, la obra de tan notable escritor nos da cuenta de nuevos y poco conocidos sucesos.

Conforme el historiador con el relato del Ajbar-machmúa, sitúa el lugar de la batalla en las orillas del lago de Janda, sobre el Barbate, aunque señala la línea adoptada por Tarik mucho más al Este de donde creemos estaba. En efecto, D. Eduardo Saavedra dice que el ejército árabe apoyó su izquierda en la laguna y su derecha en los últimos recuestos de la Sierra de los Tahones, con las suaves vertientes del arroyo Celemin á sus pies y los charcos y lodazales del Barbate más lejos al frente. Mas si así hubiera sido, Tarik habría perdido gran parte de las ventajas de la posición que en realidad tomó, y sobre todo se habría alejado de sus barcos, poniendo entre éstos y el campo de batalla el espacio de cinco kilómetros que hay desde el mar á la laguna, y toda la anchura de ésta, aumentada por el bojéo de la misma que habría tenido necesidad de recorrer para llegar á los barcos, ó para que las tripulaciones de estos viniesen á ayudarle. Salvo todo el respeto que nos merece la opi-

nión del sábio académico, creémos que Tarrík acampó al opuesto lado de la laguna, entre esta y el mar, y más tarde habremos de exponer los fundamentos de nuestra creencia.

Bien podrá ser cierta la otra conjetura del señor Saavedra relativa á que Rodrigo no murió en la batalla, y que continuó algunos años más combatiendo á los Sarracenos, á cuyas manos murió más tarde en Segoyuela de los Cornejos, cerca de Tamames. En efecto, el moro Rasis dá á entender que Rodrigo sobrevivió á la batalla llamada del Guadalete, y dice que murió después en la de Saguyue; y pretende el Sr. Saavedra que confundido el arroyo de Barbalos que muere cerca de Segoyuela con el río Barbate y las lagunas de Tamames con la de la Janda, han sido confundidos los dos combates y los dos lugares por los escritores arábigos, como si fuesen uno solo verificado cerca de Medina Sidonia. Mas como el objeto de este libro no alcanza á tanto, admitiendo como muy posible semejante hipótesis, nos abstenemos de discutirla.

(Véase el apéndice XXXV.)

De todas suertes, el con tanta modestia llamado *Estudio* del Sr. Saavedra, es una obra admirablemente escrita, tan rica de erudición como de galas de lenguaje. Llegada á nuestras manos cuando teníamos ya casi terminado este trabajo, nos habría retraído del intento de publicarlo, á no observar que, sin duda por falta de examen personal del terreno, el docto Académico que con singular perspicacia ha reconstituido las escenas de la invasión mahometana, acertando en todo lo demás, ha colocado el campo de batalla á la izquierda de la laguna de Janda, en vez de situarlo á la derecha, que es donde en realidad se verificó el combate tan fatal para los cristianos. El deseo de rectificar tan leve error es únicamente lo que puede disculpar nuestra osadía en atrevernos á tratar un asunto de que tan magistralmente se ha ocupado ya el Sr. Saavedra.

D. JOSÉ Y D. MANUEL OLIVER Y HURTADO

Hacia el año de 1870, los hermanos D. José y D. Manuel Oliver y Hurtado, publi-

caron en la Revista de España un precioso artículo, en forma de carta dirigida á D. Antonio Cánovas del Castillo, en el que, con inflexible lógica, poderosos argumentos y galano estilo, se ocuparon del lugar en que se verificó la batalla que dió fin al imperio de los Godos en España.

Cuál fuese la opinión de aquellos señores lo demuestra el mismo título del artículo, que llamaron *La batalla de Vejer ó del lago de Janda, comunmente llamada del Guadalete*».

En efecto, siguiendo el relato de Abdo-l-Háquem y Aben-Adhari, aquellos señores dicen que Tarik, después de desembarcar en el monte Calpe, comenzó la conquista apoderándose del castillo ó alquería de Cartachena, la antigua Carteya, de donde pasó á Algeciras, que recibió el nombre de Umm-Haquin, por llamarse de este modo una esclava de Tarik, y prosiguió sus victorias hasta hacerse dueño del lago. Sabida la proximidad de Rodrigo con su ejército, y llegados los refuerzos que Muza le enviara, aguardó Tarik á los Godos en Algeciras, en un lugar llamado el Lago, y trabóse la batalla. Y haciendo constar, fundados en los textos á-

rabes, que el río en cuyas márgenes se dió la batalla fué el de Vejer, llamado hoy Barbate y por los Arabes Guadi-Beque, estudian la posición inexpugnable del ejército de Tarik, apoyada su derecha en el profundo lago de la Janda, y la izquierda en la costa con el refugio de sus bajeles, á su frente el río Barbate, y á su espalda el terreno montuoso ya conquistado; y con el malogrado Lafuente Alcántara en su traducción del *Ajbar-machmúa*, creen que la *Angostura de Algeciras* por donde Tarik se internó con sus tropas después de la victoria, es ó la garganta que existe junto al pueblo llamado los Barrios no lejos de aquella ciudad, ó bien el paso de las Lomas de Cámara que atraviesa la cordillera Penibética entre Jimena y Alcalá de los Gazules.

Conformes en un todo con la opinión de los Sres. Oliver, cuyo trabajo, que no conocíamos llega á nuestras manos al escribir estas líneas, gracias al bondadoso cuidado de un amigo, que no hallando ningún ejemplar por estar agotada la edición, se ha tomado el trabajo de copiarlo para nosotros en la Biblioteca Nacional, no podemos estarlo con el

camino que aquellos señores suponen siguió Tarik después de su victoria. La garganta de los Barrios y el paso de las Lomas de Cámara, habrían conducido á aquel caudillo al otro lado de la cordillera Penibética para desembarcar en la actual provincia de Málaga, teniendo que atravesar otra vez la misma cordillera por las casi inaccesibles cumbres de la Serranía de Ronda, para llegar á Écija, que fué á donde se dirigió Tarik. Ni era posible que aquel jefe hubiera perdido en esa vía, tan larga y difícil, un tiempo precioso, durante el cual podían haberse rehecho los cristianos. La rapidez que desplegó en la persecución de éstos, prueba que comprendía el valor del tiempo en circunstancias tan críticas. Además, como en otro lugar veremos, ese movimiento que se supone operado por Tarik habría sido inútil y antiestratégico, y habría puesto al ejército árabe en peligro inminente de ser aniquilado á mansalva por los españoles. Por otra parte, que el historiador árabe designe el camino seguido por Tarik con el nombre de el *desfiladero de Algeciras*, no exige que haya de buscarse ese paso en las proximidades de es-

ta última ciudad, sino dentro de la cora ó distrito de Algeciras. Asi pues, ni la topografía del terreno, ni la celeridad que Tarik se veía precisado á adoptar, ni el mismo texto arábigo hacen presumible el camino que los señores Oliver suponen llevó Tarik, para dirigirse á Écija. Siguió si, el más breve, el desfiladero de la boca de la Foz que conduciendolo hasta el territorio de Arcos en línea recta, le dejó en medio de extensas campiñas, desde donde pudo ya dirigirse hasta Écija sin perder un instante ni darse un minuto de reposo. Si aun tomando el camino más breve y haciendo uso de rapidez inaudita encontró ya reunidos ente los muros de Écija á sus habitantes, acompañados de los restos del ejército grande, que le salieron al encuentro, trabándose tenacísimo combate en que los musulmanes obtuvieron una victoria tan costosa, que jamás volvieron á encontrar tan fuerte resistencia, (Ajbar machmúa p 23 y Al-Makari p. 180) ¿qué habría sucedido y cuál hubiera sido el resultado de lucha tan empeñada, si Tarik, caminando por la Serranía á través de las lomas de Cámara ó peor aún por la

garganta de los Barrios, hubiese llegado tres días más tarde á los llanos de Écija, mermada su gente por el cansancio, y desmontada probablemente al atravesar los casi inaccesibles pasos de la sierra, dando mientras tanto tiempo para prepararse á la guarnición de Écija, para rehacerse y desechar el pánico á los restos del ejército godo? No es dudosa la contestación. Es probable que Tarik habría sido derrotado, y la victoria de los godos, ya en el interior del país, á tanta distancia de la base de operaciones de los Arabes en la bahía de Algeciras, y rodeados de país enemigo, habría producido la completa exterminación del ejército de Tarik.

Conformes, pues, con el parecer de los Señores Oliver respecto al lugar en que se dió la batalla, no podemos estarlo respecto al camino emprendido por Tarik, después de su victoria.

(Véase el apéndice XXXVI.)

D. JOAQUÍN GUICHOT.

El Sr. D. Joaquín Guichot y Parodi, Cro-

nista oficial de Sevilla y su provincia, escribió por los años de 1870 una Historia general de Andalucía, en ocho medianos volúmenes, obra la más completa de las al presente publicadas, en la que, después de estudiar con detenimiento los escritores antiguos, singularmente los arábigos, y entre los modernos á Dozy y á los Sres. Oliver, se decide por la opinión de estos últimos, y coloca el campo de la última batalla de Rodrigo en el espacio que media entre el lago de Janda y el Occéano, paraje que justamente considera el más estratégico de cuantos hubiera podido elegir Tarik para aguardar el ejército de los Godos con probabilidades de éxito.

(Véase el apéndice XXXVII).

Los argumentos de que se vale este escritor y las citas de sus historiadores arábigos que hace, traen al ánimo el convencimiento de que ni se equivoca al señalar el lugar de la batalla, ni al aplicar el nombre de Guadi-Becca al río de Vejer ó sea el Barbate. Mas siguiendo en un todo el parecer de sus guías, con ellos yerra haciendo á Tarik seguir la garganta de los Barrios ó

el paso de las Lomas de Cámara después de la victoria, opinión á todas luces errónea é injustificada.

Este autor, pues, aunque excelentísimo si consideramos la grandeza y bondad de su libro, nada nuevo trae á la cuestión que nos ocupa, refiriéndose en un todo á lo expuesto por los doctos Académicos Señores Oliver.

MR. R. DOZY.

Cierra el ciclo de escritores de que tenemos conocimiento el sábio profesor de la Universidad de Leyde que, según confesión propia, dedicó más de cuarenta años de su vida al examen y estudio de la historia y literatura arábigo hispana, estudios que dieron por fruto multitud de obras magistrales, consultadas con afán por todos aquellos á quienes interesan las cuestiones históricas, por la profunda erudición, sana crítica y lógica inflexible que en sus columnas encierran.

En uno de sus libros (*Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen age*), expresa el sabio doctor

su opinión, basada en los historiadores árabes, sobre todo en el Ajbar machmúa por él considerado como el más verídico y respetable de todos, de que la tantas veces repetida batalla se verificó en el lago de Janda, si bien no cree que el río Barbate sea el Guadi-Becca, asignando este último nombre al riachuelo ó arroyo llamado Salado que corre á las inmediaciones de Conil. Mas aunque ya la cuestión carece de importancia, pues admitida la batalla junto al lago y por lo tanto á orillas del Barbate, bien pudieron los varios accidentes del combate llevarlo una legua más al Norte hasta el Salado, no embargante que pudo lucharse en ambos puntos á la vez, (no hay que olvidar que Rodrigo tenía cien mil hombres), no parece probable que las tropas de Tarik abandonasen su posición inexpugnable en medio de la pelea para aventurarse hasta el Salado de Conil, en cuyo camino pudo muy bien haberles vuelto las espaldas la fortuna, dado que el terreno es una extensa llanura, que Tarik no tenía caballería, y que en cambio la de Rodrigo era muy numerosa y estaba aguerrida en un año de campaña

contra los Vascones.

Tampoco parece muy fundada la objeción de que el nombre del río Becca no ha podido dar origen al nombre de Vejer, por ser esta voz derivada del Bésaro latino, ciudad que ocupaba el sitio que Vejer llena hoy. La identificación de Vejer con Bésaro, es puramente conjetural y no está basada en testimonios fidedignos, pudiendo muy bien derivarse la voz Vejer, del río Becca, llamado así porque tal vez los Árabes dieron ese nombre á la ciudad cuyos términos regaba.

Crée Dozy hallar vestigios del nombre de la antigua Becca en los Altos de Meca y Torre de Meca en las cercanías de Vejer. Es posible; ¿pero no pudieran estos últimos nombres derivarse de la *Mergablum* ó *Merca-blum* que estuvo asentada entre Conil y Vejér? (*Véase el apéndice XXXVIII.*)

Menos expresivo es aún Dozy en su Historia de los musulmanes españoles; (*véase el apéndice XXXIX*); mas no podemos estar del todo conformes con su apreciación. Que Rodrigo mandase personalmente el centro de su ejército y los hijos de Witiza las alas, está fuera de duda, pero no sucede lo mismo con

la aserción de que esas alas estuviesen formadas por los siervos de aquellos príncipes ambiciosos. Ni Rodrigo, general experimentado, que á su reconocido mérito debió su elección de monarca, hubiera confiado mando tan importante á sus irreconciliables enemigos personales, ni si eso hubiera sido habrían aguardado aquellos traidores los ocho días que duró la batalla, antes de pasarse al enemigo; sino que desde luego, seguros de ser seguidos por sus siervos, hubieran realizado su propósito, y al comenzar la lucha habrían vuelto sus armas contra los godos fieles á su ley y á su patria. No; el Wadi-Becca no es el Salado de Conil, en cuyas márgenes hay extensión suficiente para que, desplegado el ejército godo, entrasen en batalla sus dos alas; éstas permanecieron inactivas durante siete días mientras luchaba el centro, porque el Wadi-Becca es el Barbate, y en el limitado terreno que cierran la laguna de Janda, el Barbate y el mar, no había espacio para que las alas combatiesen. Si el campo de batalla hubiera sido llevado una legua más al Norte, al Salado de Conil, ó habrían toma-

do parte en la pelea desde su principio las dos alas del ejército godo, con resultado probablemente favorable á los cristianes, ó se habrían pasado desde el primer instante al enemigo, y en ese caso hubiera sido instantánea la derrota, vencidos los godos fieles al empezar la peléa por el pánico que se apoderó de ellos cuando, rendidos y cansados de tan porfiada lucha, se vieron abandonados por sus hermanos.

Así, pues, la misma insólita duración del combate demuestra á nuestro juicio que aquél no pudo verificarse en el Salado de Conil, y que éste no es por lo tanto el Wadi-Becca como opina Dozy, debiendo la infausta batalla tener lugar en un campo mucho más limitado y de especialísimas circunstancias topográficas, que sólo se reúnen una legua más al Sur, en el estrecho espacio comprendido entre la laguna de Janda, el Barbate y el mar, rincón de tierra que sirvió de sepulcro á la monarquía goda, y que muchos siglos después presenció el aniquilamiento del poderío naval de España, roto y deshecho en las infaustas aguas de Trafalgar.



III

En la larga lista de escritores que con toda brevedad hemos reseñado, concretándonos solamente al punto capital que nos ocupa, debemos fijarnos particularmente en tres de ellos, los tres arábigos, porque tratan el asunto con alguna mayor extensión que los demás, porque traen nuevos datos al exámen de la crítica, y finalmente porque son los que han señalado nuevos rumbos á la historia.

Mas aunque conformes los tres en la mayor parte de los hechos principales, discrepan algún tanto en algunos puntos sobrado importantes que conviene esclarecer, porque siendo la verdad una, sola é inmutable, de tres versiones diferentes del mismo suceso debe escojerse la verdadera, recha-

zando todas las demás.

Esos tres testimonios históricos son el Ajbar machmúa, la Conquista de España por los Arabes segun Al-Makkari, y la Conquista de España, por Abdo-l-Haquem.

Estudiadas minuciosa y reflexivamente las cualidades que predominan en esos tres diferentes relatos por inteligencias tan conspicuas y privilegiadas como Dozy, Gayangos, Saavedra, Lafuente Alcántara, y otros muchos críticos, dán de común acuerdo todos la preferencia al primero, que al parecer ofrece mayores garantías de verosimilitud en su relato.

En efecto, entre diversos escritores, de los que el uno no se aparta de lo que entra en el dominio de lo verosímil y posible, mientras que los demás, dejando volar la fantasía refieren aventuras y hechos sobrenaturales que suponen ocurridos á cada paso, mezclando en confuso y atropellado montón en su relato riquezas y tesoros fabulosos, por mágicas artes encontrados, profecías absurdas que la razón rechaza, patrañas y consejas disparatadas de puro inocentes, hijas de la fogosa imaginación meridional

ó nacidas en Siria ó Egipto del relato de hechos verdaderos conservados por la tradición, pero desfigurados al pasar á través del tiempo y la distancia, no hay duda posible. El primero debe ser creído con preferencia á todos los demás, sobre todo en cuanto á aquellos hechos en que todos están conformes: y en lo que discrepen, siempre el que supo comprender la seriedad é importancia de la historia y desechó por absurdo lo sobrenatural é inverosímil, inspirará mayor confianza y gozará de mejor crédito entre los hombres sensatos.

Ni una sola vez se halla en el Ajbar machmúa nada que esté fuera de lo posible, y no sea propio de la condición humana. La ambición, el deseo del mando, la sed de riquezas, la venganza, todas las pasiones, en fin, que anidan en el corazón de los hombres, son el móvil de las acciones de éstos sin que jamás intervengan en ellas ni las artes de la magia ni seres sobrenaturales.

Muy al contrario sucede con los otros dos historiadores. Almakari, que escribía en el siglo XVI, se hace eco de la fantástica leyenda de la existencia de un palacio en To-

ledo cerrado y custodiado por los godos desde luengos años atrás, con prohibición de que jamás se abriese. Al advenimiento de un nuevo rey se agregaba un cerrojo, que colocaban en la puerta, sin quitar el que puso el antecesor. Elegido Rodrigo, en vez de enviar el cerrojo que le correspondía según la antigua costumbre, empeñóse en abrir y reconocer el edificio, y al registrar una caja, único mueble que encontró, sólo halló en ella un rollo de pergamino en que estaban pintados los árabes con sus turbantes, montados en sus caballos, armados de espadas y arcos, con sus banderas en las lanzas, en cuya parte superior había un letrero en caracteres cristianos, que leído decía: «Cuando los cerrojos de esta casa sean rotos, y se abra este arca, y aparezcan las figuras que contiene, los que están pintados en este rollo entrarán en España, la conquistarán y reinarán en ella». (Almakari pag. 172). Que en Algeciras hizo Tarik prisionera á una vieja, á la que su marido, que era adivino, había vaticinado que entraría en aquella tierra y la conquistaría un emir cuya descripción hizo, dando de él las más

circunstanciadas y escondidas señas personales, que todas se hallaron reunidas en Tarik. Que á éste anunciaron durante su sueño el Profeta y los cuatro primeros califas la buena nueva de la victoria; que después de la batalla en que murió ó desapareció Rodrigo, al recojer los musulmanes el botín, conocían á los nobles por las sortijas de oro que llevaban en los dedos; á los más inferiores, en que las llevaban de plata, y á los esclavos en que eran de cobre, lo que á todas luces es una reminiscencia de lo que se cuenta de la batalla de Cannas. Que Tarik, después de su victoria, sitió y se apoderó de Medina Sidonia, lo que está desmentido por los demás historiadores que refieren el sitio y toma de aquella ciudad á la expedición de Muza en el año siguiente; y éste es también un argumento contra la designación del río Guadalete como lugar de la batalla que hace Almakari, porque si la batalla hubiera sido en aquel río, habría tenido Tarik que retroceder después para conquistar á Medina Sidonia, lo que hubiera sido un absurdo estratégico, pues durante el sitio habría dado tiempo

á los cristianos á rehacerse: mas siendo falsa la toma de esa ciudad, no hay razón alguna para que pueda creerse la designación del Guadalete, que también puede ser falsa en autor que se muestra tan mal informado; que Tarik en persona hace prisionero al Gobernador de Écija, en ocasión que cada uno de ellos había salido solo de su respectivo campo á las orillas del Genil, para un asunto. ¡Singular coincidencia y aun más singular ocupación del general en jefe de un ejército sitiador, y del de la plaza sitiada, salirse á pasear solos á las orillas del río, abandonando plaza y ejército á su suerte!

Si dejando á Almakari pasamos á Ebn Abdo-l-Haquem, aun encontramos mayores y más increíbles fábulas.

Este historiador, que escribía en el siglo IX y es por lo tanto el más próximo á los sucesos que relata, comienza con la simulada antropofagia de los compañeros de Tarik, hace suya la aventura del palacio cerrado de Toledo de que ya hemos hablado al ocuparnos de Almakari, relata la batalla de dos maneras diferentes, y dedica la mayor par-

te del resto de su historia á la invención de tesoros inmensos. ¿Qué crédito ha de darse á los dos últimos autores? Ya lo hemos dicho. Lo inverosímil que en ellos se encuentra debe desecharse desde luego como conocidamente falso. Lo posible que no está confirmado por otros escritores más formales, debe declararse al menos dudoso: y tener solamente por verídico y digno de crédito, lo que sobre tener completos caracteres de verosimilitud, se halla en los demás historiadores, sobre todo en el Ajbar-machmúa, única fuente histórica que hasta ahora se conoce cuyas aguas sean puras.

Osadía imperdonable fuera en nosotros, pretender hallar defectos en los otros escritores modernos que, con completo conocimiento de lo que dicen los historiadores arábigos, se han ocupado de este asunto. Sobre que sus armas de bien pulimentado y terso acero no tienen falta alguna, vedaríanoslo el respeto que sus nombres nos imponen.

Dozy, el sabio catedrático de historia de la Universidad de Leide, reconocido universalmente como autoridad indiscutible en cuanto á la historia y literatura musulmanas

se refiere. Saavedra, el ilustre ingeniero, el infatigable orientalista, los hermanos Oliver, virtuoso obispo el uno, insigne bibliotecario de la Academia el otro, verdaderos sabios los dos, Lafuente Alcántara, el ilustre arabista, Guichot, el laborioso y docto historiador de Andalucía, nombres son todos estos ante los que nos descubrimos con la veneración del discípulo al maestro, limitándonos á hacer ligeras observaciones que en nada amenguan la autoridad reconocida de tan reputados escritores.

Esto sentado, pasémos á relatar la batalla, tal como en nuestro humilde sentir debió tener lugar aquel tan famoso como infausto acontecimiento.

La Batalla.



LA BATALLA.

No entra en nuestro propósito pintar el decisivo combate de Tarik y Rodrigo, ni osaríamos intentarlo después de la brillante descripción que de aquella pelea hace el ilustre Académico D. Eduardo Saavedra, en su precioso estudio sobre la invasión de los árabes, y nos limitaremos á hacer algunas observaciones.

«Cuando un ejército marcha á conquistar un país,—dice Napoleón, (*máximas militares*) conviene que tenga sus dos alas apoyadas en paises neutrales, ó en grandes obstáculos naturales como rios, ó cordilleras de montañas.»

Ya dispusiera Muza la entrada de Tarik en España sin propósito alguno de conquista, y sólo por favorecer las pretensiones de

los émulos de Rodrigo, aprovechando tan propicia ocasión para cojér un buen botín, como suponen algunos, ya llevase como objetivo apoderarse de España, continuando la serie de victorias emprendidas, ya finalmente no tuviese decidido un plan fijo y determinado, estando resuelto á obrar de una ú otra manera según las circunstancias le aconsejaran, es lo cierto que, al parecer, no se inclinaba á la conquista, supuesto que más tarde reprendió agriamente á Tarik por haber traspasado sus órdenes. (Ajbár machmúa.)

Posible es también que aquella pública reprensión con que le manifestó su desagrado, obedeciese no á ira por la desobediencia, sino á envidia por haber proporcionado á Tarik tanta gloria que Muza pudo haber recabado para sí. De todas suertes, ya estuviere el ejército berberisco destinado á la invasión, ya á auxiliar á los descontentos godos, es lo cierto que Tarik llevó muy poca gente á empresa tan aventurada. Y la misma escasa fuerza de su ejército, hubo de contribuir á que aquel veterano guerrero adoptase todas las precauciones que su pericia

militar le aconsejaba. Así pues, saliendo de Ceuta con sus siete mil hombres, entre los que había muy pocos árabes, siendo la mayor parte bereberes y libertos, conducidos en cuatro pequeños barcos, los únicos que tenía, que hubieron de realizar varios viajes para el transporte, llega á las fronteras playas de España, desembarcando su gente en un monte muy fuerte situado á orillas del mar. (Ajbar-machmúa, pág. 21).

Allí estableció Tarik su campo atrincherado, en posición inexpugnable. Desde él dominaba el mar, refugio en caso de huida y camino del esperado socorro. Desde él podía rechazar toda agresión, aun de fuerzas muy superiores. Atrincherado allí, podía, por último, continuar la serie de depredaciones de la comarca principiadas por Tarif en la expedición anterior, teniendo asegurada la retirada en caso de derrota.

Extendiendo sus operaciones, Tarik se apoderó de la antigua Carteya y de Algeciras. (Ebn-Ábdo l-Haquem, pág. 210), siempre sin abandonar su base de operaciones, puesto que vemos que después vino Rodrigo á buscarlo al monte. (Ibid, pág. 211).

Sabedor de que se reunía á toda prisa en Córdoba el ejército godo, y comprendiendo cuán mínimas eran sus fuerzas para contrarrestarlo, pide socorro á Muza, que, en nuevos barcos que había construido, le envía cinco mil hombres de refuerzo, con los que reúne ya doce mil combatientes, fuertes para la rapiña y ávidos de combatir. (Al-Makkari, pág. 177).

Mas este ejército, cuyo escaso contingente no hubiera podido resistir el empuje de los cristianos, no estaba solo. Militaba á su favor el descontento de los enemigos de Rodrigo, fomentado por Tarik; y á su lado combatía Julián con sus tropas y la gente de la provincia de su mando. (Al-makkari, pág. 177, y el Ajbar-Machmúa, pág. 21.)

Nó era, pues, ya tan grande la diferencia entre ambos ejércitos, contrabalanceando la superioridad del de Rodrigo el auxilio de Julián y el descontento de la gente del país, que indicaba á Tarik los puntos indefensos y servía para el espionaje. (Ajbar-Machmúa, pág. 21).

No obstante estas últimas ventajas, capitán experto y prudente, no se atrevió Tarik

á desamparar sus reales, aventurándose lejos de su base de operaciones. ¿Dónde hubiera podido reunir sus fuerzas para reponerse de una derrota? Sabe que se le acerca Rodrigo, y desde Algeciras, dejando á su izquierda la recién fundada Tarifa y la antigua Bailo, sale á su encuentro, que tiene lugar junto al lago, (Ajbar Machmúa, pág. 22), lago de que se había hecho dueño cuando conquistó á Algeciras, (Al Makari, pág. 177). Es decir, que á pesar de la ayuda de Julián, ni se apartó Tarik de su campo atrincherado á más de tres ó cuatro leguas de distancia, la que fácilmente podía recorrer batiéndose en retirada en caso de haber sufrido un revés, hasta refugiarse detrás de sus fortificaciones, ni quiso tampoco llevar sus tropas á terreno en que no dominasen ya con anticipación. Eligió un campo de batalla en país que ya le pertenecía. Ni se ocultaba tampoco á Tarik, que todas las ventajas en un combate están en favor del capitán que ha escogido el campo de batalla y lo ha reconocido y estudiado. (Napcleón, Máximas militares.)

Sabedor, pues, de la proximidad de Ro-

drigo, salió Tarik de sus trincheras con toda su gente, excepto el corto destacamento que en guarda de ellas dejara, y la escasa tripulación necesaria para la maniobra de sus naves; porque cuando se quiere dar una batalla se deben reunir todas sus fuerzas sin despreciar ninguna. (Napoleón. *ibid.*) Es evidente, pues, que no pudo alejarse mucho de sus primeros reales; entonces habría tenido necesidad de dejar tras sí parte de sus fuerzas para asegurar la retirada, y no podía desprenderse de ellas, porque las habría debilitado demasiado. Alejóse entonces como decíamos, no largo trecho, y aguardando á Rodrigo, escujo un campo de batalla en que todas las ventajas estaban de su parte, situando su ejército con el frente al Norte, defendido por el río Barbate, mucho más caudoloso en este lugar tan próximo á su desembocadura, la derecha apoyada en el lago de la Janda de imposible vado, la espalda en las dos sierras llamadas hoy de Retín y la Silla del Papa, y la izquierda en el mar, por donde navegaban sus barcos que venían acompañándole. (Al-Makkari, pág. 178 y Ajbar machmúa pág. 22.) De es-

ta suerte su frente ocupaba una línea de menos de seis kilómetros de extensión, imposible de flanquear por ningún lado, y que quedaba perfectanente cubierta con los doce mil soldados de su hueste, aparte de sus auxiliares en que, acaso no tuviera entera confianza, y aparte también de los naturales obstáculos que ofrecía el pantanoso terreno por donde pasa el Barbate al ir á confundir sus aguas con el mar, mientras que el ejército godo, si bien mucho más numeroso, no podía jamás poner en batalla frente á la limitada línea de Tarik más que un número de soldados próximamente igual al de los de aquél, y desapareciendo entonces la desigualdad del número, batiéronse siempre de tantos á tantos. Duró el combate varios días, entre el centro de Rodrigo y las tropas de Tarik, sin retroceder ninguno de los beligerantes, mientras que las alas de los godos quedaban en la inacción, no sólo quizá por la traición que preparaban los parientes de Witiza, sino también porque no tenían espacio en donde pelear, ni enemigo á quien acometer, encerrado éste en sus estrechas é inexpugnables posi-

ciones. Las arteras tramas de Julián vencieron al fin la irresoluta voluntad de ambas alas, que siguiendo á sus traidores jefes emprendieron la fuga, (Al Makkari, pág. 179 y Ajbar-Machmúa, pág. 22) con lo que desmoralizado el centro de Rodrigo, y sobreco-gido de pánico, convirtiéndose la batalla en matanza de cristianos, y derribado de su caballo Rodrigo, halló la muerte en las fan-gosas aguas del Barbate, no habiéndose po-dido encontrar su cuerpo. (Ajbar-Machmúa, ibid.) Almakari dice que Rodrigo huyó de-lante de sus soldados, y Abdo-l-Haquem re-fiere que murió en la batalla. Séa de ello lo que quiera, Tarik vencedor, marchó en seguida á la angostura de Algeciras, y des-pués á la ciudad de Écija, (Ajbar machmúa. pág. 23), y este movimiento efectuado por Tarik es prueba concluyente de que el lu-gar de la batalla es el que hemos señalado, no pudiendo haberse verificado en las ori-llas del Guadalete.

La actual provincia de Cádiz, que después dividieron los árabes en dos coras ó distritos, se halla cortada en dos grandes secciones. una á Oriente y otra á Occidente, por la

Sierra Penibética que dirigiéndose de Norte á Sur va á morir en el Peñón de Gibraltar. Antes de llegar á Arcos cambia de dirección esa cordillera, encaminándose al Este, y forma la Serranía de Ronda. La parte de la provincia de Cádiz comprendida al occidente de la cordillera, entre ésta y el río Barbate, formaba la cora ó distrito de Algeciras, de suerte que la cordillera y el río Barbate eran el límite natural de ambos distritos. Por consiguiente, nombrar la angostura de Algeciras no significa que esa angostura ó desfiladero estuviese próximo á Algeciras, sino que pertenecía á su distrito. Aparte de que no puede ser de otra manera, porque cualquiera que fuese el campo de batalla, sobre el Barbate ó junto al Guadalete, ambos ríos distan de Algeciras el uno cuatro leguas, y el otro más de veinte, pero ambos al Norte de la última ciudad; por consiguiente, si el desfiladero estaba cerca de Algeciras, tuvo Tarik que retroceder, una vez ganada la batalla, ó cuatro, ó veinte leguas, en vez de emprender la persecución del medroso enemigo y tratar de aprovecharse de la victoria. Es, pues, inad-

misible esa suposición, y hay que dejar sentado que el desfiladero era ó pertenecía al distrito de Algeciras, y debía estar al Norte del campo de batalla, ó al menos al Este, únicos caminos que Tarik podía seguir para internarse en España y proseguir sus conquistas. Pero al Norte y al Este del Guadalete, en los campos de Jerez y de Arcos, ya no hay desfiladero alguno, y si lo hubiera no pertenecería á la cora de Algeciras, sino á la de Sidonia. Desde mucho antes de llegar á Arcos y Jerez, viniendo del Sur, ya no hay serranía. Allí existen sólamente llanos inmensos, cuya monotonía rompe de trecho en trecho alguna solitaria colina. Hasta llegar á las sierras de Morón y Montellano, siguiendo el camino que tomó Tarik, no hay accidentes apreciables del terreno. ¿Dónde está esa Angostura de Algeciras? En ninguna parte; si Tarik victorioso la atravesó, no pudo llegar hasta el Guadalete. Imposible.

Otra cosa es si fijamos el campo de batalla en el Barbate. Una vez emprendida la fuga del ejército godo, los atemorizados soldados de Rodrigo desparramáronse por los

extensos llanos que median entre Vejer y Medina Sidonia: mas perseguidos por los bereberes de Tárik, montados ya en los caballos que á los godos pertenecieron, hubieron de buscar su salvación abandonando las llanuras y metiéndose en las ásperas sierras que median entre Medina Sidonia y Alcalá de los Gazules. Al doblar la elevada Sierra del Algibe, presentábanse á su frente dos salidas diferentes: la del Este va á dar al Puerto de las Palomas, y por entre agrestes ricos é insondables precipicios, conduce á la más accidentada Serranía de Ronda. Algunos fugitivos quizá seguirían ese camino; mas el grueso de ellos tomaría otro, el que conduce al Norte y forma un largo y estrecho desfiladero llamado la Boca de la Foz, entre las dos empinadas sierras de Alajar y de las Cabras, al terminar el cual, vadeado el río Majaceite, se entra ya en el mucho más suave territorio de Arcos de la Frontera, y continuando en la misma dirección, pasando por las cercanías de Villamartín, se siguen las sierras de Morón y Montellano, que conducen directamente en línea recta á Écija, donde reu-

nidos los restos del ejército de Rodrigo, trabaron nuevo combate con los musulmanes que los derrotaron otra vez. (Ajbar machmúa, pág. 23. Al Makkari pág. 180).

Que éste fué el camino seguido por Tarik en su persecución, no ofrece duda alguna. Desde luego, no hay otro desfiladero apropiado que explique la marcha de Tarik á Écija, porque si hubiese tomado el Puerto de las Palomas, su dirección le hubiera llevado á embreñarse en los ásperos riscos de la Serranía, cosa que no pudo convenirle desde que con los caballos del botín convirtió sus peones en ginetes. Para trasladarse por ella hasta Ecija, habría tenido necesidad de atravesar la sierra en toda su longitud, hasta que, por Setenil ú Olvera, hubiese llegado á los confines de la provincia de Sevilla. Además, un ejército no transita donde no hay caminos ni otros medios de comunicación que estrechas veredas entre profundos precipicios y barrancos tortuosos surcados por rápidos torrentes, donde los cortos espacios practicables estaban cubiertos de espesos bosques, en los que más de seiscientos años después aun hacían los osos su guarida.

(Alfonso XI, libro de la montería.) Atreverse á atravesar aquellas ásperas sierras con sus tropas, si bien animadas por la victoria recién obtenida, dejándolas así á merced de un enemigo numeroso, que aunque amedrentado por la derrota, podía haberse rehecho y tomar sangrienta revancha sólo con ocupar las alturas y desde ellas á mansalva dejar rodar los peñascos que las coronan sobre las cansadas tropas de Tarik, obligadas por las condiciones del terreno á marchar á la deshilada, no hubiera sido ya temeridad sino torpeza inandita, que no podía caber en el tan aguerrido como prudente capitán agareno. No, Tarik no pudo tomar ese camino: tomó el del Norte, el desfiladero de la Boca de la Foz comprendido en la que después se llamó Cora de Algeciras, que no sólo era la vía más segura y practicable para un ejército, sino también la más corta para internarse con rapidéz en el corazón de España, sin dar tiempo á que los godos se rehiciesen. Puede también haber guiado sus tropas desde el Barbate, siempre al Norte; mas entonces su marcha, llevándole por las extensas campiñas

de Medina Sidonia, Jerez y Arcos, le habría conducido por las marismas del Guadalquivir á Utrera y Sevilla, y ya se sabe que fué á Morón y Écija á donde se encaminó.

Desechada pues esta hipótesis, nos queda sólo la vía central, la Boca de la Foz. Pero los ejércitos en su marcha, es fuerza que aprovechen y utilicen los caminos más fáciles por la necesidad en que se hallan de transportar sus acémilas, carros de guerra, provisiones, todo en fin lo que recibe el expresivo nombre de impedimenta, y aunque la organización de aquellas tropas en constante movilidad, sóbrias y frugales por ley de raza, sin hospitales, sin artillería ni máquinas de guerra, debió ser mucho más sencilla que la de los ejércitos modernos, no es posible que dejase de llevar gran número de acémilas y carros con provisiones, y, sobre todo, con el rico botín conquistado á los godos; pero por la Boca de la Foz con dirección á Montellano, pasaba una vía militar romana de la que aun se conservan vestigios, y una piedra miliaria arrancada de ella en las cercanías de Vi-

llamartin, que merced á nuestros cuidados se conserva hoy con restos de inscripci3n ilegible en el patio de la casa P3sito de Arcos, demuestra palmariamente la existencia de esa v3a, que siguieron en su triunfante marcha las huestes de Tarik, como mil ciento veinte y cinco a3os despu3s la siguieron las tropas del general carlista G3mez, en su odisea, modelo de estrat3gia, cuando en 1836 recorri3 toda Espa3a, y en su vuelta á las provincias del Norte sali3 de Algeciras, pas3 por entre Alcalá y Medina Sidonia, atraves3 el estrecho paso de la Boca de la Foz, lleg3 hasta una legua de Arcos, donde le alcanz3 el general Narvaez á orillas del Majaceite, y por Villamartin y Montellano entr3 en la provincia de Sevilla, siguiendo á Ja3n, de donde, no obstante haber sido derrotado otra vez en Alcaudete, consigui3 su prop3sito de lograr su retirada. La famosa expedici3n del general carlista, prueba la excelencia de la estrat3gica marcha de Tarik, y explica en parte la rapidez de la invasi3n y de la conquista.

Respetables escritores modernos, con cr3tica sagaz y reflexiva, han enumerado las

causas que produjeron la invasión. El descontento de los magnates godos que rehusando renunciar su derecho á elegir monarca, se negaban á admitir la designación como sucesor de la corona hecha en favor de su hijo por Witiza, que siendo de índole mansa y afable nos ha sido presentado por la historia como tipo acabado del tirano lascivo y sanguinario; la enemistad de la raza hebrea, pocos años antes expulsada de España y refugiada en el Mogreb, desde donde dirigía ávidas miradas á la Península, ansiosa de volver á sus antiguos hogares y tomar venganza de los que de ellos la lanzaron; la repugnancia de muchos grandes señores á reconocer como rey á Rodrigo cuando fué elegido por la asamblea, porque no procedía de regia estirpe, y, por último, los manejos de Julián, que sirviendo de mediador entre los hijos de Witiza y Muza, general de los Califas de Damasco, que hasta Tanger llegara sometiendo tan diversos países al islamismo por la fuerza de las armas, determinaron la expedición de Tarik con siete mil bereberes, al parecer destinada á favorecer el levantamiento de los hijos de Witiza contra Rodri-

go y la coronación de Rechila uno de ellos, luego de destronado aquél, pero acaso llevada del secreto propósito de aprovecharse de los disturbios y guerras intestinas de los Godos, para conquistar la España por su propia cuenta. Ni es obstáculo para que tales fuesen en realidad los propósitos de Muza, el escaso número de soldados que pasaron el estrecho, porque de ser más numerosos, acaso habrían despertado la recelosa suspicacia de los sublevados godos, malográndose la empresa. Ni demuestra menos la sagaz política de Muza la actividad que desplegó para proveerse de naves, de suerte que realizado el primer desembarco con solas cuatro, que á la sazón constituían toda la escuadra, que hubo de hacer varios viajes para transportar los siete mil hombres primeros, poco tiempo después, para enviar cinco mil soldados de refuerzo á Tarik, hubo de hacer ya uso de multitud de embarcaciones que apresuradamente había construido. Ni los primeros pasos de Tarik haciéndose fuerte desde luego en el inaccesible peñón de Calpe, corriéndose después por la costa hasta apoderarse de Carteya y Algeciras, haciéndose

dueño de toda la bahía y asegurando por lo tanto sus comunicaciones con África. Por el contrario, todos esos hechos demuestran plenamente que el propósito de Muza fué desde luego apoderarse de España, siquier lo velase encubierto por el auxilio que al parecer ofrecia á los rivales de Rodrigo. A semejante empresa le obligaban además su historia y los hechos realizados ya, y la ley del Profeta, que ha de extenderse y propagarse por todas partes, si no por la persuasión, por la fuerza. Tal propósito explica suficientemente la marcha de Tarik: la escasez de sus auxiliares, en quienes jamás confió, la prudencia y lentitud de sus primeros pasos, siempre encerrado en campo fortificado ó por el arte ó por la naturaleza; su táctica defensiva, hasta haber obtenido el primer triunfo, en que abandonando su conducta prudente y mesurada, lánzase como el rayo en persecución de los Godos fugitivos para no darles tiempo á reponerse, y Écija, Córdoba, Toledo, vieron clavada en sus muros la media luna casi simultáneamente, sorprendiendo á todo el reino con la velocidad de sus movimientos y la rapidez de sus conquistas. No

pudo ser improvisado é hijo del momento aquel plan tan superiormente concebido.

La algarada de Tarif en el año anterior con sus quinientos berberiscos, fué el primer movimiento de ese plan: fué el reconocimiento indispensable antes de ejecutar cualquiera militar empresa: por eso, mientras no consiguió una victoria, no se alejó Tarik de los alrededores de su campo y de Algeciras y Tarifa, único teatro de las depredaciones de Tarif. ¿Cómo se habría aventurado en otro caso hasta el Guadalete? ¿Acaso eran los de entonces los conocimientos geográficos de hoy, en que no hay general ni gefe que no posea exactos planos del territorio enemigo, que debe conocer mejor que sus propios moradores? ¿Cómo se hubiera atrevido á llevar sus africanos á través de los mares á un país extraño, de que no tuviera otra noticia que las incompletas y erróneas que algún prisionero les hubiese comunicado?

Mas supongamos por un momento que, contra todas las probabilidades, Tarik hubiese avanzado en busca de Rodrigo hasta las márgenes del Guadalete en los campos de

Arcos y Jerez. ¿Qué habría pasado? Cercado el poco numeroso ejército musulmán, compuesto, no de valeroso y disciplinados árabes relativamente civilizados, sino de feroces y casi salvajes bereberes del Moghreb, sin duda aptos para bárbara acometida, pero incapaces para la ordenada resistencia que sólo es dada á una severa disciplina y una perfecta organización militar, habría visto Tarik destrozadas y deshechas sus huestes por la potente caballería goda, que á las órdenes de su rey, de quien sus mismos enemigos confiesan era experto y bravo general, las habría atacado á su sabor en las extensísimas llanuras que riega el Guadalete: nada de batalla de ocho días, ni aun de tres. En breves horas, del ejército de Tarik no habrían quedado más que algunos fugitivos, que para refugiarse en su campo atrincheraado, habríanse visto obligados á huir por espacio de más de veinte leguas, acosados por los ginetes de Rodrigo, cebados en su persecución.

Y no se diga que á tanto pudo atreverse Tarik fiado en la traición de los parientes de Witiza, que al frente de las alas del ejér-

cito godo emprendieron la fuga: porque aun cuando es cierto que esto se verificó, fué al final de la batalla, cuando esta duraba ya muchos dias, lo que significa que aquella parte de las tropas estaba en un principio indecisa y no se había resuelto á abandonar á su rey. Este abandono determinó el éxito de la batalla, dudoso en los primeros dias, merced á las invencibles posiciones tomadas por Tarik. Si éste hubiese avanzado hasta el Gudalet no estando aún seguro de la traición de algunos Godos, éstos, partidarios del éxito, le hubieran acometido también, y ni hubiesen quedado restos de el ejército mahometano. ¿Y á tan temeraria empresa pudo arrojarse el prudente caudillo que supo demostrar primero tan cautelosa reflexión y después actividad tanta? No: ni Tarik llegó al Guadalete, ni aún siquiera escogió como campo de batalla la ribera oriental del lago de la Janda: habría perdido de vista sus barcos, que le acompañaban al costado izquierdo, prontos á socorrerle desembarcando sus tripulaciones en caso necesario, y sólo cuando vió fugitivos á los Godos, merced no sólo al esfuerzo de sus soldados, sino á la defección

de los parciales de Witiza, se arriesgó á internarse en el país. La celeridad que entonces desplegó, contrasta poderosamente con su anterior parsimonia, y explica sus grandes victorias. Sorprendidos los Godos y no repuestos de su primer desastre, veían con espanto acercarse á sus plazas, raudos como el viento los bárbaros, ginetes africanos, precedidos de la fama de sus victorias y que habían alcanzado las proporciones gigantescas de lo desconocido.

Este terror, que con magistral pluma pinta el insigne Herculano, (Eurico el presbítero), contribuyó en gran manera á la completa victoria de los Arabes, pues no de otro modo que por una inconcebible depresión de ánimo puede explicarse cómo el ejército de Tarik, mermado por la batalla, pudo llegar de un aliento á Écija, y entrar triunfante de allí á poco en Toledo, sin haber sido exterminado ó copado por las alas del de Rodrigo, mandadas por los traidores parientes de Witiza, ni cómo no le dejaron al menos aislado en el centro de España cortando sus comunicaciones con África y evitando la llegada de los refuerzos, en cuyo caso,

desorganizadas y rotas las tropas de Tarik, habríanse visto reducidas á la esclavitud ó á la muerte.

El inverosímil hecho de que un puñado de allegadizos y medio salvajes habitantes del Mogreb, conquistasen de un tirón todo el territorio de la Península, casi sin hallar otra resistencia que la empeñada lucha del Barbate, y la no menos sangrienta ante los muros de Écija, sólo puede explicarse por las extraordinarias dotes militares de Tarik, la discordia sembrada entre los magnates godos devorados por la ambición y por la envidia, y acaso también porque, orgullosos los godos con la prepotencia de su conquistadora raza, habían descuidado asimilarse y fusionarse la vencida raza indígena, que tal vez contempló en los Africanos á sus libertadores. Sea de ello lo que quiera, que no es fácil á través de tantos siglos averiguar las verdaderas causas de tan rápida conquista, es indudable que la batalla ganada por Tarik en el territorio de Sidonia, no se verificó en las orillas del Guadalete como por tantos siglos se ha venido afirmando, y que el verdadero campo de aquella reñida lucha fué

el que hemos designado, entre la laguna de Janda y el mar, que no sólo se ajusta á las descripciones de los historiadores arábigos, sino que, por su especial topografía, reúne condiciones defensivas que lo hacen inexpugnable, teniendo en cuenta la antigua manera de guerrear siempre al arma blanca.

El espíritu modernó ha dado desarrollo extraordinario á la crítica histórica, ciencia apenas conocida antiguamente, y hoy las personas versadas en nuestra historia nacional saben todas sin eycepción que la batalla llamada del Guadalete no se verificó en este río: sólomente dudan respecto al verdadero sitio del combate. A aclarar esas dudas y fijar con certeza tan famoso campo de batalla se han encaminado nuestras tareas: si hemos logrado llevar nuestro íntimo convencimiento al ánimo de nuestros lectores, habremos conseguido todo el fruto deseado, contribuyendo á desterrar errores de la historia, que como decía, Cervantes, es madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir.

18 de Noviembre de 1898.

Apéndices





I.

TEXTO DE ISIDORO PACENSE.

«En la Era de 749, año cuarto del Imperio de Justiniano, noventa y dos de la Egira de los Árabes, y quinto del califato de Ualid, Rodrigo, por consejo de los grandes, ocupó el trono tumultuariamente. Reinó un año solo, porque desde luego recojió muchas tropas para ir contra Tarik y Abuzara, y contra los demás Árabes y Moros, que enviados á España por Muza, desde mucho tiempo antes hacían excursiones por la provincia, y saqueaban muchas ciudades, y fueron después ayudados por otros, que vinieron por mar en el año quinto del imperio de Justiniano, sexto del Califato de Ualid, Egira 93 de los Arabes y Era de 750. Recogidas, pues, dichas tropas, el Rey Rodrigo entró en batalla con ellos, y puesto en fuga

el ejército de los Godos, que habían acudido á la guerra con mala fé, y con intención de sostener cada uno su partido y su ambición de reinar, murió juntamente con sus émulos y con ellos pereció el reino y la patria.»
(Escrito en 754)

II

TEXTO DEL CONTINUADOR DEL BICLARENSE.

«En la Era de 749, Rodrigo ocupó el Reino de los Godos, más por engaño que por valor: lo tuvo un año solo, porque desde luego, habiendo recogido muchas tropas, quiso embestir á los Arabes, que ya de mucho tiempo talaban la provincia con excursiones, y murió en la batalla en el año quinto del reinado de Ualid.»

(Escrita en el año de 724.)

III

TEXTO DE PABLO DIÁCONO.

«Los Sarracenos, viniendo por mar desde el lugar de África que llaman Ceuta, se entraron por toda España. Después de diez a-

ños, pasaron con mugeres é hijos á la Provincia de Aquitania, para fijarse en ella....»

(Escrito á mediados del Siglo VIII.)

IV

TEXTO DE SEBASTIAN DE SALAMANCA.

«Muerto Witiza, fué Rodrigo nombrado Rey de los Godos.... Los hijos del difunto, movidos de envidia porque Rodrigo habia ocupado el Reyno del padre de ellos, enviaron Embajadores á África, pidiendo ayuda á los Árabes.... Rodrigo, cuando supo el arribo de éstos, se presentó en campaña con todas las tropas de los Godos, que fueron enteramente destruidas.»

(Escrito hacia 870.)

V

TEXTO DEL MONJE DE ALBELDA.

«Por favor y convenio de los mismos Godos, entraron los Sarracenos en España en el año tercero del reinado de Rodrigo, día 11 de Noviembre de la Era de 752. En la Egira, 100, entró en primer lugar Abuzara

por orden del general Muza, que se quedó por entonses en África, para mantener limpia y sosegada la Mauritania. Al otro año entró Tarik. Al tercer año, mientras Tarik estaba ya en batalla con Rodrigo, entró Muza, hijo de Muzeir, y pereció el reino de los Godos..... Hasta el presente desconócese la causa de la muerte del rey Rodrigo.»

VI

CRÓNICA LLAMADA VULSA.

«Rodrigo fué elegido Rey por los Godos el 13 de Febrero de la Era 747. Reinó dos años, dos meses y quince días. Los Sarracenos lo derrotaron en la era 749.»

VII

TEXTO MOISSIACENSE.

«En este tiempo reinaba sobre los Godos en España Witicha, que reinó siete años y tres meses. Dado á las mugeres, con su mal ejemplo incitó á la lujuria á los sacerdotes y á los pueblos, irritando la cólera del Señor. Entonces entraron en España los Sarra-

cenos, y los Godos eligieron por Rey á Rodrigo, que con numeroso ejército de Godos se opuso á los Sarracenos; mas, comenzada la batalla, éstos derrotaron á los Godos, y así concluyó el reino de los Godos en España, que en solos dos años fué casi completamente sojuzgada por los Sarracenos.»

(Se ignora la época en que fué escrito.)

VIII.

TEXTO DEL ANÓNIMO LUSITANO.

«Los Sarracenos conquistaron á España, reinando Don Rodrigo, en la era de 749. Antes del reinado de D. Pelayo reinaron dichos Sarracenos en España cinco años, y Pelayo subió al trono en la Era de 754.»

(Escrito á mitad del siglo XII.)

IX

TEXTO DEL MONJE DE SILOS.

«En la Era de 747, Walid rey fortísimo de los bárbaros de toda el África, envió á España 25.000 hombres de infantería, dándoles por general á Tárik el Vizco, y por

guías al Conde don Julián y los hijos de Witiza..... Don Rodrigo, oyendo que habían venido los Árabes, formó un buen ejército de Godos, se presentó á los enemigos imperturbable, y peleando con ellos infatigablemente por siete dias continuos, mató hasta diez y seis mil..... Esparciéndose después por toda el África la fama de la fidelidad de Julián, Muza, general de los ejércitos del rey africano, pasó á España con infinita gente para renovar la guerra..... Entonces fué la batalla, en que murió Don Rodrigo.»
(Escrita á mediados del siglo XI.)

X

TEXTO DE LUCAS DE TUY.

«Rodrigo, hijo de Teudifredo, con acuerdo de los grandes de la nación goda, sucedió á Witiza en el Reyno, en la Era de 748.... Walid en la Era de 752 dispuso que Tarik Estrabón (el Vizco), pasase á España con 25.000 combatientes. Don Rodrigo peleó con Tarik y después con Muza, y fué muerto, según creo, en esta última batalla, aunque no se sabe de cierto que muriese en ella.»

XI

TEXTO DE LA CRÓNICA DEL MORO RASIS.

«Et luego mandó (Rodrigo) juntar todas las más gentes que en todo su Reino havia et mandó que se guisasen para la batalla contra los Moros, et Tarife que se entraba por España en cuanto podia et fueron en poco de tiempo juntados por el rey Don Rodrigo, et que vos contaremos del Rey de como venía para la batalla, y de las vestiduras que trahia y que eran las noblesas que trahía y non creo que ha home que las pudiese contar ca el iba bestido de una arfolla que en esse tiempo decían purpura que entonces traian los Reyes por costumbre et segun asinamiento de los que la vieron, que bien balia mil marcos de oro, y las piedras y los adobos en esto non ha home que lo pudiese decir, que tales eran, ca el venía en un carro de oro que tiraban dos mulas estas eran las mas fermosas y las mejores que nunca home vio et el carro era tan noblemente fecho que non había en el fuste ni fierro mas non era otra cosa sinon oro y plata y piedras preciosas, et era tan sotilmente labra-

do, que maravilla era, y encima del carro habia un paño de oro tendido y este paño non ha home en el mundo que le pudiese poner precio, et dentro, so este paño estaba una silla tan rica que nunca home vió otra tal que le semejase et aquella silla era tan noble y tan alta que el menor home que havia en la hueste la podría bien ver, et que vos podría home decir que desde Hispan el primero poblador que vino á España fasta en aquel tiempo que el rey Don Rodrigo vino á aquella batalla nunca fallamos de rey ninguno nin de otro home que saliese tan bien guisado nin con tanta gente como este salió contra Tarife et anduvo á tanto por sus jornadas fasta que un Savado en la noche llegó adonde Tarife y toda su gente eran, y tanto fué el miedo que les puso que nunca se osaron apartar et quando fué otro día Domingo por la mañana comenzaron la batalla y lidiaron tanto fasta que escureció y desta guisa ficieron cada día fasta otro Domingo nunca quedó la pelea y de se matar y cuando fué Domingo á hora de mediodía quiso Dios así facer, y vencieron los moros et non havia ya home ni muger que

les ayudase sino ellos mismos que por fuerza ovieron de dejar el campo y los Moros la batalla et después que la lid fué vencida juntáronse todos et cataron los muertos et tomaronlos las armas et quanto tenían, et nunca tanto pudieron catar que pudiesen catar parte del rey don Rodrigo mas de este ganaron toda la tierra de mar á mar, y los cristianos, quando se volvian que venían recobrando diz que vieron estar una huesa y que asmaban que fuera suia por la nobleza que en ella vieron y muy abundada en todo y dicen que fué rico y abundado en toda su vida, et diz que fué señor después de Villas y Castillos et otros dicen que moriera fuiendo á las montañas y que lo comieran bestias fieras y mas desto non sabemos et después á cabo de gran tiempo fallaron una sepultura en Viseo en que están escritas letras que decían ansi. Aquí yace el rey Don Rodrigo rey de godos que se perdió en la batalla de Saguyue.

(Apéndice del Estudio sobre la invasión de los Árabes en España por D. Eduardo Saavedra.) (Siglo X)

(DESCRIPCIÓN DE ESPAÑA POR EL
MORO RASIS.)

«37. Parte el término de Carmona con el de Movier; ⁽¹⁾ et Movier yace en travieso de Carmona, et entre el Oriente et el Poniente de Córdoba. Et Movier ha término en que há muchos bienes, et ha muchos olivares, et muchas frutas; et á y muy grandes llanos, et muy buenos de sementeras, et muy buenos de montes et fuentes. Et Movier yace sobre muy buen llano, et en su término ha muchos castillos et muy fuertes, de los cuales es el uno el castillo del Carpio et el Carpio tan fuerte, que un ome lo ternia á mill. Et de Movier á Córdoba á sesenta migeros.

«38. Parte el término de Movier con el de Xerez Sadunia. Et Xerez yace al travieso del Poniente de Movier, et al poniente de Cordova, un poco contra el Meridien. Et Xerez Sadunia es nombrada entre todas las cibdades de Espanya, et en ella ha todas las bondades de la tierra et de la mar; que ti

⁽¹⁾ Rodrigo Caro cree que este Movier es el despoblado de Moguer entre Coronil y Morón.

vos yo quissiese contar todas las bondades della et desu término, non podría. Et las aguas non se dannan como otras, et la su fruta dura mucho. Et Xerez es tan buena que le non puede excusar en lo mas de Espanya. Et, quando andava la era de los moros en ciento et veinte et cinco annos, (743 de J. C.) finchó un rrio que ha en su término que ha nombre Barbate, et aquel día que este rrio finchó, auia tres annos que non lloviera, et todos fueron ledos porque finchara. Tovoles muy grant pró: et todes dixerón que era milagro de Dios, que non sabian de donde finchara, et por esso llamaron aquel anno el anno de Barbate. (*Véase el Ajbar machmúa*). Et el término de Xerez Sadunia ha muchos rastros antiguos et sennalamente la cibdat de Sadunia ⁽¹⁾ que fué muy antigua cibdat, et muy grande á maravilla. Et otrosí en Calis ha rastros antiguos que se non desataran por tiempo que venga, et hay muy maravillosas lauores, et de muchas naturas, et non ha ome en el mundo que se non maraville mucho. Et dicen que y aportaron los de Africa quando passaron la mar, et quan-

(1) Véase la nota 3, pag. 58 de Rasis.

do della salieron, et poblaron aquella rivera cerca de la mar. Et en Calis fizo Ercoles un concilio qual otro non ha en el mundo, et quando Ercoles partió á Espanya, fizo este et el de Galicia et el de Narbona, porque fuese siempre sabido. Et arrededor dellos ovo muchas obras et muy sotiles, et muy fuertes, de las quales non fincaron ya, salvo los concilios; et á y tantos olivares et figueras que todo el su término es cubierto dellas, et a y un monte que ha nombre Montebur; et yaze este monte sobre Saduña et sobre Perretarre, et este monte ha fuentes que echan muchas aguas; et a y muchos buenos prados et muy buenos. Et dende nasce un rrio que llaman Let ⁽¹⁾, et yazen en él muy buenos molinos, et yace majada de Sadunia, do cojen muy buen alambar, et en la su majada yace una villa á que llaman Santasa. (¿Souta?) Et en Santasa aportaron unas gentes á que los christianos llaman ereges, et estos ficieron en Espanya grant danyo, mas en cabo todos y murieron.

(1) El Guadalete. Otros escriben Leque y Guadaleque que es como los moros llamaban á este rio.

«39. Parte el término de Xerez Sadunya con el de Algezirat-Aladra, et Algezirat-Aladra yaze al Levante de Xerez et al Meridién de Córdoba. Et Algezirat-Aladra es una villa pequeña, et muy fuerte; et compónese y mucha gente segunt la natura que es, et a en sí las bondades de la mar et de la tierra et de todas las partes. Et Algezirat-Aladra yaze en medio de las villas que y a en la majada de la mar de Espanya, et todo el su muro cuelga sobre la mar, et el su puerto es muy cercano para pasar allende la mar. Et paresce dende Cepta que es villa en que ha mucho bien. Et ha grand laguna, et es tierra de buena sementera, et de muy buena crianza, et yace sobre el río de Barbate aquel que salió de los de Espanya quando finchó: et este entra en una laguna á que non fallan fondos. Et en su término ha un monte mui alto, et muy fuerte, que en otro tiempo acogieronse á él muchas gentes, et dél se defendieron en manera que los non pudieron empescer sus contrallos, et en su término ha muchos frutales et de muchas naturas.» (Memorias de la R. A. de la Historia, tomo VIII.)

XII

TEXTO DEL ARZOBISPO DON RODRIGO.

«Vino (el rey Rodrigo) con su ejército para resistir á los moros y llegó al río Guadalete, que está cerca de *Asidona*, la cual se llama ahora Jerez.»

(Lib. 3. hist. cap. XX.)

«Aprobado por Muza el consejo de sus capitanes, se dirigió á un lugar fuerte que en latin se llamó *Civitas Salva*, y por eso la llamaron los moros *Medinat Sidona*; en latin se llama *Asidona*, (está situada entre el mar y la que ahora se llama *Xerez*,) y expugnándola la tomó por fuerza.»

(Ibid. lib. III cap. final.)

«Et ipse (Muza) *gandens*, *eorum consilio* aprobato, venit ad locum munitum, qui latiné *Civitas Salva* ab Arabibus *Medinat Sidona* ex inde fuit dicta; (*hæc est inter mare, et eam quæ nunc Xerez*,) latiné autem dicitur *Asidona*, et eam pugnæ violentia occupavit.»

XIII

TEXTO DE LA CRÓNICA DE D. ALFONSO X.

«Andados tres años del reinado del Rey Rodrigo, que fué en la Era de 752 años, quando andaba el año de la Encarnación en 714 años,..... fué la pasada de los Alárabes en el mês que dicen en Arábigo Ragel... El Rey Rodrigo, quando lo sopo, ayuntó todos los Godos que con él eran, é fuese muy atrevidamente contra ellos,... é duro la facienda ocho días, que nunca hicieron, se non lidiar de un Domingo fasta otro... Mas los Cristianos, porque estaban folgados tornaron todos flacos é viles, é lasos, é non podieron sufrir la batalla, é tornaron las espaldas é foyeron.»

(Escrito en el Siglo XIII.)

XIV

TEXTO DE LA HISTORIA DE LOS CALIFAS

DE ORIENTE Y REYES DE ESPAÑA,

POR ABU-ABDALLA-ALSALEN.

«Imperando Walid en Damasco, Muza, hijo de Nassero, obtuvo el gobierno de toda

el África, y conquistó la Mauritania. Su Vicario Tarik, hijo de Zaiad, atravesó el mar, y á ocho del mes de Ragiab, día de feria quinta, de la Egira 92, ocupó el monte (de Gibraltar), que tomó de él el nombre que tiene. Rodrigo, Rey de los Españoles, salió á encontrarse con las tropas mahometanas, y dando la batalla sobre el río Guadalete, no lejos de la ciudad de Xerez, fué vencido y muerto; y con esto se abrió la puerta á los Árabes para apoderarse de España.»

(Escrito en los últimos tiempos del reino de Granada.)

XV

TEXTO DE ABU-ABDALLA-ALSALEN.

«Ben Alcutia dejó escrito, que Juliano, para vengarse de las injurias que le había hecho el rey Rodrigo, llamó á los Árabes, y que el general Tarik, hijo de Zaiad, vencido y muerto Don Rodrigo, cerca del Guadalete, dividió su ejército en tres cuerpos, y tomó con ellos las ciudades de Córdoba, Málaga, Granada, Jaén y Toledo.»

(Historia del reyno y reyes de Granada)

XVI

TEXTO DE MARIANA.

«Mandó (el Rey Rodrigo) que todos los que fueran de edad acudiesen á las banderas. Amenazó con graves castigos á los que lo contrario hiciesen. Juntóse á este llamamiento gran número de gente: los que menos cuentan, dicen fueron pasados de 100.000 combatientes..... Este fué el ejército con que el Rey marchó la vuelta de Andalucía. Llegó por sus jornadas cerca de Jerez, donde el enemigo estaba alojado. Asentó sus reales y fortificólos en un llano por la parte que pasa el rio Guadalete. Los unos y los otros deseaban grandemente venir á las manos; los moros orgullosos con la victoria, los godos por vengarse, por su patria, hijos, mugeres y libertad, no dudaban poner á riesgo las vidas, sin embargo que gran parte de ellos sentian en sus corazones una tristeza extraordinaria, y un silencio cual suele caer á las veces como presagio del mal que ha de venir sobre algunos..... Pelearon ocho días continuos en un mismo lugar: los siete escaramuzaron, como yo lo entiendo, á propósi-

to de hacer prueba cada cual de las partes de las fuerzas suyas y de los contrarios. Del suceso no se escribe; debió ser vario, pues el octavo día se resolvieron de dar la batalla campal, que fué domingo á nueve del mes que los moros llaman Xavel ó Scheval.

..... Estaban las haces ordenadas en guisa de pelear. El rey desde un carro de marfil, vestido de tela de oro y recamados, conforme á la costumbre que los reyes godos tenían cuando entraban en las batallas, habló á los suyos.

..... Al contrario Tarik, resuelto asimismo de pelear, sacó sus gentes y ordenados sus escuadrones, les hizo el siguiente razonamiento.

..... Encendidos los soldados con las razones de sus capitanes, no esperaban otra cosa que la señal de acometer..... La pelea fué muy brava, ca los unos peleaban como vencedores, y los otros por vencer. La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del día sin declararse; sólo los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querían ciar y aun volver las espaldas, cuando Don

Oppas (¡oh increíble maldad!) disimulada hasta entonces la traición, en lo más recio de la pelea, según que de secreto lo tenía concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos. Juntóse con Don Julián, que tenía consigo gran número de los godos, y de través, por el costado más flaco, acometió á los nuestros. Ellos, atónitos con traición tan grande, y por estar cansados de pelear, no pudieron sufrir aquel nuevo ímpetu y sin dificultad fueron rotos y puestos en huida, no obstante que el rey, con los más esforzados, peleaba entre los primeros y acudía á todas partes, socorría á los que vía en peligro, en lugar de los heridos y muertos ponía otros sanos, detenía á los que huían, á veces con su misma mano, de suerte que no sólo hacía las partes de buen capitán, sino también de valeroso soldado. Pero al último, perdida la esperanza de vencer y por no venir vivo en poder de los enemigos, saltó del carro, y subió en un caballo llamado Orelia, que llevaba de respeto para lo que pudiese suceder; con tanto él se salió de la batalla.

Los godos que todavía continuaban la

pelea, quitada esta ayuda, se desánimaron; parte quedaron en el campo muertos; los demás se pusieron en huida; los reales y el bagaje en un momento fueron tomados. El número de muertos no se dice, entiendo yo que, por ser tantos no se pudieron contar; que á la verdad, esta sola batalla despojó á España de todo su arreo y valor. El caballo del rey Don Rodrigo, su sobreveste, corona y calzado sembrado de perlas y pedrería, fueron hallados á la ribera del río Guadalete: y como quier que no se hallaron algunos otros restos dél, se entendió que en la huida murió ó se ahogó á la pasada del río.»

(Historia de España, libro VI cap. XXIII)

XVII

TEXTO DE AGUSTÍN DE HOROZCO.

«Cuando el Rey (Rodrigo) llegó cerca del campo sarraceno, tenía ya el Tarif ciento i ochenta mil peones y quarenta mil de a caballo, de los que avian pasado y cada día pasaban de África, y los de la parentela i parcialidad del conde. Aplazóse entre am-

bos ejércitos la batalla, i estando puestos en orden pasó en el del rey un acaso, harto extraño i triste presagio, de que aviendo el alferez mayor del campo tomado en las manos el estandarte real, estando ya subido á caballo cayó dél repentinamente muerto, haciendo pedazos el hasta del estandarte, de que se causó notable tristeza i desmayo, no obstante lo cual prosiguió el rey el querer dar la batalla, comenzándola con una escaramuza de quinientos hombres de á caballo africanos que salieron á provocarla y travarla, allegándoseles luego otros trescientos cristianos julianistas. Duró desde las tres horas de la tarde hasta les despartir la noche en las riberas de aquel río Guadalete, Murieron de ambas partes mucha gente, saliendo i dexando la pelea sin reconocer ventaja.

Otro día siguiente convidó el rey al Tarif para batalla campal, i acetada dióse muy sangrienta de ambas partes. Murió en ella el capitán general del rey, llamado Almerique, con ochocientos de á caballo i tres mil de á pie, i estuvo á canto de se perder este día el rey por la falta de su general, que era

de grande suerte é valor. De los moros murieron diez mil peones i trecientos de á caballo. Quedó confuso el rey de tantas pérdidas como con esta gente avia tenido, hallándolos siempre más fuertes; creciendo en poder i reputación. Retiróse algo atrás del aloxamiento en que se dió la batalla, arrimándose al río Guadalete, poniéndole por amparo de la retaguardia de su campo en aquella vega que está yendo de la Cartuxa de Xerez de la Frontera á Medina Sidonia, á la parte del camino que cae al Norte.... Volvióse á última batalla el siguiente día, que fué el más funesto é infeliz que jamás avia amanecido para España. Travóse con mucha orden por los del rey, i con menor esfuerzo que los días pasados, trabajando el rey en reunirlos y animarlos quanto le era posible, peleando él valentísimamente; pero no bastando sus diligencias, crecía la desorden, i menguábasele la gente, declinando ya la victoria en todas partes con favor del enemigo. Lo cual visto por el rey, i que si porfiaba y esperaba más, corría riesgo su persona, desamparó el campo saliendo huyendo en su caballo, causando su

ausencia la muerte y prisión de todos los cristianos, gozando el Tarif el premio de su tan deseada y porfiada victoria, recogiendo los despojos i riquezas, que fueron muchas. Mas no dando por enteramente rematado el suceso si el rey se le escapaba, con extraordinaria presteza i diligencia envió luego gente de á pie i de á caballo en su seguimiento por todas partes, prometiendo grande recompensa al que se lo traxese, los que buscándole corrieron hacia la Sierra llamada agora de Gibrálvín (que es á tres leguas de Xerez hacia el Cuervo) hallaron un villano, que guardaba ganado, adornado con los vestidos del rey, que se los había dexado en trueque de sus pellicos i zamarros, por ir mas disimulado i encubierto, i teniendo al pobre pastor por el rey, llenos de alegría fueron con él ante su capitan Tarif, adonde el pastor los desengañó con lo pasado i con dar quien le conociese.

En fin, el rey no pareció ni se supo ni a sabido dél cosa que cierta sea, ni el río Guadalete, por donde atravesó, era ni es tan caudaloso que, pasándolo se pudiera ahogar en él como dicen que se ahogó, porque a-

llí donde pasó la batalla en sus riberas, cerca de donde hoy es, (como se ha dicho) el convento de la Cartuxa se vadea siempre en todo tiempo del año sin ningún peligro quanto mas en aquella sazon que era verano, a los once de Septiembre, ó á los diez y seis segun otra opinion.»

(Historia de la Ciudad de Cadiz, libro 3.º
Cap. I.

XVIII.

TEXTO DE SAAVEDRA FAJARDO.

«Marchó el Rey (Rodrigo) con este ejército y se presentó á los Africanos cerca de Jerez sobre las riberas de Guadalete, Allí, puestos frente á frente los escuadrones, consumieron siete dias en escaramuzas y en disputar algunos puestos, y al octavo se resolvió el rey á dar la batalla, porque ya faltaban los bastimentos y era de más peligro retirarse que acometer. Sentado en un carro de marfil (como era costumbre de los godos), aunque algunos dicen que en una litera de dos mulos, vestido con una tela de oro, ricamente recamada, calzados unos co-

turnos sembrados de perlas y piedras preciosas, y la espada desnuda, se presentó á su ejército con majestad real y con voz grave y animosa les dijo así.....

.....Al mismo tiempo Tarik, en un caballo berberisco, embrazada la adarga y reposando sobre su lanza, dejó caer á las espaldas el alquicel, y levantando el brazo desnudo, empuñando el alfanje, le jugó de una y otra parte, y con bárbara arrogancia animó así á sus soldados.

.....Diciendo esto, arrimó los acicates al caballo y avanzando el batallón de la infantería, ordenó que por uno y otro cuerno del ejército escaramuzase la caballería. Sonáronse luego los atabales y bocinas, acompañadas con los alaridos de los bárbaros. La infantería africana dió una espesa carga de dardos y saetas, con tanta destreza y velocidad, que en breve tiempo dejaron vacíos los carcajes, valiéndose de los alfanjes; los cuales, aunque en debida distancia eran inferiores á las espadas españolas, después en la confusión del combate los jugaban con mayor desenvoltura, y causaban horror con lo desaforado de sus heridas,

cortando brazos y cabezas, y las riendas y cuellos de los caballos.

.....Era también terrible el aspecto de la caballería. Hallábanse en esta batalla los hijos de Witiza, habiendo (como estaba acordado con D. Julián) pasado de África á servir al rey, el cual con más ligereza que prudencia, les había fiado el gobierno de los dos cuernos del ejército. Habiéndose, pues, estos dos príncipes visto la noche antes de secreto con Tarik y dispuesto con promesa del reyno que en el furor de la batalla desamparasen los puestos, lo ejecutaron así, reconociendo que inclinaba la victoria á favor de los Africanos; y depuestas las armas, huyeron, seguidos de sus tropas.

Reconoció el rey el peligro, y atravesándose con su carro, asistió á los suyos proponiéndoles que su mayor peligro y su servidumbre consistían en la fuga...y saltando en tierra se puso á caballo y acometió á los enemigos. Su presencia y su ejemplo animó mucho á los soldados, y por algun tiempo mantuvieron dudosa la fortuna, hasta que oprimidos de la multitud, dejaron el campo y la

victoria á los Africanos, sin haberse podido averiguar si el rey murió en la batalla, ó si, queriendo pasar á nado el río Guadalete, se ahogó en él. Esto parece verosímil, porque en sus riberas se halló su caballo, llamado Aurelia, con los ornamentos reales, la corona, vestiduras y calzado; señas de que se desnudaría para pasar mejor; pues si hubiese muerto en la batalla, se habría el enemigo apoderado de estos despojos.»

(Corona gótica, cap. XXX.)

XIX

TEXT0 DE FR. GERÓNIMO DE LA CONCEPCIÓN.

«Entrado ya el año de 714, fatal para toda España, asomaron segunda vez por los campos de Tarifa las Lunas de Mahoma que acaudilladas de Tarif en 180.000 moros, tremolando por el aire, se daban parabienes de los que juzgaban por indubitables triunfos. Aquí entró el rey D. Rodrigo en receloso cuidado, y como quien despierta de un pesado sueño, volviendo sobre sí, y acordándose, aunque tarde, de su antiguo valor godo, juntó todas las fuerzas que pudo pa-

ra hacer cara al contrario. Contaba el ejército español de 80.000 hombres, y aunque godos, mal disciplinados en la milicia, y con peores prevenciones para tan poderoso encuentro, que el descuido y remisión en conservar lo adquirido, es causa de perderlo de una vez todo.

Careáronse los dos poderosos ejércitos á las riberas del Guadalete, en los campos de Xerez, á vista de Medina Sidonia, y tres leguas de Cádiz, y al ruido de la gritería alarbe y de los pífanos españoles se embistieron unos y otros, con tan alentado brío, que habiendo durado siete dias la batalla, con muerte de 16.000, jamás se reconoció victoria por algún campo. Era llegado el domingo 9 de Septiembre, señalado por fatal para España con negra piedra de azarés, cuando subiendo Don Rodrigo en su carro de marfil, con corona de oro á la usanza goda, y animando valerosamente á los suyos, dió el último embiste á los moros. Llevaba el cuerno derecho Opas y el siniestro un hijo de Witiza, que confederado con Don Julián, en lo más sangriento de la batalla se volvieron de su parte, conque ani-

mados los enemigos, y enflaquecidos los godos, quedaron estos postrados, y los moros victoriosos. Este fué el día en que pereció la fama del valor godo, que fué asombro de todo el orbe, y los que á costa de su ferocidad y aliento domaron las más valientes naciones, y conservaron á España 298 años con inimitables troféos, perdieron en un solo día fama, reputación, nombre y reino.....

Quieren algunos que Don Rodrigo muriese como buen Rey en la batalla. Lo cierto es, que su caballo y los aderezos reales se hallaron á las márgenes del río Guadalete, pero su persona no.

(Emporio del orbe, Cádiz ilustrado. Libro IV, Cap. XVI.)

XX

TEXTO DE MASDEU.

«Tudemiro ó Theudimero, Gobernador de Andalucía, aquel mismo, sin duda, que pocos años antes, por testimonio del Pacense había arrojado de nuestras costas á los Mahometanos, viendo que los enemigos en Gibraltar iban cada día creciendo y toman-

do fuerza, dió parte al rey Don Rodrigo de la tempestad que amenazaba, para que se aparejase á la defensa. Este príncipe, aunque ocupado, según parece, en la guerra contra Witiza, marchó sin embargo hacia el Estrecho con 90.000 hombres, si es que los historiadores Árabes han dicho en esto la verdad, y no han aumentado el número de los nuestros para dar mayor realce á la victoria. El general Tareco Alsadfi, hijo de Zaiad, informado del ejército que venía, bajó de Gibraltar con toda su gente, que debía de ser mucha, para no tener un encuentro tan formidable, y se puso en marcha para encontrar de frente á los Españoles. Cerca de Xerez de la Frontera, por donde corre el rio Guadalete, se avistaron los dos ejércitos, y allí se dió la famosa batalla que decidió la suerte de los combatientes. Lo que dice San Pedro Pascual, escritor del siglo XIII, que nuestra tropa no tenía otras armas para pelear sino solos bastones aguzados y tostados al fuego, y que sin esto se hallaba también muy acobardada, porque los Moros en las excursiones antecedentes, así como cojian á los cristianos, los

asaban en público y fingían comérselos; y luego, para que la voz llegase á los nuestros y se horrorizasen, dejaban escapar de propósito algunos prisioneros que esparciesen la noticia de tan grande barbarie; son fábulas que no tienen el menor fundamento en memorias antiguas y autorizadas: como tampoco lo tiene lo que añaden otros con Don Rodrigo Ximenez acerca de la pompa inútil con que se presentó al combate el rey Don Rodrigo, con corona en la cabeza, manto de tela de oro, piedras preciosas en el calzado, litera ó trono de marfil, sobre dos mulas, un caballo de reserva llamado Orella, y otras mil cosas semejantes que en un romance ó novela podrán merecer lugar, pero no en la historia. Confiesan los mismos Árabes, que la batalla fué muy reñida y con muchos muertos, sin declararse la victoria por ningún lado en tres días de combate continuo, que es prueba de muy grande valor, y de increíble constancia. Viendo Tareco tan obstinada resistencia en los Españoles, levantó la voz para animar á sus gentes, que estarían fatigadas y con ánimo de retirarse de tan difícil em-

presa.dichas estas palabras, espoleó su caballo para acometer más de cerca; y como si fuera su voluntad la de todos, se echó de golpe el ejército á manera de torbellino impetuoso sobre las primeras filas de los Españoles. El rey Don Rodrigo, acostumbrado á las armas, no desmayó por ésto: se adelantó cuanto pudo, animando á sus soldados más con el ejemplo que con palabras, y hubiera sin duda resistido y vencido, si una traición que se le formó en el momento, como lo atestigua aun Isidoro de Beja, escritor de aquel mismo siglo, no se lo hubiese estorbado.

Los partidarios ocultos de Witiza, que andaban esparcidos por el ejército, ó mostrando de propósito cobardía, y dándose por vencidos, ó pasándose descubiertamente al enemigo, ó de otro modo que fuese, lo cierto es que ocasionaron perturbación y sobresalto en el mayor aprieto, y obligaron á Don Rodrigo á la retirada. El príncipe valeroso se fué retirando y defendiendo juntamente con sus fieles vasallos; pero el desorden era tal, y la fuerza contraria tan superior, que por satisfacer á su honor y coraje, se hu-

bo de exponer tan descubiertamente, que dió lugar á los enemigos para que lo matasen y le cortasen la cabeza, que enviaron (según dicen las Historias arábigas) al califa de Damasco.

(Historia crítica de España por el Abate Masdeu. Tomo XII, pag. 13 y siguientes).

XXI

TEXTO DE LA SOCIEDAD LITERARIA.

«Muza, no confiando bastante en las seguridades de su aliado (Don Julián) para aventurar todo el ejército, envió á su teniente Tarik con un cuerpo de tropas para intentar el primer amago sobre España. Este gefe, acompañado del conde D. Julián, pasó el estrecho y desembarcó en el peñón de Gibraltar, el cual tomó el nombre, actualmente algo corrompido, de Gebal Taric que significa en árabe monte de Taric. Desde aquella fuerte posición, Taric conquistó rápidamente los distritos adyacentes, en tanto que Rodrigo, sorprendido sin haber hecho ningún preparativo, reunía un ejército para pelear por su corona, su pueblo y

su fé. Avistó á los invasores cerca de Jerez, en las márgenes del Guadalete, á poca distancia de Cádiz. El combate fué largo, obstinado y sangriento. Dícese que se decidió á favor de los invasores después de tres días de lucha tenaz, por la deserción en el momento crítico de Opas, obispo de Sevilla, y de sus sobrinos, el hermano é hijo de Witiza, con todos sus allegados y secuaces. Al concluirse la acción, desapareció el rey Rodrigo. Los historiadores árabes aseguran que Tarik le mató por su mano y envió á Muza su cabeza; los escritores españoles dicen que su cuerpo no se halló y conjeturan que se ahogó al atravesar el Guadalete.»

(Historia de España. Barcelona 1845
pág. 9.)

XXII

TEXTO DE ROMEY.

«Estremeció á Rodrigo noticia tan inesperada; (la del desembarco de Tarik): convocó á sus consejeros y adalides y envió contra el enemigo la flor de la caballería

goda.

Apresurose Rodrigo á llamar á Godos y Romanos á la defensa de la patria común, y llegó por fin á los campos de Sidonia con un ejército crecido, pero bisoño.

Enterado Tarec de las disposiciones de Rodrigo, pidió refuerzos á Muza, quien le envió hasta cinco mil jinetes bereberes; juntaron los caudillos sarracenos sus pendones, y los cuerpos de caballería que vagaban por el país acudieron á la formación; y á pesar de sus fuerzas inferiores, Tarec salió donodadamente al encuentro del ejército hispano godo.

Acaeció el encuentro junto al Guadalete, no lejos de la antigua *Asindo*, y en el solar donde está ahora descollando, cercada de viñedos, con nombradía toda europea, la ciudad de Jerez de la Frontera. Allí era donde se iba á echar el resto al juego sangriento de las batallas por el paradero de la Península.

Trabóse la batalla al amanecer, se sostuvo con igual tesón por ambas partes, y se terminó al cerrar la noche. Renovóse al rayar la madrugada, y la fragua de la pelea,

hablando como un cronista musulman, siguió también ardiendo hasta la noche, sin sobresalir ventaja alguna por uno ni otro bando.

El tercer día iban desmayando los Sarra-
cenos, y cejaban por todas partes, cuando
Tarek fué recorriendo las filas, y encarado
con los suyos, profirió algunas de aquellas
palabras que suelen decidir los trances. . . .

. Y arrebatándoles consigo, arro-
lla las filas de los Godos, quienes desde a-
quel punto pelean desairadamente y no a-
ciertan á contrarrestar el impetu de los gi-
netes berberiscos. Rodrigo, á quien conoció
Tarek por sus insignias reales, es ya el blan-
co de todos sus ímpetus, lo embiste en mé-
dio de su tropa selecta y lo traspasa de un
lanzazo. Cae así difunto el desventurado Ro-
drigo, derrocado por la diestra de Dios.»

(Historia de España. Tomo 1.º, Parte 2.ª
Cap. 2.º)

XXIII

«Lo que no tiene duda es que se conser-
van en esta ciudad, (Jerez) varios trozos de

su antigua muralla, construida con argamasa de piedras menudas, tan dura que parece de cantería: otros de cloacas que tienen de profundidad un estado de hombre, y de ancho más de una vara, cuyos lados son de piedra labrada, cubierta con rosca de ladrillo. Se descubrió al Poniente de esta ciudad un acueducto subterráneo con cañones de plomo, y al fin de la calle de Bizcocheros una estatua de mármol blanco que representa la figura de un magistrado, y dos de piedra en la calle de los Ídolos, llamada tal vez así por estas dos estatuas. Se encontraron en las ruinas y cimientos de algunos edificios antiguos varias medallas romanas, y una grande de *Balbus Pontifex*, igual á la que se refiere en el artículo de Cádiz. Y subsisten trozos de inscripciones sepulcrales y dedicatorias, cual es el de una pequeña ara de mármol fino con estas letras.

HER

CVLI

AVG

Una piedra de cinco cuartas de alto y de poco más de otra de ancho, en forma de pedestal, muy laboreada, con caracteres feni-

cios, y las inscripciones siguientes;

L. VECILIO. C. F. S

TESTAMENT

M. AEMILIVS

M. F. OPTATVS

LONGVS. H. S. E

SVAVIS. D. VAL. STABILION

MEMOR. AMICITIAE. HOC

MVNVS. SVPREM. DAT

L. BAEBIVS. HERMES

IIII VIR. AVGVSTALIS. AN. LIII

K. S. H. S. E. L. BAEBIVS. HER

MA. LIB. OPTVMO. PATRONO

DEDIC

Muratori publicó como existente en Jerez de la Frontera esta inscripción.

L. FABIO. L. F. CORDO

IIII VIRO

POPULUS. M. C.

OB. XX. PARI. GLADIATORVM. DATA

PRO. SALVTE. ET. VICTORIA. CAESARVM

LOCVS. ET. INSCRIPTIO

D. D.

PER. TABELLAM. DATA

(Cean Bermudez, Sumario de las antigüedades romanas que hayen España. pag. 235 y 236.

Muchas más inscripciones pudiéramos citar, sobre todo teniendo en cuenta la laboriosa investigación á que nuestro querido y malogrado amigo D. Agustín Muñoz Gómez, Archivero del municipio de Jerez y Académico correspondiente de la Historia, consagró sus trabajos, habiendo coleccionado más de doscientas inscripciones romanas halladas en el mismo Jerez, y en su extenso término, amén de otros considerables vestigios de la civilización romana; pero basta á nuestro propósito la anterior cita de Ceán Bermudez, suficientemente expresiva.

XXIV

TEXTO DEL CONDE DE CLONARD.

«Animado por el buen éxito de esta primera tentativa, dispuso Muza una nueva expedición para la primavera siguiente, (año 711,) y á fines del mes de Abril pasó el estrecho un poderoso ejército, al mando del intrépido africano Tarik-ben-Zeyad. Estas fuerzas desembarcaron donde hoy se halla Algeciras, y fueron después á atrincherarse en el monte Calpe, hoy Gibraltar. Un cuer-

po de 1.200 á 1.600 ginetes que mandado por Teodomiro vigilaba la costa, trató de atacar á los Sarracenos, pero envuelto y derrotado por éstos, hubo de buscar su salvación en la fuga.

Al recibir la noticia de este desastre, Rodrigo, á quien sólo el peligro sacaba de su letargo, apresuróse á hacer levass de gente, y con ayuda de los condes y prelados pudo reunir en breve unos 100.000 hombres.

Al frente de estas tropas marchó á buscar á los Sarracenos, que habían ya extendido su dominio hasta las tierras de Algeciras y de Sidonia. Encontráronse ambos ejércitos á orillas del Guadalete.

Al rayar el día vinieron los dos ejércitos á las manos, y se sostuvo la lucha con igual brío y encarnizamiento por ambos lados, hasta que la noche vino á suspenderla. Al despuntar el día siguiente, renuévase el combate con el mismo coraje, con la misma obstinación: la tierra se cubre de cadáveres y la victoria permanece aún indecisa. El tercero, los cristianos acometen de nuevo con bravura sin igual, y los sarracenos comenzaban ya á flaquear, cuando Tarik, puesto al

frente de los suyos, los reanima con una arenga y sostiene el impetuoso arranque de los godos hispanos. Al mismo tiempo los hijos de Witiza y Opas que mandaban parte de las tropas españolas, consuman su negra traición, yendo á engrosar las del Conde Julián, que estaba entre los enemigos. Con ésto los africanos redoblan sus esfuerzos; se introduce el desórden en las filas cristianas. Rodrigo y Pelayo que, mandaban el centro, pugnan en vano por dar aliento á sus soldados; los arrollan los musulmanes por todas partes, y el mismo monarca parece ahogado en las aguas del Guadalete.*

(Historia de las armas de infanteria y caballeria, tomo 1.º pag 294 y 295.)

XXV

ENCICLOPEDIA MODERNA DE MELLADO.

«Encontráronse ambos ejércitos (el musulmán y el godo), á orillas del Guadalete, cerca de donde hoy está Jerez de la Frontera, y allí se dió de poder á poder una de las más reñidas batallas que presenta la historia. Los godos, mandados por el mismo Don

Rodrigo, hicieron prodigios de valor.
fueron completamente derrotados, y con ellos pereció su antigua monarquía, quedando toda España á merced de los vencedores. A D. Rodrigo no se le pudo encontrar, ni muerto ni vivo, después de la acción.»

(Tomo XXII pag. 107.)

XXVI

TEXTO DE LAFUENTE.

«Encontráronse ambos ejércitos á orillas del Guadalete, cerca de donde hoy está Jerez de la Frontera. Allí es donde iba á darse la batalla sangrienta que había de decidir del destino de la nación godo-hispana. Eran los últimos días de Julio del año del señor 711

.
Con ésto los africanos arremetieron á manera de torbellino las primeras filas cristianas. Rodrigo, sin embargo, no desmaya: antes crece su arrojo y su bravura: inútil esfuerzo, aunque laudable! En aquel momento se cumplia el destino de España! El desventurado monarca perece en el calor de la pelea, herido por la lanza misma de Tárik, y aho-

gado con su caballo en las aguas del Guadalete. Los escritores árabes añaden que su cabeza fué enviada á Muza como testimonio y trofeo de la victoria.

(Historia de España. Parte I, libro VI. Capítulo VIII.)

XXVII

TEXTO DE D. ADOLFO DE CASTRO.

«El ejército de Tarik sale de sus fortificaciones, apenas llega á su noticia que el Rey Rodrigo baja á Andalucía, y los dos contrarios se encuentran en las márgenes del Guadalete.

Todos los escritores árabes convienen en que la batalla fué sobre el mismo río y en los términos de Jerez, pero no hay uno ni entre los nuestros que puntualice claramente el sitio. Unos dicen que fué entre Jerez y Asido: otros, como el autor de la *Crónica General*, que los godos ocupaban una orilla del río y los árabes la otra. Pero bastan á resolver esta cuestión satisfactoriamente algun conocimiento del terreno y un ligero raciocinio. Voy, pues, á manifestar mi-

sentir con la brevedad que me sea posible. Rodrigo, descendiendo desde Toledo con tan poderosa hueste, de seguro no se apartó de la antigua calzada romana, por la comodidad de su ejército, facilidad para el tránsito, y conveniencia de aprovecharse de la gente y de los víveres que habría en ciudades tan ricas y populosas como Córdoba y Sevilla. Al ir á los sitios que ocupaban los invasores, que eran Gibraltar y su campo, claramente se infiere que no había de dirigirse por Montellano y otras sierras con un ejército cuya fuerza mayor consistía en tropas de á caballo. Rodrigo tomaría el mismo camino real por Utrera y Lebrija hacia Jerez, que fué lo mismo que para recuperar las Algeciras hizo con su ejército D. Alonso XI.

Tárik, por su parte, que no había querido ó podido debilitar su ejército en la reducción de ciudades de nuestra provincia, al adelantarse al encuentro de Rodrigo, tampoco es creíble que fuese á buscarlo con sus doce mil hombres por terrenos montuosos, ni que se internase por lugares difíciles y desconocidos, en tierra enemiga y

mal explorada, donde con facilidad se hubiese puesto en peligro de perder alguna gente. Tárík hacia lo que todo invasor en sus entradas; llevar su gente por los caminos reales hasta presentar la batalla al enemigo que salga á impedir el paso. La extensión de los llanos de Caulina, tan inmediatos á la vía romana y al camino real moderno, y próximos al Guadalete, lugar más apropósito para una batalla, y batalla en que combatió mucha caballería, desde luego con las observaciones que he presentado, ofrece al historiador motivos para la conjetura de que fué teatro de la sangrienta lucha que originó la pérdida de España, como en parte fué teatro de la acción, no menos terrible, en que Cesar venció á los hijos de Pompeyo. (Castro sitúa á Munda sobre la sierra de Gibalbin, cerca de Jerez).

En dos arroyos se conservan nombres, en mi entender alusivos á la batalla del Guadalete. Uno en el arroyo de *Fontetar*, corrupción indudable de *Fonte Tárík* ó la *Fuente de Tárík*, del mismo modo que de Gebal-Tarik se dijo Gibraltar. Aquí, pues, está consignado el nombre del caudi-

llo de la expedición. El otro es el arroyo *Musas* donde aún dura, ligeramente corrompido por el vulgo, el nombre de *Musa-ben-Nossayr*, lugar teniente del Califa, y por tanto el jefe del ejército, si bien no se hallaba presente. Esto prueba que por ese sitio debió colocarse el campamento de los árabes. No están ambos arroyos muy distantes de Arcos ni del Guadalete; sabido es también que los llanos de Caulina se encuentran entre Arcos y Jerez.

Imposible parecería que del sitio de un hecho tan notable no se hubiese conservado la memoria por nombres que, de generación en generación, el vulgo repitiera aun sin saber lo que decía. Recuerdo hasta cierto punto lo que escribí al tratar de la batalla de Munda. De sucesos tan trascendentales para la historia de una nación, ó se mantiene vivo el recuerdo en inscripciones, ó en los nombres de los sitios donde han ocurrido. En los arroyos *Fontetar y Musas*, encuentra el investigador diligente de estas memorias las pruebas bastantes á designar los lugares de la victoria de Tarik, el caudillo enviado de

Muza (1).

Cuentan los escritores árabes que Tárík, en su tremenda y prostrimera acometida al campo godo, logró penetrar hasta el punto en que el rey Rodrigo dirigia la batalla desde el carro bélico. Lanzóse Tarik sobre el monarca, y le pasó de una lanzada el pecho.

Derribado Rodrigo, su cabeza fué separada del cuerpo para remitirla á Muza como testimonio de la importancia de la victoria.

(1) Hay un paraje del Guadalete, entre Jerez y Puerto Real, llamado la *Barca de la Florinda*. Ignoro el tiempo en que se le impuso. Sea como quiera, no puede significar que en aquel sitio ocurrió la batalla. Sabido es que con razon se tiene por novela arábica la violencia que á la hija del conde D. Julián hizo el rey Rodrigo, de la cual se originó la pérdida de España, conseja semejante á la de Lucrecia. Tarik pudo ir ó por el camino real del Puerto de Santa María, ó por el de Medina á Arcos. Esto último parece lo más probable.

(Nota de Castro)

Unos autores españoles dicen que Rodrigo, lleno de pavor al ver el estrago que en los suyos hacían los enemigos, y que muchos de su hueste se pasaban por medio de una traición á los contrarios, abandonó las regias vestiduras á orillas del Guadalete, y huyó á esconder su vergüenza y desolación en una gruta, donde, hasta el fin de sus días, vivió llorando sus errores y su desventura.

Otros aseguran que, precipitado por su mismo terror, quiso atravesar el río sobre su caballo Orelia, pero que arrastrado por la corriente, fué más tarde sumergido.

Habiendo dejado Tarik aquel horroroso espectáculo de miseria y terror, tomó el camino de Córdoba, sin emprender la toma de Sevilla, lo mismo exactamente que hizo Julio Cesar luego que quedó por suya la victoria en los llanos de Caulina y puntos inmediatos.»

(Historia de Cádiz, lib. IV. Cap. I.)

XXVIII

TEXTO DE CANCELA.

«Se sabe que en un llano por donde pasa el río Guadalete se avistaron los dos ejércitos, mandado el de los agarenos por Muza (fué Tarik) y el de los godos por D. Rodrigo: pero también han quedado en el más completo misterio los datos por donde pudiérase colegir con certeza el verdadero sitio donde fué derrotado el último de los Reyes godos y la fecha en que se libró la gran batalla. De todo ello hay pareceres distintos, no sacándose otra cosa que fué cerca de Jerez y dentro del año 714. Algunos historiadores modernos han dado en decir que la batalla decisiva para el engrandecimiento de la media luna, tuvo lugar en distinto sitio del que con más sólida base le señala la tradición. Hay quien opina que fué en los campos de Tarifa: pero no hay fundamento para darle crédito.

En los campos de Jerez y en el vecino río Guadalete pereció, pues, el reinado de los godos, quedando en posesión completa de los árabes, á la vuelta de breve tiempo, toda Es-

paña, excepto algunos lugares incultos de Asturias y del Pirineo.

(Historia de Jerez, cap. III pág. 16 y 17.)

XXIX

TEXTO DE CONDE.

«Llegó Ruderik á los campos de Sidonia con un ejército de 90.000 hombres con toda la nobleza de su reino. No intimidó á Tarik esta numerosa hueste, que parecía un mar agitado; pues aunque sus Muslimes eran muy inferiores en el número, tenían gran ventaja en las armas, destreza y valor. Venían los cristianos armados de lorigas y de perpuntes en la primera y postrera gente, y los otros sin estas defensas, pero armados de lanzas, escudos y espadas, y la otra gente ligera con arcos, saetas, hondas y otras armas, según su costumbre, hachas, mazas y guadañas cortantes.

. Avistáronse ambas enemigas huestes en los campos que riega el Guadalete, un día domingo, dos días por andar de la luna del Ramazan. Principió la batalla al rayar el día. Como al tercero

día de la sangrienta lid viese el caudillo Tarik que los Muslimes decaían de ánimo, y cedían campo á los cristianos, se alzó sobre los estribos, y, dando aliento á su caballo, les dijo.

.Y diciendo esto arremetió con su feróz caballo, y atropellando á derecha é izquierda cuantos se le ponían delante, llegó á las banderas de los cristianos, y conociendo al Rey Ruderik por sus insignias y caballo, le acometió y le pasó de una lanzada, y el triste Ruderik cayó muerto, que Dios le mató por su mano y amparó á los Muslimes: á ejemplo de su caudillo, rompieron y desbarataron á los cristianos, que con la muerte de su Rey y de otros de sus principales caudillos se desordenaron y huyeron llenos de terror. Los Arabes siguieron el alcance con su caballería, y la espada musulmica se cebó en ellos por mucho espacio y murieron tántos, que sólo sabe cuantos Dios que los crió: acabóse la batalla y alcance de Guadalede, día cinco de la luna de Xawal, y quedó aquella tierra cubierta de huesos por largo espacio de tiempo.»

(Historia de la dominación de los Ara-

bes, parte 1.^a Cap. X.)

XXX

CESAR CANTÚ.

«Habiendo autorizado Muza la expedición confió á Tarik-ben-Zeyab, que se había señalado por su valor en la conquista de Almagreb, doce mil intrépidos guerreros, con los cuales desembarcó en la isla Verde. Después de haber triunfado de la primera resistencia de los Godos, se fortificó en aquella posición importante, sobre la roca de Calpe, que á consecuencia de su nombre fué llamada Gibraltar (Gebel-al-Tarif.)

El godo Teodomiro, encargado de guardar aquella costa con la escuadra, pidió pronto socorros á Rodrigo, quien mandó emprender la marcha á la flor de la caballería. Prendió el árabe fuego á sus naves y obligó á los suyos á la victoria con la imposibilidad de la fuga. Teodomiro fué derrotado cuantas veces volvió á la carga, y los corredores del enemigo esparcieron el espanto por todo el país, mientras el resto del ejército ocupaba los alrededores de Sidonia, y amenazaba á Sevilla.

Rodrigo, que peleaba entonces contra los gascones sublevados, acudió con cuantas tropas pudo allegar para conjurar tan perenterio peligro. Habiendo encontrado á los árabes á las orillas del Guadalete, les dió batalla por espacio de ocho días consecutivos, y acabó por ser muerto en la refriega. Fueron derrotados los suyos y allí terminó el reinado de los godos.»

(César Cantú, Historia Universal, libro IX cap. VII.)

XXXI

TEXTO DEL DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
DE MONTANER Y SIMON

» *Batalla de Guadalete.* Dada entre los visigodos, mandados por su rey Rodrigo y los musulmanes, dirigidos por Tarik. Libróse á mediados de 711 en las orillas del Guadalete, al decir de muchos historiadores.

Dozy, Gayangos y otros orientalistas afirman que este combate no tuvo por teatro las márgenes del citado río, y sí las cercanías del lago ó laguna de la Janda, no lejos de Vejer; otros, como Hurtado y Guichot, dán á este combate el nombre de

batalla del Guadi-Becca, porque creen que se libró junto al río Barbate, entre Vejer y el lago de la Janda, y, á la verdad, son de gran fuerza y autoridad sus razones y los testimonios que citan. Uno de éstos, el *Ajbar-Machmúa*, cuenta que cuando Rodrigo atacó á Tarik, éste «permaneció entre Algeciras y el lago»; pero el doctísimo gaditano Adolfo de Castro opina que el lago de que hablan los cronistas árabes citados por los Orientalitas es la laguna de Medina Sidonia, que está cerca del Guadalete, y cree que, por tanto, debe sostenerse la tradición que supone el combate á orillas de dicho río, y á la que debe el nombre de la *Matarza* la llanura que hay entre Jerez y la confluencia del Guadalete con el Majaceite. Tarik llevaba 12.000 hombres, á los cuales se había unido un refuerzo de 5.000 ginetes; sin embargo, no se limitaban á esto las fuerzas del musulmán. Muchos cristianos y algunos judíos descontentos habían pasado á las filas de su ejército, que á lo menos se componía de 25.000 hombres. El de los cristianos era, según los escritores árabes, cuatro veces mayor. Había, dicen, cuatro cris-

tianos para cada musulman. Comenzó la batalla con el día. Al tercer día. Tarikseguido de los suyos, introdujo el desorden en las filas de los Godos. Rodrigo á quien conoció Tarik por sus insignias y caballo, fué el blanco de todos los golpes, y el caudillo musulmán le atravesó con su lanza. Cayó sin vida, y privados los godos de su monarca se dispersaron por todas partes.

(Diccionario enciclopédico hispano-americano. Tomo IX pág. 826.)

XXXII

TEXTO DEL AJBAR MACHMUA.

«Cuando vieron ésto (la entrada de Tarif Abo-Zora en España), los musulmanes desearon pasar prontamente allá, y Muza nombró á un liberto suyo, jefe de la vanguardia, llamado Tárik-ben Ziyed, persa de Hamadan—aunque otros dicen que no era liberto suyo, sino de la tribu de Sadif—para que fuese á España con 7.000 muslimes. en su mayor parte berberiscos y libertos, pues había poquissimos árabes, y pasó en el

año 92 (de la Egira) en los cuatro barcos mencionados, únicos que tenían, los cuales fueron y vinieron con infantería y caballería, que se iba reuniendo en un monte muy fuerte situado á la orilla del mar, hasta que estuvo completo su ejército.

Al saber el rey de España la nueva de la correría de Tàrik, consideró el asunto como cosa grave. Estaba ausente de la corte, combatiendo á Pamplona y desde allí se dirigió hacia el mediodía, cuando ya Tàrik había entrado, habiendo reunido contra éste un ejército de cien mil hombres ó cosa semejante, según se cuenta. Apenas llegó ésto á noticia de Tàrik escribió á Muza pidiéndole más tropas, y dándole parte de que se había hecho dueño de Algeciras y del *lago*, pero que el Rey de España venía contra él con un ejército que no podía contrarrestar. Muza, que desde la partida de Tàrik había mandado construir barcos y tenía ya muchos, le mandó con ellos 5.000 hombres, de suerte que el ejército acaudillado por Tàrik llegó á 12.000. Había ya cautivado á muchos é importantes personajes y con ellos estaba Julián, acompañado de

bastante gente del país, la cual les indicaba los puntos indefensos y servía para el espionaje.

Acercóse Rodrigo con la flor de la nobleza española y los hijos de sus reyes, quienes, al ver el número y disposición de los musulmes, tuvieron una conferencia y dijéronse los unos á los otros. «Este hijo de la mala muger, se ha hecho dueño de nuestro reino sin ser de estirpe real, antes bien uno de nuestros inferiores; aquella gente no pretende establocerse en nuestro país; lo único que desea es ganar botín: conseguido esto, se marcharán y nos dejarán. Emprendamos la fuga en el acto de la pelea, y el hijo de la mala mujer será derrotado.» En esto quedaron convenidos. Había dado Rodrigo el mando del ala derecha de su ejército á Sisberto, y el de la izquierda á Obba, hijos ambos de su antecesor Gaitixa, y cabezas de la conspiración indicada. Aproximóse, pues, con un ejército de cerca de 100.000 combatientes, y tenía este número (y no otro mayor), porque había habido en España un hambre que principió en el 88 y continuó todo este año y los de 89 y 90,

y una peste durante la cual murieron la mitad ó más de los habitantes. Vino después el año 91, que fué en España año que por su abundancia recompensó los males pasados, y en el cual se efectuó la invasión de Tárik.

Encontráronse Rodrigo y Tárik, que había permanecido en Algeciras, en un lugar llamado el Lago, y pelearon encarnizadamente; mas las alas derecha é izquierda, al mando de Sisberto y Obba, hijos de Gaitixa, dieron á huir, y aunque el centro resistió algún tanto, al cabo Rodrigo fué también derrotado y los musulimes hicieron una gran matanza en los enemigos. Rodrigo desapareció sin que se supiese lo que le había acontecido, pues los musulmanes encontraron solamente su caballo blanco, con su silla de oro guarnecida de rubies y esmeraldas, y un manto tejido de oro y bordado de perlas y rubies. El caballo había caído en un lodazal, y el cristiano que había caído con él, al sacar el pie, se había dejado un botín en el lodo. Sólo Dios sabe lo que le pasó, pues no se tuvo noticia de él ni se encontró vivo ni muerto.

Marchó enseguida Tárík á la *angostura de Algeciras*, y después á la ciudad de Écija: sus habitantes, acompañados de los fugitivos del ejército grande, saliéronle al encuentro, y se trabó un tenáz combate en que los musulmanes tuvieron muchos muertos y heridos. Dios les concedió al fin su ayuda, y los politeistas fueron derrotados sin que los musulmanes volbiesen á encontrar tan fuerte resistencia. Tárík bajó á situarse junto á una fuente, que se halla á cuatro millas de Écija, á orillas de un río, y que tomó el nombre de Fuente de Tárík.

(Ajbar Machmúa, traducción de D. Emilio Lafuente, pág. 20—23.) Siglo XI.

XXXIII

TEXTO DE EBN-ABDO-L-HAQUEM.

«Dominaba en el estrecho que separa el África de España un cristiano llamado Julian, señor de Ceuta y de otra ciudad de España que cae sobre el estrecho, y se llama Al-Hadrá (La Verde) cercana á Tanger, y obedecía este á Rodrigo, Señor de España, que residía en Toledo. Tárík envió emba-

jadores á Julián, le trató con todo miramiento y concertaron la paz entre ellos.

Había mandado Julián su hija á Rodrigo, Señor de España, para su educación, mas el Rey la violó, y sabido esto por Julián, dijo: «El mejor castigo que puedo darle es hacer que los Árabes vayan contra él,» y mandó á decir á Tárik que él le conduciría á España. Tárik estaba entonces en Tremecen, y Muza en Kairewan, y aquél contestó á Julián que no se fiaba de él, si no le daba rehenes; entonces Julián le mandó sus dos hijas, únicas que tenía. Con ésto se aseguró Tárik y salió en dirección á Ceuta, sobre el estrecho, en busca de Julián, quien se alegró mucho de su venida, y le dijo que le conduciría á España.

El destacamento de tropas de Córdoba salió al encuentro de Tárik cuando este se puso en marcha, y al ver el escaso número de sus tropas le despreciaron; mas trabada la batalla, se combatió duramente, y derrotados al fin, no cesaron los musulmanos de matarlos hasta llegar á Córdoba.

Rodrigo, sabedor de ésto, vino desde Toledo contra ellos, y habiéndose encontrado

en el lugar llamado Sidonia, junto á un rio que hoy se llama de Umm-Haquím, trabóse una reñida batalla; hasta que Dios, (sea excelso) mató á Rodrigo y sus compañeros.”

..... Cuentan algunos que Rodrigo vino en busca de Tárik, que estaba en el monte (en Gibraltar), y cuando estuvo cerca, salió Tárik á su encuentro. Venía Rodrigo aquel día sobre el trono real, conducido por dos mulas, con su corona, sus guantes, y demás ropas y adornos que habian usado sus antepasados. Tárik y sus soldados fueron á su encuentro á pie, porque no tenían caballería, y peleáron desde que salió el sol hasta que se puso, de suerte que creyeron que aquello iba á ser una total destrucción; mas Dios mató á Rodrigo y los suyos, y los musulmanes quedaron victoriosos. Jamás hubo en el Magreb batalla más sangrienta que aquella. Los musulines no cesaron de matar cristianos en tres días. Después fueron contra Córdoba.”

(Ajbar machmúa, traducción de D. E. Lafuente. Apéndice 6.º pag. 209 y 210.)

XXXIV

TEXTO DE AL-MAKKARI.

"Muza le envió (á Tárik) con 7.000 muslimes; la mayor parte berberiscos y libertos, pues había poquísimos árabes. Con ellos estaba Julián, que les proporcionó los cuatro barcos en que pasaron, únicos que tenían, y desembarcaron en el monte de Tárik (Chebel Tarik; Gibraltar.), llamado así, de su nombre. . . . Volvieron los barcos por los que habían quedado, y así estuvieron yendo y viniendo hasta que se reunieron todos en el monte.

"Salió, pues, de aquel territorio, y se internó en las llanuras en tren de guerra. Llegó á noticia de Rodrigo la invasión de los Árabes en la costa de España, y que reiteraban sus correrías por los campos de Aljeciras, siendo Julián la causa de ello.

Estaba á la sazón ausente, en tierras de Pamplona, en guerra con los Vascones, por graves rebeliones que habían estallado en aquel país, y parecióle cosa de importancia (la invasión), comprendiendo el motivo que había dado lugar á ellas. Vino con su ejér-

cito apresuradamente. . . .

Constaba el ejército de Rodrigo de 100.000 hombres bien pertrechados, y Tárik escribió á Muza pidiéndole más tropas, y poniendo en su conocimiento que había conquistado á Algeciras, puerto de España, y dominado el paso del Estrecho, haciéndose dueño de todo aquel territorio hasta *el lago* (de Janda) y que Rodrigo iba contra él con un ejército que no podía contrarrestar á no ser por la voluntad divina. Muza, que desde la partida de Tárik había mandado hacer barcos y tenía ya gran número de ellos, le envió 5.000 hombres de refuerzo reuniendo con ellos 12.000 combatientes, fuertes para la rapiña, ávidos de combatir. . . .

Cuéntase que cuando estuvieron próximos los dos ejércitos, los hijos de Witiza se concertaron para hacer traición á Rodrigo, y mandaron un emisario á Tárik, diciéndole que aquél era uno de sus inferiores y sirvientes, que había usurpado el trono de su padre, después de haberle hecho morir; que ellos no querían cederle su derecho, y que le pedían carta de seguro, prometiendo que se pasarían á él en el momento

del combate, á condición que, después de la victoria, se les diesen todas las fincas que su padre tenía en España que eran tres mil, excelentes y escojidas, y son las que después se llamaron el haber de los reyes. Tárik les contestó favorablemente, é hizo con ellos pacto en la forma referida. Al día siguiente trabóse la batalla, y pasáronse en efecto á Tárik, siendo esta una de las principales causas de la conquista. *El encuentro fué á orillas del Guadalete, distrito de Sidonia, y Dios puso en fuga á Rodrigo y su ejército concediendo á los musulmanes una victoria sin igual. Rodrigo se arrojó al río Guadalete, y se sumergió con el peso de las armas, por lo cual no se tuvo noticia de él, ni se le encontró.*

Encontráronse los dos ejércitos en el lago y combatieron réciamente hasta que las alas derechas é izquierda del de Rodrigo, que estaban al mando de los hijos de Witiza, emprendieron la fuga. El centro, en que estaba Rodrigo, resistió un poco, y sus soldados mantuvieron algo la batallá, hasta que también dieron á huir, yendo Rodrigo delante de ellos. Los musulmanes los persiguieron

en su derrota, causándoles gran matanza. Perdióse la huella de Rodrigo y nada se supo de él; los musulimes encontraron únicamente su caballo tordo, que andaba suelto y en el cual había montado y tenía una silla de oro recamada de rubíes y esmeraldas; encontraron tambien uno de sus botines que era de oro, ornado de perlas y rubíes. El caballo había caído en un lodazal, y el cristiano, que se había sumergido, había dejado (al salir) uno de sus botines en el lodo, donde fué encontrado, pues su persona desapareció y no se le encontró vivo ni muerto. Dios solo sabe lo que le pasó.

Luego que la gente de África tuvo noticia de la victoria de Tárik, y de las muchas riquezas de que había hecho presa, vinieron á él de todas partes, surcando el mar cuantos barcos y lanchas pudieron proporcionarse. Los españoles entretanto se refugiaron en fortalezas y castillos y huyeron de las llanuras á los montes. Tárik continuó su marcha hasta llegar á Medina Sidonia, cuyos habitantes se defendieron, pero los sitió tan duramente y tanto los debilitó y estrechó que pudo tomar la ciudad por fuerza de armas;

recojiendo cuantiosa presa. Fué luego á Morón, volvió después contra Carmona. dirigiéndose enseguida á Sevilla cuyos habitantes se rindieron, obligándose á pagar el tributo personal. Marchó luego á Écija, donde había gente estorzada, y donde se habían acogido los fugitivos del ejército de Rodrigo.

(Al-Makkari tomo 1.º, página 156 y siguientes.)

XXXV

D. EDUARDO SAAVEDRA

«Arreglado este plan, (la invasión), el berberisco Tárik, á la sazón gobernador de Tánger, liberto y hombre de confianza de Muza, fué nombrado gefe de un cuerpo de 7.000 gomeres, gente adicta á Julián, quien por su pericia en las cosas de la mar se encargó de dirigir la travesía. Entre Abril y Mayo desembarcó sigilosamente el cuerpo expedicionario en el abandonado peñon de Gibraltar, y después de fortificarlo con toda detención y esmero, una columna mandada por Abdelmélíc, séptimo abuelo del

famoso Almanzor, tomó posesión de Carteya (hoy Torre de Cartagena ó del Rocadillo), y luego de Algeciras (1) con lo cual quedó establecida la comunicación con África por medio de un puerto seguro y una plaza de guerra importante.

Tárik, por otra parte, al ver cómo se venía encima un nublado no previsto en los primeros planes, pidió y obtuvo un refuerzo de cinco mil hombres, que le envió Muza á las órdenes del mismo Tárif, capitán de la primera expedición, y agregados luego muchos partidarios de la bandera de Witiza, se juntó un ejército de veinte y cinco mil combatientes, si se dá crédito á ciertos cronistas cristianos. (2) Al aproximarse la hueste goda recojió Tárik prudentemente la suya sobre la base de Algeciras, esperando que su enemigo asomara por el campo y fijara la dirección del ataque.

(1) Aben Adari II, 274; Almacari, II, 178.

(2) Silense núm. 16. El Arzobispo Don Rodrigo (l. III c. 20) expresa de una manera terminante que había muchos godos al mando de Julián.

En el centro de fértil y dilatada llanura se alza hasta 260 metros sobre el nivel del mar el cerro donde asienta sus muros la antiquísima ciudad de Medina Sidonia. Entre ella y la villa de Vejer de la Frontera, el extenso lago de la Janda recibe las aguas del Barbate, cuya corriente se esparce en tortuosos brazos pequeños y pequeñas lagunas por la parte del Norte, y por la extremidad de Poniente sirve de natural aliviadero. Dividen el lago de la costa marítima la Sierra de Retin y la Silla del Papa, y ciñen su cuenca por el opuesto lado la Sierra Pedregosa, la del Torero y la de los Tahones, dejando entre medio, á unos 90 metros sobre el nivel del Lago, el puerto de Facinas, donde concurren los caminos de Tarifa y Algeciras, y se bifurcan los de Vejer y Medina. Del cabo de Trafalgar arranca la línea de los altos de Meca, que en forma de cuadrante viene á buscar el álveo del Barbate, desviándolo á Oriente, siendo de notar que estas alturas así como dos torres del litoral inmediato retienen el nombre de una antigua población perdida, llamada por los árabes Beca, y á causa de

ellas apedillaron río de Beca ó Guadabeca unos, como Edrisi, al modesto Conilete, y otros, como Aben-Alcotia, al mismo Barbate. Escritores más modernos, de los cuales copiaron Aben Adari y Almacari cometieron la pequeña incorrección de escribir Leca ó Guadaleca, y de ellos procedió que el Arzobispo D. Rodrigo dijera Guadalete, confundiera á Asidonia con Jerez y diera principio y base al error legendario de la *batalla del Guadalete*.

Lejos de ir á buscar aventuras á los llanos de la tierra jerezana, el musulmán no quiso perder el apoyo de las montañas ni la proximidad de sus barcos, y esperó á Rodrigo en el puerto de Facinas, cuya importancia estratégica para dominar á un tiempo los caminos de Vejer y Medina ha puesto de relieve el ilustre general Artache. Vino el Rey á Medina Sidonia y plantó en el llano del Barbate, junto á la actual aldea de Casas Viejas, las tiendas de su ejército, hasta de 100.000 hombres según los testimonios antiguos, pero de muchos menos á mi entender, porque en aquella época no había medios de mover y dirigir masas tan consi-

derables. Conocida ya la intención de su enemigo, Tarik se adelantó (1) hasta darle vista, apoyando su izquierda en el lago (2) y su derecha en los últimos recuestos de la Sierra de los Tahones, con las suaves vertientes del arroyo Celemin á sus pies y las charcas y lodazales del Barbate más lejos al frente.

Confiado en la superioridad numérica de sus huestes aguerridas, Rodrigo no vaciló en atacar las posiciones contrarias, y el Domingo 19 de Julio de 711 empezaron las escaramuzas y reconocimientos. Generalizada al día siguiente la batalla, debieron los godos extrañar la solidez de los infantes bereberes, educados por Julián en la táctica romana, y endurecidos en sus recientes guerras contra el bizarro Muza: por lo que comprendiendo el peligro que resultaba de tener á la espalda un terreno falso, cambiaron de situación y atrajeron la pelea al llano de Barbate, por encima de Casas Viejas, donde el calor deja el cauce casi en seco por el verano.

(1) *Aben Adari* p. 25

(2) *Ajbar machmúa* l. 22

Al rayar el alba, el ejército real vió con asombro, pero sin espanto, la verdadera y única traición de la memorable pérdida de España, delito militar que sus perpetradores estimaron mero acto político, no reparando en medios para conseguir el fin que, por serlo para ellos, se les antojaba mas útil á la pátria. Rodrigo acudió á llenar con las reservas los huecos del combate que, más furioso y más desesperado, se trabó enseguida, encarnizándose la matanza en los transfugas y sus amigos, entre cuyos cadáveres se encontró el del mismo Sisberto, y los Africanos quedaron reducidos á 9.000 combatientes.

Pero no pudo el rey evitar á tiempo que se echara Tarik entretanto con los negros de su vanguardia sobre el ala derecha, desamparada por la desertión: y como con este rápido movimiento envolvente quedaba cortada la comunicación con la plaza de Medina, camino de retirada para Córdoba, la hueste de Rodrigo se llenó del pánico que con vigoroso pincel describe Alejandro Herculano (Eurico el presbítero, cap. XI

Dies irae) volvió la espalda en total desorden, y, puesto en fuga, buscó por las alturas de la cuenca del Barbate, paso seguro á los llanos del Valle de Tempul.

Así es como hubo de ser, combinando atentamente los datos y elementos conocidos, la celebérrima batalla, que con arreglo á las costumbres más generalmente recibidas debiera llamarse del Barbate, ó más bien de Medina Sidonia, pero que difícilmente dejará de llamarse del Guadalete.

(Estudio sobre la invasión de los árabes en España, cap. IV.)

XXXVI

D. JOSÉ Y D. MANUEL OLIVER HURTADO

.....Y en verdad que suponiendo al ejército de Tárik apoyada su ala derecha en el profundo lago de la Janda, y la izquierda en la costa con el refugio de sus bajeles, á su frente el río Barbate y á su espalda el terreno montuoso ya conquistado, se concibe á maravilla la sólida posición en que el experto caudillo, con tan escasa gente y sin ningún caballo, pudo contrarrestar

las fuerzas centuplicadas de su adversario.

Increíble sería el suceso en las abiertas campiñas á que se le ha trasladado, y sólo la mayor extensión y nombradía del río Guadalete han debido arrebatár esta gloria al de Vejer, con tanto más motivo, por cuanto entre los árabes fué éste conocido por el de *Barbate*, cuya denominación prevaleció al fin hasta nuestros tiempos, y hubo entonces de olvidarse la de *Guadibeque*..

(Revista de España, Tomo XI, núm. XLI.)

XXXVII

D. JOAQUÍN GUICHOT

I

«El buen éxito de aquella algarada (la de Tárif) alentó al Wali del Magreb para disponer otra más importante, que al mando del africano Tarik-Ben-Teyad, desembarcó en Alghezirah-Alhadra (Algeciras). Noticioso de que el ejército godo, al mando de Rodrigo, se había puesto en marcha para combatirle, Tarik le salió al encuentro, y le avistó á orillas del *Guadi-Becca*.

Empatóse la sangrienta batalla, que según unos cronistas duró tres días, y según otros ocho, y terminó el Viernes 31 de Julio de 711. Con ella feneció la monarquía goda, sumergida con su último rey Rodrigo en las aguas de un pequeño río de Andalucía, en la misma región de España donde se estableció por primera vez y definitivamente.

(Historia de Andalucía. Tomo I. pág. 280.)

II

«Por poco que se fije la atención en las breves palabras con que el autor del Akhbar-madjmúa dá cuenta de la memorable batalla en que pereció Rodrigo, salta á la vista el error en que han incurrido los historiadores que afirman haber tenido lugar el suceso en las orillas del Guadalete; error tan generalizado en historias nacionales y extranjeras, que se ha mantenido con todo el carácter de una verdad incontestable hasta nuestros días, en que testimonios dignos del mayor crédito han venido á desvanecerlo y á dar la razón á los pocos críticos modernos que señalan otro sitio á la pi-

mera batalla campal en que fueron vencidos los godos por Tárík.

.

Veámos ahora cual pudo ser la causa del error de nombre en que incurrieron los cronistas é historiadores que suponen el suceso á orillas del *Guadalete*.

Ya hemos dicho, que según Ibn-al-Cutiá, la batalla se dió en las márgenes del Guadi-Becca, y según Al-Makkari, cerca del lago y río Barbate. Sepámos cual es el río que los Arabes llamaron *Guadi-Becca*.

El geógrafo Xerif-al-Edrisi, conocido por el Nubiense que escribió su Geografía por el estilo de la de Estrabon en el año 548 de la Egira, 1153 de J. C., en el itinerario que traza desde Algeciras á Sevilla, se expresa en los siguientes términos. «De Algecira-al-Adra á Sevilla hay dos caminos, camino por agua, y camino por tierra; camino por agua desde Algeciras hasta Arrinzal (los arenales), hasta la desembocadura del río Barbate en el mar 28 millas, y desde allí á la del río Becca, 6 millas.»

Adviértese desde luego cierta discordancia entre estos autores al fijar el punto de

localidad en que se dió la batalla, puesto que el uno señala las cercanías del *lago*, otro las orillas del *Barbate* y otros en fin las del *Becca*: pero nótese que todos están conformes en indicar el mismo distrito ó sea la *Cora* de Sidonia, y el lugar de la refriega en el *Barbate* ó en el *Becca*, distantes entre si cosa de legua y media; espacio no muy considerable si se atiende á que el número de los combatientes y las alternativas del combate pudieron llenarlo cumplidamente; más claro, que el mismo día ó en los días que duró la refriega se pudo muy bien pelear en las orillas de ambos ríos.

Llegamos á la cuestión, que para nosotros no carece de importancia, de saber si el *Becca* de Edrisi, que pasa entre Vejer de la Frontera y Conil, y el *Barbate* que lo verifica por Vejer, citados ambos por los escritores más antiguos, como lugar de la batalla, pueden ser uno mismo, no considerados geográficamente, sino por efecto de la confusión ú oscuridad que frecuentemente se advierte en las crónicas; ó si debemos prescindir del de Conil, y conceder al de Vejer la celebridad del suceso. Nosotros somos de este

último parecer, dado que el autor del Ajbar-machmúa y Al-Makkari aseguran que el encuentro de los dos ejércitos tuvo lugar en el Lago, *de donde no había pasado Tarik*; sin que sea objeción formal en contra el que este pertenecía á la cora de Algeciras, pues el río Barbate ó de Vejer, era la línea divisoria entre esta y la de Sidonia.

Hemos dicho que concedémos importancia á la designación del *Guadi-Becca* ó río Barbate como lugar de la campal refriega, porque así y solo así nos esplicamos el desastre de un ejército numerosísimo, aguerrido como que llevaba un año por lo menos de campaña, compuesto de la flor de la nobleza y soldados godos, y acaudillado por un rey valiente y caballero, destruido en una sola batalla por algunos millares de bárbaros.

En efecto, consideremos el ejército de Tárik, fuerte de 12.000 bereberes y *unos* 6.000 *godos partidarios de los Witizas y mandados por Julian*, puesto que no pocos cronistas hacen subir á 18.000 soldados Musulmanes los que combatieron en *Guadi-Becca*, siendo así que Muza solo puso 12.000 á las órdenes de

Tarik; consideremos, repetimos, este ejército protegida su ala derecha por el profundo lago de la Janda, la izquierda por sus bajales próximos á la costa; defendido su frente por el río Barbate y asegurada su retirada por el terreno montuoso de que estaba en posesión, y con su campo atrinchado de Algeciras ó del monte fuerte y escarpado donde verificó su desembarco; en una palabra, situado en una excelente posición estratégica hábilmente elegida por el avisado caudillo, que comprendió que todo su porvenir y el de sus soldados dependía del éxito de la primera batalla que había de empeñar con un enemigo tan inmensamente superior en fuerzas de infantería y caballería y en recursos de todo género, y que, además, guerreaba en su propio país.

En esta situación, estando los musulmanes *bien apercebidos y provistos de cuanto necesitaban*, llega Rodrigo al frente de un numerosísimo ejército compuesto de los soldados que trajo del sitio de Pamplona y de los de todo el reino que había convocado en Córdoba, entre los cuales se contaban muchos parciales de los hijos de Wítiza, á quie-

nes por imprevisión, ó por creer que de esta manera los comprometia en el peligro comun, había confiado el mando de las dos alas de su ejército; sin considerar como debiera, que su deudo ó parcial Julian, militaba con las tropas y gentes de su gobierno en las filas enemigas.

Este primer error fué seguido de otros muchos que hicieron inevitable el desastre de los Godos. Con fuerzas tan superiores, puesto que según la versión mas acreditada había en la refriega cinco cristianos por cada muslim, Rodrigo pudo dejar, sin debilitar la batalla, un numeroso cuerpo de ejército de reserva ó envolver al enemigo rodeando el lago de la Janda hasta interponerse entre Tarik y su campo atrincherado.

Desgraciadamente ya fuera confianza en su superioridad numérica ya que el destino fatal lo empujase hacia su ruina, Rodrigo sin tomar consejo más que de su animoso corazon, se dirigió inmediata é impetuosamente al combate sin reparar que dejaba un rio á la espalda, y en que iba á entablar la contienda en un terreno limitado por barreras insuperables en el cual si

bien los musulmanes podían maniobrar con la suficiente holgura, los cien mil godos habiéndose encontrado encajonados y en la imposibilidad de desplegar desahogadamente la batalla.

Sin embargo, la victoria permaneció indecisa por muchas horas, acaso por algunos días, hasta el momento en que los hijos de Witi-za puestos de acuerdo con Tárik y Julián, abandonaron el campo de batalla huyendo á la desbandada con sus soldados en cumplimiento de lo pactado la noche anterior al día de su infame traición. No obstante, el centro acaudillado por el rey en persona, permaneció firme todavía durante algun tiempo. Pero el golpe mortal estaba ya dado. Siguióse el estupor, la incertidumbre y la confusión. Los leales que tenían al enemigo enfrente, temieron verse atacados por la espalda por los traidores. Aquello debió ser un horrible compendio de guerra estrangera y de guerra civil desenlazándose ambas á dos en una misma hora. Entró, por último, el pánico, y el ejército de Rodrigo huyó en desorden acosado por las espadas musulmanas hasta precipitarse en las

charcas y lodazales que forman el lago de la Janda y el río inmediato.

De esta manera, repetimos, nos explicamos el suceso de una completa derrota que sería increíble en abierta campaña donde la inmensa superioridad numérica de los Godos, sus masas de caballería—de que carecía Tarik—las dotes militares del caudillo y el proverbial valor de los soldados, hubieran envuelto y arrollado fácilmente la reducida hueste invasora, compuesta, no de aquellos Árabes entusiastas que al mando del Profeta y de los Califas sus sucesores buscaban en la muerte sobre el campo de batalla la palma del martirio, sino de Godos desleales y de tribus africanas, tropas armadas á la ligera y mal disciplinadas que fueron enviadas á España por Muza para talar las costas de Andalucía, y no para lanzarse por el interior de la Península en son de conquista.

La batalla se dió entre los días 19 y 26 de Julio, tres meses próximamente después del desembarco de Tarik en el golfo de Gibraltar. Los musulmanes obtuvieron de ella, con el laurel de la victoria, un ri-

quisimo despojo. Cuentan los cronistas Árabes, que los vencedores reconocian entre los cadáveres Godos amontonados en el campo, á los nobles, por las sortijas de oro que llevaban en los dedos, y á los de clases inferiores porque las tenían de plata ó de cobre.

Ibidem Tomo II pág. 90-96)

XXXVIII

DOZY.

«Opinión generalmente seguida es que la célebre batalla en que los godos fueron vencidos por Tarik se libró en las márgenes del Guadalete: pero esta opinión difundida por cronistas relativamente modernos y mal informados, ha sido desmentida por mejores testimonios. El sabio español Gayangos, ha expresado ya sus dudas respecto á este particular, (T. I. p. 526, 527). Parece haber juzgado que el campo de batalla debe situarse mucho más al sur, cerca de la Laguna de la Janda y de el río Barbate: pero sus observaciones resultan en extremo confusas, puesto que dice prime-

ro que el Barbate lleva bajo la dominación arábica no solamente su nombre actual sino también el de Wadi Becca, y después que este último río es el mismo Guadalete, de suerte que la voz Guadalete sería una alteración de la voz Wadi-Becca. Desechando esas opiniones erróneas, consultaremos mejor á los antiguos cronistas árabes.

El autor del *Ajbar machmúa*, coloca el campo de la batalla cerca del Lago de la Janda. Ibn-al-Cutíá es todavía más explícito. «Tarik y Rodrigo, dice, trabaron batalla en las orillas del Wadi-Becca, en la provincia de Sidonia.» Trátase, pues, de determinar el río llamado así por los Árabes, lo que puede hacerse consultando al Edrisi (p. 177 ed. de Leyde). Señalando la vía acuática entre Sevilla y Algeciras, aquel geógrafo se expresa en los términos siguientes; «Desde Algeciras hasta los bancos de arena que se encuentran en el mar, y desde aquí á la desembocadura del río de Becca, hay seis millas;» de donde resulta que se debe colocar la desembocadura del Wadi-Becca á legua y media al Norte de la del Barbate, es decir, no lejos del Cabo de Tra-

falgar, entre Vejer de la Frontera y Conil. A juzgar por dos artículos del excelente Diccionario geográfico de Madóz (los que tratan de Conil y de Vejer), el Wadi-Becca lleva al presente el nombre de Salado, que como es sabido es común á multitud de riachuelos y arroyos de Andalucía.

El pueblo de Becca de que el río tomó su nombre, (véase Edrisi p. 174), y que no es Vejer, como se creía, porque Vejer, que está situado cerca del Barbate, es la Bésaro de Plinio, y los Árabes conservaron esta palabra escribiendo tan exactamente como podían, el pueblo de Becca, digo, parece haber desaparecido: pero acaso se conserva la huella de su nombre en los sitios llamados Altos de Meca y Torre de Meca.

(Dozy, Recherches. Tomo I, página 305.)

XXXIX

«La batalla tuvo lugar en las riberas del Wadi-Becca, (17 de Julio de 711.) Las dos

alas del ejército español estaban mandadas por dos hijos de Witiza y se componían principalmente de los siervos de estos príncipes que los obedecieron de buena voluntad cuando les mandaron volver la espalda al enemigo. El centro, que estaba á las órdenes del mismo D. Rodrigo, se mantuvo firme durante algún tiempo, pero al cabo perdió pie, y entonces los musulmanes hicieron una gran matanza en los cristianos. Rodrigo fué muerto á lo que parece; por lo menos no volvió á parecer, y el país se encontró sin rey en el momento que tenía más necesidad. Tarik se aprovechó de esta circunstancia. En lugar de volver al África como se pensaba, y como el mismo Muza se lo había ordenado, avanzó atrevidamente. Esto bastó para que se hundiera instantáneamente aquel imperio corroído. Todos los descontentos y todos los oprimidos facilitaron su tarea á los invasores. Los siervos no quisieron moverse por temor de que sus señores se salvaran con ellos; los judíos

se levantaron donde quiera y se pusieron á disposición de los musulmanes. Después de haber obtenido una nueva victoria cerca de Écija, Taric pudo, pues, marchar sobre Toledo.»

(Dozy—Historia de los musulmanes españoles, Tomo II, pág. 47.)

Post scriptum.





Durante la impresión de esta obra hemos leído dos notables artículos publicados el uno en el *Diario de Cádiz*, que lo tomó de la *Monarquía* de Córdoba en los primeros días de Marzo último; el otro, más reciente, en *El Guadalete* de Jerez de 19 de Mayo, cuando impresos los pliegos anteriores preparábase ya el índice de este libro. Como, aparte de su indiscutible mérito, uno y otro escrito parecen confirmar las opiniones del autor de este libro, no podemos resistir al deseo de honrar estas páginas trasladándolos á ellas. Dicen así:

DE EL DIARIO DE CÁDIZ.

BATALLA DEL LAGO DE LA JANDA Ó GUADI-BECCA.

Al erudito arqueólogo el Padre Jesuita Juan Bautista Moga, le dedica el autor este trabajo como una leve muestra de su consideración y respeto.

La admirable y profunda evolución que

hace algún tiempo se viene efectuando en nuestra sociedad, no puede menos de trascender á todo orden de conocimientos, así es que la historia, concretada en los tiempos antiguos y hasta nuestros días á la narración de los hechos conocidos sin buscar la causa eficiente de ellos, adolecía de un gran defecto, cual era el de no investigar los fundamentos racionales de los hechos más culminantes y transcendentales de la misma, que es lo que modernamente se conoce con el nombre de filosofía de la historia.

No es la historia una mera narración hecha por los testigos presenciales de un acontecimiento determinado, sin investigar la causa inductiva de éste, tampoco la del sabio y erudito que en las soledades de su gabinete de estudio juzga con el criterio propio y con las leyes de su época los hechos de otras edades que pasaron, exponiéndose de este modo á sacar consecuencias erróneas, para que la historia esté á la altura de las demás ciencias, preciso es que nos demuestre los pasos de cada pueblo en la senda de su perfeccionamiento, enseñándonos su cultura absoluta, y la que tiene en

relación con los demás pueblos y con la humanidad entera.

Sin embargo de ello, la historia erudita, crítica y reflexionada en ciertos momentos, nos esclarece un acontecimiento determinado con el escarpelo de la sana crítica; entremos, pues, en materia, que la que hoy nos ocupa es de una gran transcendencia.

¿Se ha verificado la batalla del Guadalete? A juzgar por los rudimentos históricos que aprendimos en nuestros primeros años contestaríamos afirmativamente, pues de este mismo error han participado historiadores tan eruditos como Don Alonso el Sabio, Ambrosio de Morales y el Padre Mariana. Mas este crasísimo error en que han incurrido nuestros historiadores, se ha desvanecido por completo gracias á los trabajos de escritores orientalistas tan reputados como Conde, Gayangos, Dozy, Simonet y otros, pues merced á los trabajos de tan sabios como perseverantes escritores, con sus traducciones de Al-Maccari, el trozo de Ajbar Madjmua, que se refiere á la invasión musulmana, sabemos mucho más hoy día de aquel acontecimiento, que todos nuestros

historiadores, desde Isidoro de Beja y Sebastián de Salamanca, hasta los modernos Lafuente y Cabanilles.

Con la traducción hecha por Dozy del célebre historiador Ibn-Kaldun, sabemos de nuestros Reyes cristianos datos más curiosos y exactos que los que nos han podido suministrar antiguos historiadores.

La batalla del Guadalete no ha existido más que en la imaginación de escritores de miras tan estrechas y reducidas, como la de fiar la suerte del imperio godo á causa tan insignificante y liviana como la deshonra hecha por D. Rodrigo en la hija del conde D. Julián, en la celebre Florinda la Cava.

No; la destrucción del imperio godo no pudo obedecer á causas tan efímeras é insignificantes, sino á las luchas de religión entre los católicos y los arrianos, á las luchas civiles que se originaron por estas diferencias esenciales de religión, á la corrupción de costumbres de que se hallaba contaminado y degradado el pueblo godo hasta el extremo de vivir públicamente los Reyes, los magnates de todas las órdenes y

el pueblo en el más descarado concubinato, y á la débil barrera que el Estrecho de Gibraltar oponía á las victoriosas armas musulmanas. Esta causa no existía 136 años antes y, sin embargo, sin el valor, acierto y previsión de Wamba, 270 naves procedentes de la costa de Africa hubieran desembarcado un numerosísimo ejército en las costas cercanas de España.

A nuestro juicio las causas de la destrucción del imperio godo fueron la ambición del conde D. Julián, gobernador de Ceuta y de su territorio; los resentimientos de la familia del destronado Witiza y la medida impolítica de arrojar del poder al partido godo puro y de la gobernación del Estado por el partido católico español, fueron causas más que suficientes para abrir las puertas de España á los sarracenos.

En tiempos del califato de Walid, gobernaba en su nombre, en calidad de walf, el Africa septentrional, Muza-ben-Noseir; por aquella época la revolución que llevó al trono á Rodrigo hizo emigrar á Ceuta á muchos godos y judíos, partidarios de Witiza, los que celebraron un convenio con a-

quél, encaminado á intentar el destronamiento del rey Rodrigo; con este motivo Muza envió una expedición al mando de Abu Zorra Tarif, los que en Julio del año de 710 desembarcaron cerca de Algeciras, y después de saquearla regresaron á Africa cargados de botín.

Alentado con el éxito de aquella primera algarada, en la primavera del año siguiente dispuso Muza otra expedición de tropas al mando de Tárik ben Zeyad, los que en cuatro naves cruzaron el Estrecho, y una vez desembarcados ocuparon el castillo de Carteya y de allí pasó á Algeciras, la que tomó también, haciéndose dueño del paso del Estrecho y de *todo aquel territorio hasta el Lago de la Janda*, según refieren los escritores árabes Abdo-I-Haquéns, Aben Abdhari y Al-Maccari.

Describamos ahora la topografía del terreno ocupado por los invasores, escogido por su fuerte posición estratégica para esperar á sus adversarios.

La crónica del moro Rasis hace la descripción geográfica del terreno con estas palabras: «Parte el término de Xerez Sanudia

con el de Algecirat-Aladra et Algecirat-Aladra yace al levante de Xerez et al meridien de Córdoba.... Et paresce dende Cebta que es villa que há mucha buena sementera, et de muy buena crianza, et yace sobre el río Barbate, aquel que salió de los de España cuando finchó: et este entra en una laguna á que non fallan fondos. Et en su término há un monte muy alto et muy fuerte, etc.» He aquí el monte, primer punto de ocupación, después Algeciras, frontera de Ceuta, desde donde Muza le enviaba los refuerzos y, por último, una gran laguna que es la de la Janda y corresponde al Lago, hasta donde Tarik habia extendido su dominio, según el testimonio de los escritores árabes citados: el límite, pues, que no traspasó la hueste invasora, fué la línea señalada por la corriente del río Barbate, hoy de Vejer, que entra en la laguna de la Janda.

Pasemos ahora á describir la batalla del Guadi-Becca ó río Barbate; el rey Rodrigo que se encontraba sitiando á Pamplona, al saber el desembarco de los moros, levantó el sitio y reuniendo un ejército de unos

cien mil hombres, se dirigió á marchas forzadas en busca del enemigo, que hasta entonces había permanecido entre Algeciras y el lago, (según el autor de Akhbar-Madjmúa) en cuyo sitio encontró á Tarik, de donde se deduce que la batalla se dió en la cora ó distrito de Algeciras.

El sabio orientalista D. Pascual de Gayangos, en su traducción de Al-Maccarí, indica que la batalla tuvo lugar cerca del lago del río Barbate. A mayor abundamiento, Isa-ben-Muhammad, en su libro que trata de la entrada de Tárik en España, dice «Llegó Rodrigo al monte donde estaba Tarik, y tuvieron tan reñido combate, que todos los musulmanes creyeron perecer: cambió Dios la suerte de las armas y fueron puestos los godos en fuga, alcanzando Tarik á Rodrigo en el Guad-al-Tin. Por último cuenta Al-Maccarí, «que encontrándose Rodrigo con su ejército en la lora de Sidonia, próximo al de Tárik, envió exploradores para conocer las posiciones del enemigo, su número y sus barcos.» Lo cual revela que los musulmanes no podían estar frente á la ciudad de Jerez, demasiado lejana y separa-

da del mar para que los exploradores pudiesen contar sus barcos.

Según Guichot, conociendo y haciéndose cargo de la topografía de aquel terreno, es como se comprende la posición fuertemente estratégica que determinó la derrota de Rodrigo con sus cien mil hombres, por el pequeño ejército de Tarik, de 18.000 hombres; considerando este último ejército protegida su ala derecha por el profundo lago de la Janda, la izquierda por sus bajeles próximos á la costa, defendido su frente por el río Barbate y asegurada su retirada con el campo atrincherado de Algeciras, y el monte fuerte y escarpado donde verificó su desembarco, es como puede explicarse la funesta y terrible derrota de D. Rodrigo, á la que contribuyó de un modo decisivo la infame traición de los hijos y partidarios de Witiza. Sin embargo de esta infame deserción, la victoria estuvo indecisa durante muchas horas, y acaso algunos días, puesto que esta batalla tuvo lugar entre los días 19 al 26 de Julio del año de 711.

Después de tan brillante victoria, Tarik se dirigió hacia Écija, pasando, según Aben-

Adhari, por la angostura de Algeciras. Este es un nuevo testimonio que depone en contra de los que afirman que en la batalla del Guadalete tuvo fin la monarquía goda, puesto que esta angostura no puede ser otra, según Lafuente Alcántara, más que la garganta que hay junto al pueblo de los Barrios, ó bien el paso de las lomas de Cámara que atraviesa la cordillera penibética entre Jimena y Alcalá de los Gazules.

Al ver los habitantes de Écija que los musulmanes avanzaban contra ellos, salieron de la ciudad, y reforzados con los restos del grande ejército de Rodrigo les presentaron la batalla; la refriega fue encarnizada, muchos musulmanes fueron muertos ó heridos, pero con la ayuda de Dios Tarik derrotó de nuevo á los godos. Si bien es cierto que jamás había encontrado tan obstinada resistencia.

Véase, pues, cómo son dos las batallas que hubo entre los godos y los musulmanes, apesar de que nuestros historiadores sólo nos hablan de la fantástica batalla del Guadalete.

Por lo tanto, para la crítica histórica, no

ofrece ya duda alguna que no ha habido tal batalla del Guadalete más que en la fastasmagórica imaginación de nuestros antiguos historiadores españoles, que daban como puntos de fe hechos que no presenciaron, y que relacionados tres ó cuatro siglos después de acontecidos, sólo podían fiar su veracidad á una tradición más ó menos crédula y de mayor ó menor fundamento de credibilidad.

No obstante ésto, si el autor de estas líneas pudiera estar equivocado, se conven-
cería de ello cuando se le demostrara la inverosimilitud y la falta de criterio científico de las irrefragables autoridades que cita.

MANUEL LÓPEZ DOMÍNGUEZ.

Córdoba 28 de Febrero de 1899.

(Marquía de Córdoba)

DE EL GUADALETE.

—
RECUERDOS DE JEREZ.
—

Hace pocos días, dimos cuenta en una gacetilla de haber remitido nuestro antiguo

y querido amigo D. Manuel Rodríguez Navas al señor Director de la Biblioteca municipal un ejemplar de un precioso compendio de la Historia de España que acaba de dar á luz, notablemente editado.

Ahora el Sr. Rodríguez Navas, en frases muy cariñosas, y al dedicarnos un ejemplar de su obra, nos recomienda la publicación de los siguientes «Recuerdos de Jerez» sacados de su interesante compendio, y los cuales tenemos gran complacencia en insertar.

CITAS DE JEREZ EN LA HISTORIA CRÍTICA
DE MANUEL RODRÍGUEZ NAVAS Y CARRASCO,
RECIENTEMENTE PUBLICADA.

En la página 78 dice:

«Hasta nuestros días, y desde que por primera vez se inició la idea, fundada en una mala interpretación de un texto arábigo, de que la batalla entre los ejércitos de Don Rodrigo y Tarik había ocurrido á orillas del río Guadalete, cerca de Jerez de la Frontera, los historiadores, tomando este dato los unos de los otros, han incurrido en el

mismo error. En época moderna empezó á afirmarse que el hecho no debió ocurrir en el lugar citado, y entonces aparecieron diversas opiniones, que fijaban como lugar de la mencionada batalla las márgenes de los arroyos de Fontetar y Musas; D. Pascual Madoz sostuvo que se efectuó cerca de Montellano, por donde corre uno de los muchos riachuelos que en aquella parte de Andalucía llevan el nombre de Salado: Mr. de Balignac opinó que desde el segundo día, de los tres que duró el combate, los ejércitos enemigos debieron hallarse entre la margen izquierda del Guadalete y la laguna de Medina, ó sea en la confluencia del río Guadalete con el Majaceite, al Sur de Arcos de la Frontera; pero después de los importantes trabajos históricos de Mr. Reinhart Dozy, de nuestros respetables maestros D. Francisco Codera y Zeidín y D. Francisco Fernández y Gonzalez, y de los Sres. Gayangos, Saavedra, Fernández-Guerra, Riaño y Simonet, no puede ocurrir el temor de equivocarse al afirmar que la encarnizada batalla de tres días de duración sostenida entre los ejércitos árabes y visigodos,

y en la que estos últimos fueron vencidos y arrollados, aniquilados y destruidos, se efectuó entre el lago de la Janda y el río Wadi-Becca, ó río Salado, en las proximidades de Vejer de la Frontera, y en los ya citados días 29, 30 y 31 de Julio del año 711.»

Uno de los mayores inconvenientes que dificultan los estudios históricos para un considerable número de aficionados, es, ya lo dijimos en el principio de este libro, la absoluta imposibilidad de disfrutar, en los pueblos pequeños, gran parte de los libros que sería necesario consultar, y que sólo están al alcance de los habitantes de los grandes centros de población, dotados siempre de bibliotecas que, si no muy ricas en modernas publicaciones, suelen serlo en antiguas crónicas procedentes de los expoliados conventos. Ni en libros impresos recientemente es posible tampoco adquirir cuanto se publica, á lo que no bastaría una pingüe fortuna, que no suele ser patrimonio del modesto hombre de letras que, forzado á luchar por la vida, ó ha de renunciar á sus estudios predilectos, ó ha de de-

dicarles solamente las horas que roba al sueño y al descanso indispensable.

Y decimos ésto, porque aun no conocemos del Sr. López Domínguez ni del libro del Sr. Rodríguez Navas más que lo publicado por los periódicos que insertamos, y ni aun tampoco teníamos noticia de alguno de los autores que el último cita, ni de los trabajos respectivos á la batalla del Guadalete, de los Sres. Codera, Fernandez y Gonzalez, Gayangos, Fernádez Guerra, Riaño y Simonet, bien que esos nombres preclaros nos sean familiares por otros trabajos y por la merecida fama que disfrutaban.

Complácenos en extremo ver que uno y otro señores coinciden en nuestra creencia y señalan el campo de la batalla entre la laguna de la Janda y el Barbate, siendo de sentir que no circunscriba aún más el segundo su opinión determinando cuál de los lados de la laguna, el oriental como supone el doctísimo Saavedra, ó el occidental, como creemos nosotros fué el verdadero lugar de la pelea por ser el que convierte seguramente en invencibles á las tropas que en él se encierren, sobre todo si tiene comon

tuvo Tárik, barcos que le aprovisionasen por su izquierda, lo que aleja toda posibilidad de que aquel experto caudillo, renunciando al poderoso auxilio de sus naves, fijase su campo al costado oriental del lago, perdiendo las inmensas ventajas que aquella bien elegida posición le proporcionaba.

La designación que el primero hace de la Garganta de los Barrios ó el paso de las Lomas de Cámara, ha sido ya impugnada por nosotros, porque el primer desfiladero habría llevado á los godos fugitivos y al ejército invasor que le perseguía á la actual provincia de Málaga y el segundo los habría embreñado en la abrupta Serranía de Ronda, y ningun autor arábigo señala á Tárik ese camino, sino que le conduce por Montellano y Morón hasta Écija, donde ganó la segunda batalla quizá aun más sangrienta y reñida que la primera. Salo pues, es posible admitir el desfiladero de la Boca de la Foz como camino que siguieron ambas huestes, vencida y vencedora, en su rápida marcha hasta Écija, y todo el que conozca la topografía del terreno lo comprenderá así.

Inútil nos parece refutar las opiniones de D. Pascual Madoz y de Mr. Balignac que sólo como de pasada cita el Sr. Rodríguez Navas; ya en los anteriores capítulos nos hemos ocupado de esas mismas hipótesis, sostenidas también por otros, así como de los arroyos Musas y Fontetar y el peregrino origen de esos nombres. En nuestro humilde sentir, todo lo que sea trasladar el teatro de la batalla en que comenzó la pérdida de España, que se consumó ante los muros de Écija, á otro punto, siquiera esté muy cercano, que no sea el espacio limitado entre el mar, el río Barbate y orilla occidental de la laguna de Janda, es ciertamente arbitrario y caprichoso, y ni se ajusta al relato de los historiadores arábigos, ni resiste al lógico exámen de la crítica sana é imparcial.

21 de Mayo de 1899.

M. M. O.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.	I
Nebulosidades de la Historia.	1
Los Historiadores.	15
I. Isidoro Pacense.	17
El continuador del Biclarense.	18
Pablo Diácono.	19
Sebastián de Salamanca.	19
El Albeldense.	20
La Crónica llamada Vulsa.	21
El Moissaciense.	21
El Anónimo Lusitano.	22
El Monje de Silos.	22
Lucas de Tuy.	23
El Moro Rasis.	24
El Arzobispo Don Rodrigo.	32
La Crónica de D. Alfonso.	55
Abu-Abdalla Alsalem.	56

	<u>Páginas.</u>
El P. Juan de Mariana.	57
Agustín de Horozco.	59
Don Diego Saavedra Fajrado.	69
Fr. Gerónimo de la Concepción.	71
El abate Masdeu.	73
Sociedad literaria.	75
Luis Carlos Romey.	76
El conde de Clonard.	78
Enciclopedia Moderna de Mellado.	81
Don Modesto Lafuente.	81
Don Adolfo de Castro.	84
Don Manuel Cancela.	95
Don José Antonio Conde.	96
César Cantú.	100
Diccionario enciclopédico hispano americano.	102
II	104
El Ajbar-machmúa.	105
Ebn-Abdo-l-Haquem.	108
Al-Makkari Ahmad ben Muhammad	114
Don Eduardo Saavedra.	115
D. José y D. Manuel Oliver y Hur- tado	118
D. Joaquín Guichot	123
Mr. R. Dozy.	125

	<u>Páginas.</u>
III.	130
La Batalla.	139
Apéndices.	165
I. Texto de Isidoro Pacense.	167
II. Texto del continuador del Bi- clarenses	168
III. Texto de Pablo diácono.	168
IV. Texto de Sebastián de Sala- manca	169
V. Texto del Monje de Albelda	169
VI. Crónica llamada Vulsa.	170
VII. Texto Moissiacense.	170
VIII. Texto del Anónimo Lusitano.	171
IX. Texto del Monje de Silos	171
X. Texto de Lucas de Tuy.	172
XI. Texto de la Crónica del moro Rasis.	173
Descripción de España por el mo- ro Rasis.	176
XII. Texto del Arzobispo D. Ro- drigo.	180
XIII. Texto de la Crónica de Don Alfonso X.	181
XIV. Texto de la Historia de los Califas de Oriente.	181

	<u>Páginas.</u>
XV. Textode Abu-Abdalla-Alsalen	182
XVI. Texto de Mariana.	183
XVII. Texto de Agustín de Ho-	
rozco.	186
XVIII. Texto de Saavedra Fajardo	190
XIX. Texto de Fr. Gerónimo de la	
Concepción.	193
XX. Texto de Masdeu.	195
XXI. Texto de la Sociedad literaria	199
XXII. Texto de Romey.	200
XXIII. Texto de Cean Bermudez.	202
XXIV. Texto del Conde de Clonard	205
XXV. Enciclopedia moderna de	
Mellado.	207
XXVI. Texto de D. Modesto La-	
fuate.	208
XXVII. Texto de D. Adolfo de	
Castro	209
XXVIII. Texto de Cancela. . . .	215
XXIX. Texto de Conde.	216
XXX. Texto de César Cantú . . .	218
XXXI. Texto del Diccionario de	
Montaner y Simón.	219
XXXII. Texto del Ajbar Mach-	
múa.	221

	<u>Páginas.</u>
XXXIII. Texto de Ebn-Abdo-l-Ha- quem	225
XXXIV. Texto de Al-Makkari. .	228
XXXV. Texto de Don Eduardo Saavedra.	232
XXXVI. Texto de D. José y D. Manuel Oliver y Hurtado. .	238
XXXVII. Texto Don Joaquín Gui- shot.	239
XXXVIII. Texto de Dozy. . .	248
XXXIX. Otro del mismo. . . .	250
Post scriptum.	255

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- Galería de Arcobricenses ilustres. 1 tomo.
Las Iglesias parroquiales de Arcos
de la Frontera. 1 id.
Apuntes para una Historia de Ar-
cos de la Frontera. . . , . 1 id.
Riqueza y Cultura de Arcos de la
Frontera. 1 id.
-